

Papel de amate

RICARDO TORRES MARZO



Índice

1. Dedicatoria
2. Papel de amate
3. PREFACIO
4. Prefacio - 10 etz'nab' 16 kumk'u. Maní, Yucatán.
5. CAPÍTULO I. Tepidarium
6. 1 - 5 imix 9 pop. Berlín, Alemania.
7. 2 - 5 imix 9 pop. Berlín, Alemania.
8. 3 - 8 k'an 12 pop. Berlín, Alemania.
9. 4 - 9 chikchan 13 pop. Berlín, Alemania.
10. 5 - 10 kimi 14 pop. Berlín, Alemania.
11. 6 - 12 lamat 16 pop. Berlín, Alemania.
12. CAPÍTULO II. Tianguis
13. 1 - 2 ok 18 sip. Madrid, España.
14. 2 - 3 ok 19 sip. Madrid, España.
15. 3 - 6 ix 2 so tz'. Madrid, España.
16. 4 - 11 kawak 7 so tz'. Poznan, Polonia.
17. 5 - 4 chikchan 13 so tz'. Atlántico Norte.
18. 6 - 4 chikchan 13 so tz'. Ciudad de México, México.
19. 7 - 6 manik' 15 so tz'. Ciudad de México, México.
20. 8 - 12 ben 1 sek. Ciudad de México, México.
21. CAPÍTULO III. Los pasos de Landa
22. 1 - 2 muluk 17 sek. Mérida, México.
23. 2 - 3 ok 18 sek. Maní-Izamal, México.
24. 3 - 5 eb 0 xul. Mérida, México.
25. 4 - 6 ben 1 xul. Mérida, México.
26. 5 - 9 kib 4 xul. Mérida, México.
27. 6 - 11 etz'nab' 6 xul. Mérida, México.
28. 7 - 12 kawak 7 xul. Mérida, México.
29. 8 - 13 ajaw 8 xul. Mérida, México.
30. CAPÍTULO IV. Tras el estuco
31. 1 - 1 imix 9 xul. Mérida, México.
32. 2 - 12 chuwen 19 mol. San Francisco de Campeche, México.
33. 3 - 13 eb 0 ch'en. 20 de Noviembre, México.
34. 4 - 9 imix 9 ch'en. San Francisco de Campeche, México.

35. [5 - 6 chuwen 19 ch'en. San Francisco de Campeche, México.](#)
36. [6 - 7 eb 0 yax. Champotón, México-Flores, Guatemala](#)
37. [CAPÍTULO V. Codex](#)
38. [1 - 8 ben 1 yax. El Petén, Guatemala.](#)
39. [2 - 9 ix 2 yax. El Petén, Guatemala.](#)
40. [3 - 11 kib 4 yax. El Petén, Guatemala.](#)
41. [4 - 12 kaban 5 yax. El Petén, Guatemala.](#)
42. [5 - 13 etz'nab' 6 yax. El Petén, Guatemala.](#)
43. [6 - 3 imix 9 yax. El Petén, Guatemala.](#)
44. [EPÍLOGO](#)
45. [Epílogo - 10 etz'nab' 16 kumk'u. Maní, Yucatán.](#)
46. [Apostillas y agradecimientos](#)
47. [Autor](#)
48. [Copyright](#)
49. [Notas](#)

A los mayas de ayer y hoy.

PAPÉL DE AMATE

Ricardo Torres Marzo

PREFACIO

10 etz'nab' 16 kumk'u

Maní, Yucatán.

Yucatán ardía. El período de canícula estaba siendo excepcionalmente intenso. Llevaba más de una semana sin llover y el calor era bochornoso. Sin embargo, en la penumbra que reinaba en el interior del convento de San Miguel Arcángel de Maní la temperatura era casi soportable. Allí, en el templo, se encontraba el franciscano fray Diego de Landa Calderón junto al alguacil Bartolomé de Bohorques. Diego de Landa había llegado a Maní varias semanas antes, tras tener noticia de que se habían descubierto sacrificios a las deidades paganas en la provincia.

Pedro Che, portero del convento de San Miguel Arcángel, había salido de caza y sus perros habían sacado a rastras un venado degollado del interior de una cueva. Espoleado por la curiosidad, Pedro se adentró en la cavidad y allí descubrió un altar e ídolos ensangrentados. El portero puso en conocimiento del guardián del convento de Maní los hechos y la noticia llegó pronto a Landa, que por entonces ostentaba el cargo de provincial de Yucatán. De este modo, en junio de 1562 había marchado a Maní erigiéndose como Inquisidor Mayor ante la ausencia del obispo Francisco Toral, propiciando así el Auto de Fe de Maní.

Nada más llegar, el principal había hecho detener a una treintena de indígenas destacados de la zona. Entre ellos los gobernadores de Pencuyut, Tekit, Tikunché y Hunacté. Más tarde al gobernador del mismo Maní, Francisco de Montejo Xiu; a Diego Uz, señor de Tekax; al jefe de Oxxutzcab, Francisco Pacab y al principal de Mama, Juan Pech; junto a otros muchos.

Las torturas practicadas para esclarecer los hechos habían aterrorizado a la población maya y a no pocos de los españoles que residían en la Península de Yucatán. El propio Landa se había ocupado de azotar a los indígenas hasta regar el suelo con su sangre. A los que no confesaron la tenencia de ídolos les había aplicado el conocido tormento de la garrucha, que consistía en atar las manos del torturado por detrás de la espalda y luego izarlo, para finalmente dejarlo caer de golpe sin que llegase a tocar el suelo con los pies. Así, los habían colgado de la ramada de la iglesia asiéndolos con sogas por las muñecas y les habían atado pesadas piedras a los pies. En esta incómoda posición, además, habían continuado con los azotes y en algunos casos les

habían aplicado candelas de cera prendidas en espalda y vientre hasta que confesaban. Casi todos lo habían hecho. Algunos, ante semejantes atrocidades, optaron por huir y se ahorcaron en los bosques, mientras que algún otro simplemente tomando una piedra del suelo se abrió la garganta por la desesperación.

El 12 de julio el auto de fe había comenzado con la procesión de los penitenciados al son del *Miserere mei, Deus*, por las calles de Maní. Y en esos momentos éstos, junto al resto del pueblo y un nutrido grupo de visitantes, esperaban la presencia del principal en la plaza.

Ya sólo quedaba el acto final.

—Y bien, señor Bohorques, ¿qué es lo que se ha podido incautar? —se interesó Landa.

—En total fueron cinco mil ídolos de distintas formas y tamaños, trece piedras grandes que servían de altares, veintidós piedras pequeñas de varias formas, veintisiete rollos de signos y jeroglíficos y ciento noventa y siete vasos de todas dimensiones y figura —especificó el alguacil.

—No está mal, no está nada mal. ¿Pero estamos seguros de que eso es todo?

—Hemos registrado todo el pueblo y no hallamos nada más, vuesa merced.

—¿Y qué hay del *x'men*?

—¿El hierbatero? Parece haberse convertido sinceramente. Revisamos con especial ahínco su choza, las de sus familiares y el patio que circundan, y no hallamos más que símbolos de la verdadera religión. Ni un atisbo de ídolos ni supercherías. Tanto él como su familia parecen ser ahora devotos creyentes.

—Tal vez. Tal vez. Lo parecen, sin duda. Pero hay algo en su persona que me lleva a desconfiar.

Bohorques se encogió de hombros.

—No sabría decirle, señor principal.

—¿Ya está todo dispuesto para la purificación?

—Así es. Todo lo que nos incautamos está ya en la plaza. Pero ¿está seguro de querer que todo arda? Perdón, disculpe mi atrevimiento. Quiero decir que algunos de esos objetos deben ser valiosos y esos libros... No lo sé. Tal vez si pudiésemos comprenderlos podríamos entender mejor a los indios y conducirlos con mayor eficiencia por la senda de la fe verdadera.

—¡Esos libros escritos de esas sus letras no contienen cosa en que no

haya superstición y falsedades del demonio! —espetó Landa, que había enrojecido de rabia.

—Sin duda, sin duda, señor principal. Me disculpo por mi insolencia.

Continuó Landa, ya más calmado:

—Es por lo tanto nuestra obligación acabar con ellos con la mayor celeridad. El fuego los destruirá y los salvajes podrán ver cómo las llamas purificadoras de nuestro señor acaban con sus falsos ídolos y con los conocimientos sacrílegos de sus antepasados.

—Por supuesto. Todo está dispuesto, entonces.

—Bien, vamos allá —concluyó el franciscano.

Los pasos del principal Landa resonaron en la amplia nave cubierta con bóveda de cañón corrido que conformaba el templo. Dos de sus hermanos franciscanos abrieron ante él las robustas puertas de madera y Landa, girando a la derecha y pasando frente a la amplia capilla abierta, se dirigió con paso vivaz hacia el gran montón de objetos que se ubicaba en la plaza, alrededor del cual se distribuían cientos de mayas controlados por monjes y soldados.

El principal se tomó un tiempo para secarse el sudor de la cabeza tonsurada con un pañuelo. Después asió la tea que portaba uno de los guardias y la lanzó. La pira ardió con prontitud, pues había sido previamente asperjada con aceite.

Fray Diego de Landa sonreía. Pudo atisbar cómo al otro lado del fuego un joven maya sudoroso llegaba corriendo junto al *x'men* y le susurraba algo al oído. El anciano hierbatero asintió varias veces, fijó la vista más allá de la pira, y, mirando a los ojos al principal, sonrió a su vez, su rostro iluminado por las danzantes llamas que estaban consumiendo siglos del arte y la cultura de su pueblo.

CAPÍTULO I

Tepidarium

5 imix 9 pop

Berlín, Alemania.

Posiblemente fuese de noche. O tal vez no. Eric Morel no estaba completamente seguro. Era difícil saberlo desde la oscuridad artificial que imperaba en la piscina vacía que servía de pista de baile en el club Stattbad. Había ido a Berlín para revisar los fondos de Teoberto Maler en el Ibero-Amerikanisches Institut. Pero eso sería a partir del lunes. Si es que conseguía levantarse.

Llevaba casi una semana en la ciudad. Había hecho los trámites necesarios para acceder a la documentación y mientras le concedían el permiso había aprovechado para hacer un poco de turismo por museos y monumentos: Pergamon Museum, Alte Nationalgalerie, Altes Museum en la isla de los museos, el Ethnologisches Museum y su colección de piezas precolombinas en Dahlem, el muro, Check-Point Charly, Kaiser-Wilhelm Gedächtniskirche y, por supuesto, la puerta de Brandenburgo y el Reichstag. Lo típico, más o menos. Tampoco le había dado tiempo a mucho más. Y como el fin de semana llegó antes que el permiso para analizar los documentos, se había lanzado a disfrutar de la famosa vida nocturna de la capital alemana, tan nutrida como la cultural.

Había salido el jueves por la noche a cenar *ramen* cerca de la vivienda que tenía alquilada en Neukölln y luego a tomar unas cervezas al Monarch, un garito en un primer piso con grandes ventanales abiertos a la calle en Friedrichshain-Kreuzberg. Allí se juntó con un grupo de estudiantes de varias nacionalidades que iban ya bastante ciegos. Acabaron yendo todos juntos a Berghain. Los porteros estaban en plan cabrón y a varios de ellos no les permitieron el acceso, sin que nadie supiera muy bien por qué, como suele pasar en ese club, pero a Eric, a Klaus y a Bárbara sí. Perdieron pronto a Klaus, que era un hamburgués alto y un poco grueso, y tras un rato y varias copas se fueron a casa de Bárbara en Schöneberg. Ella era de Motilla del Palancar, Cuenca, y Eric pensó que tenía cojones ir a Berlín para acabar en la cama con una chica que era casi vecina. Pero que al fin y al cabo cosas más

raras le habían pasado.

Hacia el mediodía los despertó música electrónica a todo volumen. La compañera de piso de Bárbara ya había regresado y junto a ella varios de los estudiantes de la noche anterior, que seguían la fiesta en el salón. Eric se planteó que se estaba haciendo viejo para tanto desmadre, pero después de un par de Becks estaba dispuesto a seguir la juerga. En cambio, Bárbara no bebió nada y, tras alegar varias veces que no se encontraba bien, acabó echándolos a la calle. Fueron todos juntos a continuarla en un bar en Schöneberg y ya de noche a Stattbad, en Wedding, porque, según tenían entendido, allí eran menos quisquillosos con la política de acceso.

Cuando Eric fue a la barra a pedir un ron con cola y agua con gas, lo que en México, donde había estado realizando varias estancias de investigación relativamente dilatadas, se llama una cuba campechana, conoció a Sandra.

Sandra era de un pueblo de Baviera, pero hablaba español con acento andaluz, porque, según le explicó, de pequeña iba a pasar las vacaciones de verano a Jaén y más tarde había estado un año de Erasmus en Granada. Pero eso era lo único que tenía de andaluza. Porque era muy rubia, con los ojos muy azules y, en definitiva, muy alemana. Se acordó de Bárbara, pero al fin y al cabo tampoco es como si hubiese nada y él había estado llevando una vida bastante disoluta desde el asunto del vaso para chocolate. Hablaron un rato acodados en la barra y después se dirigieron a la piscina.

De modo que, así las cosas, Eric no tenía muy claro en qué momento del día se encontraba, pero antes de que hubiese tenido tiempo de comprobar qué hora era Sandra regresó a su lado. Se había acercado unos instantes a un chico que él pensó que era amigo suyo. Pero pronto comprendió que no lo era. Intercambiaron algo rápidamente y al instante ella se había metido en el bolsillo lo que le había dado. Cuando volvió junto a él, lo asió de la mano y lo condujo por el dédalo de tuberías, neones y luces estroboscópicas que unía las dos pistas principales en lo que anteriormente fue una casa de baños y había acabado convertido en club de música electrónica. Pararon a mitad de camino, en un pasillo que se ensanchaba un poco. Donde el ambiente era más oscuro y la música también. Sacó del bolsillo lo que acababa de comprar. Era un pequeño recipiente de plástico con tapadera que contenía unos cristalitos rosados. No una papelina ni un trozo de bolsa de plástico cortado de cualquier manera. Eric pensó que en Alemania hasta los camellos hacían su trabajo a conciencia. Ella se puso la mitad del contenido del botecito en la

lengua y luego le besó. Eric notó el amargor del éxtasis bajar por su garganta mientras ella jugueteaba con su lengua.

Fue entonces cuando la vio. A su izquierda. Apoyada en el codo de una tubería pintada de rojo, mirándolo.

Eric parpadeó.

Volvió a parpadear.

Pero seguía allí. Se parecía a Ariadna Battaglia. Se parecía muchísimo. Tanto que por un momento pensó que era ella. Pero sabía muy bien que eso no era posible. Ariadna estaba muerta. Él mismo la mató para poner fin al sufrimiento que sin duda le granjeaban las torturas a las que se había visto sometida. Todavía a veces se despertaba en mitad de la noche sudando y ahogando un grito, en el mejor de los casos. Cuando entre sueños benzodiazepínicos sus ojos verdes se clavaban en él suplicantes mientras le presionaba su cuello con los dedos ateridos por el frío. El MDMA que se acababa de meter no le había podido subir tanto todavía, y, sin embargo, la estaba viendo. Hasta le pareció que fumaba como ella. Sujetando el cigarrillo casi con cautela, como si le diese miedo mancharse los dedos de nicotina. Entonces le hizo un gesto y Eric, como impulsado por un resorte, se separó de Sandra.

—Oye, ¿qué pasa? —preguntó ella.

—Perdona, ahora vuelvo. He... He visto a alguien.

—¿A quién?

Pero Eric ya se había alejado de Sandra.

—Disculpa, te pareces... Te pareces... Da igual. ¿Quién eres? —vista de cerca, a media luz, el parecido se le antojó asombroso.

—Eso no tiene importancia —respondió la desconocida. Ni si quiera le extrañó que hablase español pese a estar en Alemania.

—¿Cómo que no? ¿Qué quieres?

—A ti —dudó un instante—. Tu ayuda, para ser exactos.

—¿Cómo? ¿Mi ayuda para qué? —preguntó él.

—Creo que éste no es ni el momento ni el lugar para que te hable de ello.

—Yo creo que sí.

—No. No lo es. Vas muy pasado, Eric. Disfruta de la noche. Hablaremos pronto. Si tú quieres.

Eric se giró a mirar a Sandra. Estaba entretenida echando un vistazo a la pantalla del teléfono móvil y no parecía demasiado malhumorada. Así que

continuó la conversación.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Ya te he dicho que no es el momento. Mira, vamos a hacer una cosa.

Ella sacó una Moleskine pequeña del bolso, garabateó algo en la esquina de una de las últimas hojas. La arrancó por la línea microperforada, la plegó dos veces y, metiendo la mano en el bolsillo delantero de sus pantalones vaqueros, la dejó allí.

—No la pierdas —a Eric le pareció que se lo susurró al oído, pero posiblemente estaba gritando para hacerse escuchar por encima del sonido atronador de la música—. Si necesitas algo antes, llámame a este número. Si no, te veo el lunes por la tarde. En tu casa.

—¡Espera! ¿Cómo sabes dónde...? —pero no llegó a terminar la frase porque ella ya se estaba alejando y Sandra lo había sujetado por la trabilla trasera del pantalón y tiraba de él hacia sí.

—Oye, ¿tú de qué vas? ¿Quién es ésa? —inquirió la alemana.

—Era... Es... No, nadie.

—*Wie, bitte?*

En el poco tiempo que llevaba en Alemania había alcanzado a comprender que *bitte* es como una palabra comodín que sirve para casi cualquier cosa. Por la entonación que le dio, supuso que quería que se aclarase.

—Eh, algo así como una antigua amiga —decidió al fin—. Supongo.

—¿Y bien? ¿Te vas a ir con ella?

—¿Qué? No. No. Claro que no. Estoy contigo.

Pero ya nada fue demasiado bien durante el resto de la noche. Siguieron un rato más en el club y luego se fueron a casa de Sandra, en Kreuzberg. Se tomaron allí unas copas más, terminaron el MDMA y acabaron en la cama.

—*Scheisse!* ¿Qué pasa? ¿No te gusta? —preguntó ella arrodillada frente a Eric, que estaba sentado en el borde de la cama baja de ella.

—Eh, no. No es eso. Perdona, es que estoy desconcentrado.

—Es por esa chica, ¿no? La del club.

—En absoluto —mintió Eric—. Es por un asunto de trabajo.

—Ya, seguro...

Eric no tenía ganas de hablar de todo lo que se le había removido por dentro en el club, así que se concentró en lo que estaba y consiguió no hacer demasiado el ridículo. Más por efecto del MDMA que por propia voluntad.

Sandra encendió dos cigarrillos con un Zippo. Eric odiaba los Zippos,

porque le parecía que dejaban un horrible regusto a nafta en el tabaco. Pero no se lo dijo y fumaron mientras conversaban. Ella le prometió un típico desayuno alemán. Eric no sabía a qué se refería, pero una comida a la que se le aplicaba la cualidad de alemana no le parecía demasiado apetecible y mucho menos de buena mañana.

Al cabo de un rato Sandra se quedó dormida, pero él no lo logró. Se planteó que igual sí que se estaba haciendo demasiado mayor para tanto desmadre. Luego pensó que tal vez era sólo que se le estaba pasando el efecto del éxtasis y le estaba entrando un poco de bajón. Esperaba que fuese esto último.

Se vistió en silencio y recogió los zapatos que estaban junto a la puerta. Esperando marcharse de su casa y de su vida sin hacer demasiado ruido.

5 imix 9 pop

Berlín, Alemania.

—Ah, pues en mis tiempos... —empezó a decir Peter Schröder.

—¡Puf, ya estamos! —lo interrumpió Magdalena Sienkiewicz. Pero miró a Peter, que le parecía una persona gris, como el escaso cabello que conservaba, como el traje que vestía, y sintió una punzada de remordimiento. Así que lo conminó a seguir con un gesto.

—Quiero decir, ahora las cosas son mucho más sencillas. Antes teníamos que cablear todo, enganchar los micrófonos al tendido eléctrico. A veces no era fácil. Todos teníamos que saber un poco de todo: carpintería, electricidad, albañilería incluso, para disimular el trabajo.

Peter había pasado casi toda su vida trabajando para el Ministerio para la Seguridad del Estado de la antigua URSS, la Stasi. Nacido en Berlín Oriental en los años sesenta había sido formado desde muy joven en técnicas de espionaje, especialmente en lo que se refería a procedimientos de escucha. Pues había demostrado tener una paciencia casi infinita y se podía pasar semanas encerrado controlando los movimientos del inquilino de alguna vivienda intervenida.

En realidad, según su opinión, tampoco había mucho que hacer en el día a día y él se sentía mejor si estaba aportando algo al bien de la nación.

—Ya. Claro. Ahora con estos micrófonos autónomos es menos lío —apuntó Magdalena.

—Desde luego. Es increíble que unos aparatos tan pequeños tengan una autonomía de días. ¡Incluso semanas!

—Sí. Y supongo que será más que suficiente para lo que necesitamos. Bueno, si no siempre podemos volver a entrar y cambiarles las baterías. ¡Vaya mierda de cerradura! —exclamó Magdalena señalando la puerta.

Por su parte, la jovencísima Magdalena Sienkiewicz había crecido en el seno de una familia utracatólica en una Polonia que ya era, por ende, el epítome del catolicismo, sobre todo desde el inicio del papado de Karol Józef Wojtyła.

—Mire, mire, fíjese en esto —dijo Peter, señalando unas pequeñas rozaduras junto a uno de los enchufes—. No me extrañaría nada que esta casa hubiese estado cableada por la Stasi. ¿Quién sabe? Igual hasta lo hice yo mismo. Por aquel entonces teníamos muchísimo trabajo y es imposible que recuerde todas las viviendas que controlábamos. Pero una casa aquí, tan cerca del muro... En fin, no sería de extrañar. En absoluto.

—Bueno, bueno. Ya está bien de batallitas, Peter.

El hombre le lanzó una mirada furibunda.

«Demasiado nerviosa, demasiado impaciente —pensó».

Y sabía bien que eso en su trabajo no llevaba a nada bueno. Por otra parte, poseía otros atributos a su favor. Desde luego era bellísima y muy atractiva, con su casi metro ochenta, melena rubia y cuerpo escultural. Hasta lucía un lunar junto al labio. Y eso era evidente incluso para él, que no sentía interés alguno por el sexo opuesto. Cosa que le había traído no pocos problemas en el pasado. Pues fue su orientación sexual lo que hizo que acabase con los huesos en la prisión Central de la Seguridad del Estado a mediados de los ochenta.

Le habían encargado que controlase los movimientos de un joven y atractivo escultor. Era un trabajo rutinario. No había sospechas directas sobre el muchacho. Al cabo de unos cuantos días empezaron los encuentros de éste con otro joven. Peter, que llevaba desde la adolescencia reprimiendo sus sentimientos, se vio desbordado y comenzó a obsesionarse con el escultor.

Sabía que algunos de sus compañeros se habían aprovechado en ocasiones de los secretos que ocultaban algunas de las mujeres que espiaban, para ganarse diversos favores sexuales. Sin embargo, él nunca se había atrevido a hacerlo, por más que lo desease. No dudaba de que si se presentaba en casa del chico, le exponía lo que sabía y lo amenazaba con delatarlo, podría obtener lo que tanto anhelaba.

Pero él no era como ellos. De modo que se contentaba con escuchar. Día tras día. Pero sus informes empezaron a ser incompletos después de un tiempo, luego contradictorios y por último casi carentes de sentido. Todo para ocultar de algún modo la condición del escultor e indirectamente la suya propia. Uno de sus superiores comenzó a sospechar. No sobre la homosexualidad de ninguno de los dos, sino que empezó a plantearse que entre ambos estaban actuando en contra de los intereses del gobierno de la República Democrática Alemana. El artista apareció muerto en la calle unos días más tarde y Peter acabó en la prisión Hohenschönhausen, en Berlín.

Hasta que, poco después de la reunificación de Alemania, fue puesto en libertad.

Entonces se encontró con que no sabía hacer nada más que espiar a la gente. No estaba preparado para otra cosa. Así que se trasladó a Rusia y siguió trabajando primero para la no disuelta KGB y luego para quien quisiera contratarlo.

—¿No ponemos un micrófono en el teléfono? —preguntó Peter.

Magdalena suspiró.

—¿Quién sigue usando esos trastos?

—Yo los uso —afirmó él, ligeramente ofendido.

—Ponlo si así te vas a quedar más tranquilo. Pero te aseguro que no lo va a utilizar. Si además está aquí de paso.

Peter se encogió de hombros.

—Imagino que tiene razón. En cualquier caso, con los que hemos colocado no deberíamos tener problemas para captar todo lo que se diga en cualquier punto de la casa. Supongo que hemos terminado.

—¿Seguro? ¿Entonces ya puedo mandar el mensaje de confirmación?

—Adelante, por favor.

Magdalena Sienkiewicz sacó su teléfono móvil de la mochila y tecleó con habilidad. El mensaje se envió y ella aguardó con el aparato en la mano durante unos instantes hasta obtener una respuesta. Después devolvió el móvil a su lugar.

—Pues esto ya está. Tenemos el visto bueno. ¿Nos vamos?

—Claro —Peter estaba impaciente por volver a hacer lo que más le gustaba. Vivir la vida de los otros—. Cuando usted quiera, *Fräulein* Sienkiewicz.

8 k'an 12 pop

Berlín, Alemania.

Un clima estupendo había estado rigiendo la semana anterior. Días soleados y noches templadas. Pero esa mañana el cielo era como estaño líquido. Como si el mundo estuviese enfadado con él por volver a caer en los mismos errores. Porque tenía muy claro que iba a volver a caer. Eric Morel apagó el cigarrillo en la barandilla del balcón y entró al piso.

Era un cuchitril en Pannierstraße: un quinto sin ascensor, con suelos de madera desvencijados y calefacción de carbón. Lo peor era que no tenía calentador para el agua. Pero le salía muy barato. Tampoco es que fuese muy justo de dinero. Para su sorpresa, Edward Abercrombie le había dejado algo de pasta en su herencia. No era demasiado, pero le daba para ir tirando. Además, de tanto en tanto aceptaba algún trabajo fotográfico, pero podía darse el lujo de elegir lo que le apetecía. Había dejado Sevilla poco tiempo después de regresar de Guatemala en 2004. Los recuerdos allí le hacían la vida muy difícil.

De modo que se había instalado en Madrid y, tras un tiempo dudando, se inscribió en un programa de doctorado en Historia en la Universidad Complutense. Porque sentía como que le debía algo a Ariadna, a Edward y a los mismos mayas.

Estuvo tentado de hacer algo relacionado directamente con la arqueología, pues disfrutó mucho del trabajo de campo durante su primera estancia en Petén. Pero después de meditarlo y ver las dificultades que entrañaba, se decidió por algo que pudiese hacerse desde cualquier sitio. Así que estaba trabajando sobre los viajeros y las exploraciones que se llevaron a cabo en el siglo XIX, y que llevaron al redescubrimiento de la cultura maya. De hecho, había averiguado que un antepasado suyo participó, al menos de forma tangencial, en el viaje que llevó a Silvanus G. Morley hasta Yaxchilán, una antigua ciudad maya ubicada en el lado mexicano de la cuenca del río Usumacinta.

Se desvistió y se dio una ducha. El agua salía helada y decidió que como

siguiere bajando la temperatura iba a tener que buscar una alternativa. Recordaba haber visto una piscina pública cerca. Se volvió a poner los pantalones que llevaba el fin de semana. También tendría que encontrar una lavandería pronto. Y sacó el papel con el teléfono que le había dado la chica que se parecía a Ariadna en Stattbad. Pensó en llamarla, pero miró la hora y se lo replanteó. Decidió que no lo iba a hacer. Si quería algo que lo buscase ella.

Así que terminó de vestirse, bajó a la calle y fue a uno de los incontables restaurantes turcos de Karl-Marx-Straße. Compró una cerveza y un *dürüm* para llevar. Se le ocurrió que no había comido tanto *kebab* ni siquiera cuando estuvo en Estambul, pero que seguro que le sentaba bien meterse en el cuerpo algo consistente.

Ya en casa dio buena cuenta de la comida. Lo cierto es que tenía un hambre voraz, pues llevaba varios días casi sin probar bocado. Después se tiró en el destartado sofá y encendió el ordenador. Tenía un correo del Ibero-Amerikanisches Institut en el que le indicaban que le habían concedido el acceso a los fondos de Maler. Iría al día siguiente.

Se puso un capítulo de la tercera temporada de *Lost*, que estaba resultando ser un poco tostón, por lo que hacia la mitad se estaba empezando a quedar dormido. De súbito lo despertó el timbre de la calle. No había interfono, pero no necesitaba preguntar quién era. Nadie más conocía su dirección.

Cuando tocaron con los nudillos en la puerta Eric estaba junto a ésta y la abrió de inmediato. Ella llevaba una trenca granate y vista a la luz del día —y con unas cuantas copas menos en el cuerpo— en realidad no se parecía tanto a Ariadna. Aunque desde luego sí que se daba un aire. Era un poco más baja y delgada, con el cabello castaño más claro. Sus ojos, en lugar de ser del color del jade, eran del de la turquesa.

—¿Ahora sí es un buen momento? —preguntó él.

Ella sonrió.

—Sí. Ahora sí. Me llamo Alba. Alba Vega. Trabajo para Interpol —y tras decir esto sacó una identificación del bolso para mostrársela.

Eric se quedó a cuadros.

—De puta madre. ¿Y qué quiere la Interpol de mí?

—Tu ayuda. Como especialista. ¿Puedo entrar?

—Adelante —la invitó Eric, un tanto avergonzado por la cochambre entre la que se alojaba.

—¿Me tengo que quitar los zapatos?

Eric negó con un gesto. Todavía no se había habituado a esa costumbre tan nórdica de descalzarse al entrar en una vivienda.

—Haz lo que quieras. Pero yo no lo haría. Lo más fácil es que te claves alguna astilla, un clavo o cualquier otra cosa en el pie. Esto está hecho una mierda. Siéntate, por favor. ¿Quieres beber algo? Iba a hacer café.

—No suelo tomar café, pero gracias.

—¿Un té? Tengo un té verde con jengibre buenísimo.

—Tampoco suelo tomar té. Pero voy a hacer una excepción.

Eric entró a la cocina. Preparó la cafetera italiana y puso agua a calentar en un hervidor eléctrico. Se asomó desde la puerta de la cocina.

—¿Y tu pareja? —le preguntó.

—¿Cómo dices?

—Eres policía. ¿No vais siempre de dos en dos?

—Ah. No. Yo no. Trabajo sola.

—¿Quieres azúcar o algo?

—Leche, si tienes.

—Me temo que no. No tomo leche.

—¿Intolerancia a la lactosa? —preguntó ella.

—No, pero me da un poco de asco y no me sienta demasiado bien.

—Vale, no te preocupes. Solo está bien.

Regresó al salón llevando sendas tazas con las bebidas y se sentó junto a ella en el sofá. Le tendió una de ellas y Alba sopló un poco para que se enfriara.

—Y bien, ¿en qué te puedo ayudar? —se interesó Eric.

—¿Qué sabes sobre los códigos mayas?

—Bueno, tampoco demasiado. Los mayas escribían glifos y pintaban en unos libros realizados básicamente en papel de amate o papel amate, que es un ficus, la palabra viene de la voz náhuatl *amatl*. Al ser de material perecedero la mayoría se han perdido. También contribuyeron a su desaparición la Conquista y los primeros años de la Colonia, claro. Cuando la iglesia católica se encargó de destruir muchos de los ejemplares que todavía existían. Actualmente, por lo que sabemos, se conservan tres, todos ellos de época muy tardía, del Posclásico. El Códice Madrid o Tro-Cortesiano; el París o Peresianus y el Dresde. Y hay otro más del que hay muchas dudas sobre su autenticidad, el Códice Grolier.

—Y si te dijese que se ha encontrado otro. O más bien parte de otro.

—Pues te diría que me parece que es un descubrimiento fabuloso, desde luego.

—Entenderás que por el momento no puedo decirte mucho, pero ¿te interesaría ayudarnos?

—Pues no lo sé. Ésta no es mi especialidad. Te podría dar una docena de nombres de personas que están mucho más capacitadas que yo para ayudarte con esto. Así, sin consultarlo siquiera.

—Y yo estoy segura de que conozco todos esos nombres. Pero hay algo que ellos no tienen y tú sí.

—¿Sí? ¿Qué?

—Experiencia con el Templo de Akan.

—Uh. Sí tengo experiencia, sí. Pero muy mala. Y no quiero repetir.

—Lo entiendo. Estoy al tanto de lo que te pasó. Pero ya no tienen la fuerza que tenían. Todo se les complicó con la muerte de Otto Lindström.

—Ya. Es verdad que no me han vuelto a molestar. Pero...

—Tal vez si te cuento algo más consigo convencerte.

—Tal vez. Pero lo dudo.

—Bueno. A ver, resulta que hace unos meses en una excavación en Maní, en Yucatán, apareció una página de un códice. Cuando se encontró no era más que un amasijo de estuco manchado de tierra. Pero al arqueólogo de campo le pareció una cosa rara y la guardó aparte. Por suerte, no la lavó. Cuando estaban clasificando los materiales la arqueobotánica reconoció que el amasijo contenía algo orgánico. Y con ayuda del equipo de restauración consiguieron determinar que al parecer se trataba de una hoja de papel amate recubierta con estuco.

—Es raro que no haya tenido noticias del hallazgo.

—De momento se mantiene en secreto, más o menos. Hasta que se analice correctamente. No quieren arriesgarse a que se trate de una falsificación, una copia o un fragmento de una obra de época colonial. Pero por lo visto alguien en el Templo de Akan se ha enterado del descubrimiento. Y están interesados en conseguirlo.

—Parece que esos tipos tienen ojos por todos lados.

—Eso parece.

—¿Y cómo han intentado conseguirla? —preguntó él.

—Trataron de comprársela al arqueólogo que la encontró y luego lo intentaron con una de las restauradoras que estaba trabajando con ella en la UNAM.

—¿Sólo comprarla? ¿No emplearon métodos más... expeditivos?

—No. Han estado muy moderados desde que tú te encontraste con ellos y murió Abercrombie

—Eso tengo entendido. Entonces, ¿dónde está ahora la página del códice? ¿En México?

—No. La hoja fue consolidada en los laboratorios de la UNAM y se realizaron diversos análisis allí, pero ahora mismo se encuentra en Berlín — aclaró Alba.

—¿Aquí? ¿Han permitido que saliese del país?

—Así es. Se pusieron en contacto con un especialista en códices que reside en la ciudad, un tal Dieter König, para que realice un estudio independiente en profundidad, haga una caracterización química del papel y de los pigmentos, y también un análisis iconográfico.

-¿Cómo es que no fue a hacerlo a México? —preguntó Eric.

—Tiene agorafobia.

—¿Agorafobia? —se extrañó Eric.

—Sí, miedo a los espacios abiertos.

—Ya sé lo que es la agorafobia. Es sólo que nunca he conocido a nadie que la padezca de verdad —iba a añadir que había coincidido con gente bastante tocada en la consulta de su psiquiatra, pero prefirió callarse.

—Se pasó una semana perdido por la selva de El Petén. Afortunadamente, era temporada de lluvias y no se murió de sed. Lo encontró el ejército ya casi en la frontera con México. Desde entonces adquirió un miedo atroz a los espacios abiertos. Regresó a Berlín y desde que lo hizo prácticamente no ha salido de su piso en Charlottenburg. Trabaja en la Freie Universität de Berlín. Da las clases por Skype, hace la compra desde internet y tiene una asistenta que va un par de veces por semana, los lunes y los jueves, para ayudarle con las cosas que no puede hacer con el ordenador.

—Muy práctico.

—Bueno, entonces, ¿qué me dices? ¿Te animas a venir a visitar a Dieter König? Tengo una cita con él pasado mañana. En su casa, evidentemente.

Eric lo pensó un instante.

—Voy a ir. Pero sólo porque nunca he visto de cerca un códice original y me puede la curiosidad. Pero ya está. No veo en qué puedo ayudaros y no tengo ganas de rollos. Además, no me gustan los polis. Perdón... No me gustáis.

—Vale —dijo ella.

Entonces, por primera vez, se le escapó una sonrisa sincera. Y a Eric le pareció que la habitación se iluminaba.

Y supo que estaba jodido.

—Pues eso. Vale.

9 chikchan 13 pop

Berlín, Alemania.

Peter Schröder estaba sentado en la cocina del apartamento de Dieter König, en Charlottenburg. Había encontrado en un armario varias infusiones, puso agua a calentar en el hervidor eléctrico y tras servirse el té, se acomodó en una banqueta.

No podía entenderlo.

Todo había ido como la seda. Un interrogatorio de libro. El tal Dieter König les había abierto la puerta sin ni siquiera preguntar quién era. Peter, a quien le habían dado un completo dossier sobre el hombre, sabía que rondaba los cincuenta, pero parecía mucho mayor. Tenía un aspecto macilento, con la piel cenicienta y los ojos vidriosos rodeados por marcadas ojeras. Sin duda, fruto de años sin salir al aire libre. Los recibió en pijama y los invitó a entrar amablemente, preguntándoles qué querían. Cuando Magdalena Sienkiewicz y él se lo dijeron puso objeciones, obviamente. Pero Peter no había tenido nada más que abrir el balcón y amenazarlo con hacerle salir al aire libre.

König había cantado como un jilguero. Les había dado la contraseña de la caja fuerte donde guardaba la hoja del código, las claves del ordenador y hasta les hubiese entregado a su madre si se lo hubiesen pedido. Todo muy limpio. Sin violencia. Ni un sólo golpe. Ni siquiera habían tenido que sacar las armas. Así que... no. No podía entenderlo.

Cuando ya tenían todo lo que habían ido a buscar, Magda había hecho la llamada telefónica convenida para informar de los avances.

Tras la conversación, Magda le pidió que saliesen al pasillo un momento. Peter había dudado, pero König no iba a ir a ninguna parte. Tenían su teléfono móvil y momentos antes de entrar habían cortado la conexión del teléfono fijo e internet. Así que la siguió y ella lo puso al tanto.

A lo largo de su dilatada carrera, Peter había tenido que sacar el arma en muy contadas ocasiones. Nunca la había disparado y no tenía intención de empezar a hacerlo. Pero sabía que si seguía trabajando para esa gente no iba a tardar en llegar el día en el que tuviese que utilizarla. Se decidió a poner fin a

su relación laboral con el Templo de Akan, en cuanto acabase con las cosas que tenía pendientes.

Cuando volvieron a entrar al cuarto, Peter desenfundó el arma que ocultaba bajo la americana y apuntó a König. Le obligó a desnudarse y después le ató las manos a la espalda con una cuerda que Magda sacó de su bolso. Subiéndose a una silla descolgó la lámpara de araña que pendía en el centro de la habitación. Hizo que Dieter König se subiese a la silla.

Mientras, Magda había abierto iTunes en el ordenador.

—Sólo tiene música clásica —anunció—. En fin, supongo que algo de Wagner será apropiado.

Puso *La cabalgata de las valkirias* a un volumen bastante elevado, pero no tanto como para que el sonido llamase la atención de los vecinos.

Peter levantó los brazos de König por encima de su cabeza y metió el nudo que sujetaba sus manos en el enganche de la lámpara. Se bajó de la silla y salió de la habitación cerrando la puerta tras de sí.

Escuchó un grito ahogado por la música al quitar Magdalena la silla de golpe.

Cuando un rato después sonó el timbre de la calle, Magda, que estaba en el despacho controlando a König, se apresuró a abrir.

Se escuchó un murmullo durante unos instantes y luego pasos resonando en el parqué del pasillo.

Instantes después Magda entró en la cocina.

—Oye, Peter...

—¿Sí?

—Dice que ya te puedes ir. Que lo has hecho muy bien, pero que no es necesario que estés presente para lo que viene ahora. Te llamará en unos días. Descansa mientras, y relájate un poco —sacó un abultado sobre del bolsillo trasero de los pantalones y se lo tendió.

Él lo abrió, más por costumbre que para ver si estaba todo el dinero. Sabía que no faltaría nada. No le gustaban ni lo más mínimo los métodos de esa gente, pero le pagaban bien y quería retirarse.

Era una persona sencilla y de pocos vicios, y había conseguido ahorrar casi lo suficiente para dejarlo y pasar el resto de sus días de forma digna. Se había comprado una casa en Potsdam, junto al lago Fahrländer See. Estaba terminando de arreglarla. No era nada lujosa, pero sí cómoda. Tenía pensado adquirir una barquita y salir cada día a pescar. Nunca había pescado, pero

estaba convencido de que le gustaría. Al fin y al cabo, en gran medida consistía en esperar. Era bueno esperando, se había pasado la mayor parte de su vida haciéndolo.

—Y usted, *Fräulein* Sienkiewicz, ¿se viene conmigo? —preguntó.

—No, ¡qué va! ¡Yo me quedo! No me lo quiero perder. Si hasta se ha traído un soplete.

Peter sacudió la cabeza mientras Magda salía de la habitación.

Apuró el té, limpió bien la taza en el fregadero. La secó y la guardó en su lugar. Después, con paso cansado y aire abatido, se marchó sin despedirse.

10 kimi 14 pop

Berlín, Alemania.

Alba había llamado a Eric por la mañana para confirmarle la hora de la cita con Dieter König. Quedaron un rato antes en el Gainsbourg, un bar situado bajo las vías del S-Bahn, cerca de Savignyplatz.

Estaba anocheciendo cuando salió de casa y la temperatura había descendido varios grados. Por suerte, vestía lo más abrigador que se había llevado a Berlín. Una chaqueta de cuero de motero. Aunque no tenía moto y lo más que había hecho era dar alguna vuelta con una Derbi Variant cuando siendo adolescente iba de vacaciones al pueblo.

Se subió al autobús M29 y bajó en Wittenbergplatz. Todavía era temprano, así que se compró un *bretzel* y paseó por la plaza mientras lo comía. Fue entonces cuando tuvo la sensación de que alguien lo seguía. Al regresar de Guatemala, tras la muerte de Abercrombie, había pasado una temporada bajo protección policial. Fueron unas pocas semanas, hasta que acabó harto de encontrarse con los maderos todos los días y se convenció de que no corría peligro.

Había aprendido algunas cosas durante ese tiempo.

Se dirigió hacia KaDeWe, el centro comercial más grande de Europa, y paró un momento delante de uno de los escaparates. Según le había explicado uno de los policías que se ocupaban de su seguridad, una buena forma de saber si alguien te seguía era detenerte a mirar algo en un escaparate con aire distraído. Luego seguir caminando y de repente volver a mirar, aprovechando para echar un vistazo a la gente que hay a tus espaldas. Si alguien se para de repente... *Voilà*. Tienes alguien tras tus pasos. Eso es exactamente lo que hizo. Nadie se detuvo. En realidad, Eric tampoco tenía mucha confianza en que el truco funcionase, porque le parecía que debía ser algo que enseñaban en primero de la escuela de acechadores. Pero no estaba de más intentarlo.

Repitió la jugada un par de veces más, mientras caminaba con paso calmado por Kurfürstendamm. De nuevo no vio a nadie que pareciese ir tras él. Pensó que se estaba pasando de paranoico y desviándose a la derecha se

dirigió al Gainsbourg. Eric casi se esperaba que en el local sonase *Je t'aime... moi non plus* —lo que además hubiese sido muy apropiado, porque había decidido que Alba se daba un aire a Jane Birkin—, pero en cambio tocaba en directo un grupo de jazz. Alba estaba en la barra fumando un cigarrillo.

—¿Llego tarde? —preguntó él.

—No, qué va. He sido yo la que ha llegado temprano. ¿Quieres tomar algo? Todavía hay tiempo y estamos muy cerca de la casa de König.

—Entonces, una cerveza.

Alba se la pidió al camarero mientras él tomaba asiento junto a ella.

—Por un momento he pensado que alguien me estaba siguiendo —le dijo, y le explicó su trayecto hasta allí y cómo había tratado de tomar precauciones.

—Vaya, eres muy avisado, ¿no?

Aunque suponía que ella estaría ya al tanto, Eric la puso al corriente sobre el tiempo que había pasado con escolta policial en Sevilla.

—Me parece que es posible que te estés preocupando por nada. Como te dije, en realidad no han estado dando demasiados problemas. Supongo... Suponemos que, desde que murieron el doctor Otto Lindström y ese kaibil zumbado que trabajaba para él, las cosas han estado muy calmadas en el Templo de Akan.

—Hasta ahora.

—Sí, hasta ahora. Pero no ha habido nada realmente alarmante. Te lo aseguro. No te preocupes.

Eric se sorprendió mirando fijamente a sus ojos mientras hablaba. Desvió la vista y se concentró en la cerveza. Por el rabillo del ojo alcanzó a ver que ella esbozaba una sonrisa.

—Ya. No lo sé. No me fío de esos cabrones.

Acabaron las bebidas y se dirigieron al domicilio de König. Cuando llegaron al portal salía una joven rubia que iba muy abrigada para la temperatura que hacía y se cubría el rostro con una bufanda. Aprovecharon para entrar sin llamar. El apartamento se encontraba en el sexto piso y por supuesto no había ascensor. Eric estaba empezando a pensar que la ausencia de ascensores era algo cultural. Llegaron arriba con la lengua fuera y tras recuperar el aliento pulsaron el timbre.

Volviéron a llamar y golpearon con los nudillos en la puerta.

—Pues parece que no está —dijo Eric.

—¿Cómo no va a estar? ¿No recuerdas lo que te dije? Este tipo no sale

de casa desde hace años. Tiene que estar aquí. Tal vez le ha pasado algo.

—Bueno, entonces, ¿qué hacemos? ¿Entramos por las bravas?

—No lo sé. Quizás deberíamos.

—¿Y qué? ¿Le pegas un tiro a la cerradura? ¿La echamos abajo? O lo intentamos, por lo menos —preguntó Eric, echando un vistazo a la puerta, que le pareció bastante sólida.

—¿Y si pruebas primero a girar el pomo, Harry el Sucio?

Eric lo hizo.

—Vaya. Pues sí. Está abierta.

—Entremos.

Una ráfaga de aire caliente los golpeó cuando accedieron a un pasillo largo y estrecho, sólo iluminado por la tenue luz que entraba por el vano que acababan de atravesar. Hacía mucho calor. La calefacción debía estar al máximo. Alba encontró un interruptor y encendió la luz. Había tres puertas a la izquierda y luego el pasillo giraba a la derecha. Se quitaron los abrigos y los dejaron colgados en un perchero junto a la entrada. Fueron revisando cada una de las habitaciones: cocina, baño y dormitorio, mientras llamaban a König. No había ni rastro de él, pero todo estaba ordenado y pulcro. Al girar a la derecha se toparon con una puerta cerrada al fondo. La abrieron.

El calor que salía del cuarto era casi insoportable.

El olor nauseabundo.

—¡Joder! —exclamó Eric.

—La madre que...

La habitación sólo estaba iluminada por la gran pantalla de un iMac. Sus ojos tardaron un poco en adaptarse a la penumbra y entonces lo vieron.

—Así que estaban tranquilos, ¿eh? Ya —se lamentó Eric.

El interruptor estaba junto a la puerta y Alba encendió la luz.

Dieter König colgaba de una soga de cáñamo sujeta al enganche de una lámpara. La lámpara, de araña y bastante historiada, estaba en el suelo, junto a la pared. König tenía las manos atadas a la espalda y había una gran mancha de humedad a sus pies. Eric se lo hizo notar a Alba.

—La vejiga, supongo.

—Mucha cerveza ha tenido que beber para hacer un charco así, ¿no? No, esto es como ese acertijo clásico de la habitación cerrada. Sólo que sin habitación cerrada. Le pusieron un bloque de hielo en los pies y han dejado que se deshaga poco a poco. Supongo que por eso la calefacción está tan fuerte.

—¡Menudos cabrones! —Alba parecía sinceramente afectada—. Perdón, no suelo ser tan malhablada.

—Ya te digo. Imagínate a este pobre tipo ahí de pie, sobre el hielo. Viendo cómo se descongela lentamente, la cuerda cada vez más tensa en el cuello y sin poder hacer nada. Vaya forma más chungona de morir.

—Puedes... ¿Puedes abrir la ventana, por favor?

—Claro —dijo Eric mientras lo hacía—. ¿Oye estás bien?

—Sí, sí. No te preocupes. Es este calor. Es sofocante. Parece que no te impresiona mucho todo esto, ¿no?

Eric se encogió de hombros.

—Desgraciadamente, he visto cosas peores.

«Y las que me quedan por ver si sigo adelante con esto —pensó».

En la pared del fondo había empotrada una caja fuerte. Estaba abierta. Bajo ella, en el suelo, un cuadro con un bodegón con perdices bastante hortera apoyaba contra la pared.

—Supongo que allí es donde guardaba la página del código —indicó Eric señalando la caja.

Alba se abalanzó sobre ella.

—Si era así, se la han llevado. Aquí no hay nada. ¿Puedes ayudarme a ver si está en otro sitio?

Eric refunfuñó, pero lo hizo. Ambos miraron por todo el cuarto, que era una especie de laboratorio. Con un par de microscopios y varios aparatos electrónicos que Eric no reconoció. No la encontraron. Alba se sentó frente al ordenador y se puso a revisar los archivos. No encontró nada relativo al código.

—Parece que han borrado la información que había, si es que había algo. Supongo que era de esperar. Tal vez los técnicos puedan sacar algo en claro.

—¿Puedo probar?

—Desde luego.

—No hay internet —anunció tras unos instantes—. ¿Puedes ver si lo han desconectado?

Alba revisó el cable y lo enchufó a la toma de teléfono. Instantes después, con la conexión restablecida, Eric descargó un sencillo programa de recuperación de datos y en pocos minutos pudo rescatar una carpeta que se llamaba: *Ein neuer Codex?*

—Debe ser esto.

La abrió y dentro había varios documentos. Clicó en ellos, estaban todos en alemán.

—No tengo ni idea de alemán —aclaró Eric—, pero seguro que esto es el trabajo que había estado haciendo.

—Ni yo, ya los traducirán. No te preocupes.

—Oye, Alba, de verdad, paso de esta mierda.

—Está bien, puedes irte cuando quieras. Lo entiendo. Yo me encargo de esto —dijo mientras sacaba el teléfono móvil del bolso.

Eric dudó un momento, pero luego se marchó.

12 lamat 16 pop

Berlín, Alemania.

Tras el descubrimiento del cadáver de Dieter König, Eric Morel había pasado prácticamente todo el tiempo centrado en su trabajo en el Ibero-Amerikanisches Institut y sumido en la paranoia. Mirando a sus espaldas a cada rato mientras iba por la calle y bloqueando la puerta del piso cada vez que entraba, apilando muebles contra ella. En la biblioteca del Ibero había aprovechado para revisar los diarios los dos días anteriores y también el *Der Spiegel* de esa mañana. Todos se hacían eco de la muerte de Dieter König, pero en ningún lado aparecía su nombre. Ni tampoco el de Alba. Hecho que lo dejaba un poco más tranquilo. Hacia mediodía había decidido parar con el trabajo hasta la siguiente semana y regresar a casa.

La noche anterior había estado nevando no demasiado intensamente. Ya sólo era evidente en una fina capa blanca que se conservaba en algunos tejados y en barro que ensuciaba las calles. Pero la temperatura había descendido de forma considerable. Así que, a pesar de que la calefacción del apartamento hacía que el ambiente estuviese templado, Eric no se animaba a ducharse con agua fría. Y ya le hacía falta. De modo que decidió ir a Stadtbad Neukölln —una casa de baños que estaba muy cerca del piso—, nadar un poco y aprovechar para ducharse allí. No tenía traje de baño, así que fue a comprar uno al Karstadt de Hermannplatz. Después fue paseando por Karl-Marx-Straße hacia la piscina. Paró un momento en un puesto callejero, se comió un *currywurst* y continuó su camino. Un poco más adelante, tras girar a la izquierda por Ganghoferstraße, llegó a su destino.

La fachada del edificio que albergaba la casa de baños era engañosa y sólo identificable por el cartel de letras blancas en el que ponía Stadtbad Neukölln. Siempre le sorprendía ver que Neukölln se escribía con «ll» y no con «l». Porque asociaba la palabra a la canción de David Bowie. El austero y gris exterior neoclásico de la construcción no se correspondía en absoluto con en opulento interior, patente ya en el vestíbulo. Pagó la entrada y consiguió encontrar el vestuario, a pesar de que el señor que lo atendió sólo

hablaba alemán.

Había varias hileras de taquillas de diferentes tamaños en las que guardar las pertenencias y un cuarto con duchas. Sacó la toalla y el bañador de la bolsa de tela en la que los llevaba, se cambió y metió sus pertenencias en uno de los casilleros. Se dio una ducha y luego bajó al área del *caldarium*, cuya disposición en planta recordaba a un baptisterio. Después fue a la zona del *tepidarium*, que, a pesar de las diferentes reformas que el edificio había sufrido a lo largo de casi un siglo, conservaba el diseño original del arquitecto Reinhold Kiehl desde su inauguración en 1914. Eric se quedó realmente sorprendido, no había nadie y el espacio, una mezcla entre un templo griego y una basílica bizantina, resultaba casi místico. Los lados largos de la piscina estaban flanqueados por gigantescas columnas jónicas de travertino que sostenían una bóveda de cañón corrida. Tras ellas circulaba un balconcito sustentado por pilares exentos. Un ábside semicircular, decorado con mosaicos y precedido por dos niveles de columnas más pequeñas, remataba el lado corto situado al fondo.

El agua era cristalina y estaba templada. Al zambullirse, Eric se acordó de *La vida de Brian* y de cuánto había que agradecer a los romanos. A pesar de que las civilizaciones imperialistas le caían gordas en general.

Nadó varios largos alternando braza y crol. Tras descansar un rato se dispuso a sumergirse para tratar de cruzar la piscina buceando. A ver si tantos años fumando todavía no habían acabado por completo con su capacidad pulmonar. Casi lo consiguió, sólo le faltaron unos metros. Cuando emergió vio la borrosa silueta de un hombre de pie junto al borde, a su derecha, cerca del grueso fuste de una de las columnas. Le pareció que iba vestido, lo que se le antojó extraño.

—*Herr Morel?* —preguntó el hombre.

Eric se enjugó los ojos. Sí, iba vestido. Llevaba un traje gris. Tenía unas prominentes entradas y el cabello plateado en las sienes. Debía estar más cerca de los sesenta que de los cincuenta.

Le estaba apuntando con un arma.

—Sí. Soy yo —confirmó con tono resignado.

—Salga del agua, por favor.

Se impulsó con las piernas hacia el lateral y, apoyándose con los antebrazos en el borde, salió de la piscina.

—¿Puedo secarme? —preguntó Eric, se estaba formando un charco a sus pies.

—No, mejor no lo haga, *mein herr*.

—¿Qué es lo que quiere de mí?

—Ahora mismo quiero que vayamos a por sus cosas, que se vista y que me acompañe para que tengamos una conversación en un sitio más privado. No haga nada raro y le aseguro que no sufrirá ningún daño. Y en cuanto me diga lo que necesito saber, podrá marcharse.

—Ya —dudó Eric—. ¿Y qué es lo que necesita saber?

Trataba de ganar tiempo. Tal vez llegase alguien.

—Se lo diré en su momento. Ahora, vamos —lo invitó Peter. Y se dispuso a situarse detrás de él.

Pero entonces la lisa suela de cuero de los desgastados zapatos de Peter hizo que perdiese un instante el equilibrio. Eric se abalanzó sobre él, le agarró del brazo y se lo levantó haciendo que la pistola apuntase hacia el techo. Tras forcejear un poco, mordió la muñeca que empuñaba el arma, y la pistola, una Makárov PM semiautomática, cayó al suelo con un golpe sordo. Eric la empujó con el pie y cayó al agua. Se lanzó sobre Peter y consiguió derribarlo. De rodillas junto a él le golpeó la cara con el puño cerrado. Entonces una detonación resonó en la sala. Inmediatamente se oyó otra. En el suelo, junto a Eric, saltaron esquirlas de piedra. Levantó la vista y alcanzó a ver a una joven rubia en el balcón superior. También llevaba un arma y le apuntaba con ella. Agarrando a Peter por las solapas lo levantó para resguardarse detrás de él. De nuevo dos detonaciones seguidas. Uno de los proyectiles impactó con el suelo, pero el otro alcanzó a Peter. Apenas lo rozó, pero al hacerlo le seccionó la carótida. La sangre empezó a manar de su cuello como si fuese un aspersor impulsado por el ritmo de los últimos latidos del corazón de Peter Schröder. Eric acercó más el cuerpo de Peter hacia sí, abrazándolo para cubrirse con él. Otras dos detonaciones. Los proyectiles se incrustaron en la espalda de Peter, que exhaló su postrero aliento directamente en la cara de Eric.

Sabía que si la chica cambiaba de ángulo el cuerpo que lo escudaba no le serviría de protección. Así que se lanzó buscando el resguardo de la columna más cercana.

Dos nuevos disparos. Uno dio en el suelo. Otro a la columna.

Eric sabía poco de armas, algo había aprendido durante su estancia como corresponsal en Grozni, pero casi todo por el cine y por jugar a *Call of Duty*. Había contado ocho disparos. Estaba seguro de que no podían quedar muchas más balas. O eso esperaba. Lo que sí sabía es que si se quedaba

donde estaba, en breves instantes le cortarían el paso. De repente escuchó un chasquido y supo que estaba en lo cierto. Estaba cambiando el cargador. Casi sin pensarlo corrió en dirección a la puerta de salida. Todavía escuchó dos detonaciones a sus espaldas mientras subía las escaleras. Ir hacia la salida no era una opción, pues se daría de frente con la chica que sin duda lo esperaba allí. Así que se dirigió al vestuario. Llegó casi sin aliento.

Una vez dentro cerró de un portazo y empujando un taquillero lo empotró contra la puerta. Después otro. Y otro. Sintiéndose más seguro, abrió la consigna donde había guardado sus pertenencias y sacó el teléfono móvil del bolsillo del pantalón. Se dejó caer en uno de los bancos corridos. Buscó en la agenda el número de Alba mientras las gotas rosáceas —mezcla de agua y sangre— que caían de su cabello mojado empañaban la pantalla. Descolgó al cuarto tono.

—¿Alba? —preguntó antes de que nadie respondiese.

—¿Sí?

—Soy Eric. Está bien. Estoy contigo en esto.

—Ah, ¿pero es que no lo estabas ya? —bromeó ella.

—Menos cachondeo —la cortó con tono seco.

Se escuchó un ruido en la puerta. Estaban tratando de abrirla. Bajó el móvil y observó inquieto, dudando si su improvisada barricada aguantaría.

Tronó un disparo. Luego otro y siguió el forcejeo tras la puerta. Eric suspiró aliviado. No iban a poder entrar.

—Eric... Eric, ¿qué pasa? ¿Estás bien? —la voz de Alba resonaba agitada en el teléfono.

—Sí, ahora sí —respondió, y le explicó lo que acababa de ocurrir—. Sácame de aquí, por favor.

—Enseguida mando a alguien. No te muevas de allí.

—No pensaba hacerlo, pero ¿no vienes tú?

—No estoy en Berlín, he tenido que salir de la ciudad. Regreso mañana. Pero no te preocupes, no tendrás problemas con la policía berlinesa.

Eric se secó las manos y el rostro con su camiseta. Sacó un cigarrillo y lo encendió ignorando el cartel de prohibido fumar que tenía justo enfrente. El sonido de las sirenas de la Policía ya llegaba amortiguado por la distancia.

CAPÍTULO II

Tianguis

2 ok 18 sip

Madrid, España.

El resto de la estancia de Eric en Berlín había sido relativamente tranquilo. La Policía alemana no le causó demasiados problemas y pronto lo dejaron en paz, supuso que gracias a la mediación de Alba. Ella envió a un abogado alemán para que le ayudase a comunicarse y llegó un par de días después. Le dijo que había estado en Suiza por asuntos de trabajo y le aseguró que no tenía de qué preocuparse, que le iban a poner escolta. Con mucha discreción, le había dicho.

Y así había sido. Tanto que Eric a veces dudaba que fuese cierto.

Sin embargo, suponía que tampoco tenía mucho de qué preocuparse. Al fin y al cabo, la gente del Templo de Akan había conseguido lo que buscaba, tanto la hoja del código como la información relativa al mismo que Dieter König había podido recabar mientras lo analizaba. Imaginaba que el asalto en Stadtbad Neukölln había sido más bien improvisado. Y estaba seguro de que si habían investigado un poco se habrían dado cuenta de que su ayuda con el código iba a servirles de bien poco.

Unos días después del asalto, mientras limpiaba un poco el apartamento, se le había caído uno de los espantosos cuadros que decoraban el salón. Se desprendió de él un aparatito electrónico. Tras revisarlo un rato, y después de varias consultas en internet, dedujo que se trataba de un micrófono. De inmediato, llamó a Alba, que fue hasta allí y le ayudó a revisar la casa. Encontraron otros cinco micrófonos más repartidos por todas las estancias. Incluso había uno en el cuarto de baño. También encontraron una pequeña antena anclada con tornillos bajo el balcón que daba a Pannierstraße. Apuntaba al edificio de enfrente. Alba le dijo que trataría de averiguar si alguna de las viviendas había sido alquilada recientemente, pero que bien podrían haber estado haciendo las escuchas desde un vehículo. O desde otro edificio más alejado. No esperaba encontrar nada en ese sentido.

Tras descubrir los sistemas de escucha, Eric decidió que lo mejor sería cambiarse de piso. Un investigador argentino que trabajaba en el Ibero, con el

que había trabado cierta amistad, se marchaba durante unas semanas y se ofreció a realquilarle su apartamento en Wilmersdorf. La zona era mucho más tranquila y residencial que Neokölln, pero lo cierto es que no le importó, porque tampoco tenía muchos ánimos para fiestas. Además, la vivienda, sin ser lujosa, estaba mucho mejor y al menos contaba con agua caliente. Cosa de agradecer, pues, aunque la temperatura había subido un poco, el clima todavía era bastante fresco.

Poco después de instalarse en su nuevo domicilio, Alba fue a visitarlo. Le dijo que su investigación en relación con las escuchas y el lugar desde el que se realizaron no había sido fructífera. Pero que ya se había identificado al atacante que había resultado muerto en la casa de baños de Neukölln. Se trataba de Peter König, nacido y criado en Berlín oriental. Le contó que había estado trabajando para la Stasi durante varios años, pero que tenía un historial bastante limpio. Pues, al margen de una temporada en una prisión preventiva del Ministerio para la Seguridad del Estado de la República Democrática Alemana –por motivos no indicados y poco antes de la reunificación del país–, no tenía ningún antecedente. Poseía una licencia de detective válida para ejercer en varios países. Y en realidad, por lo que se podía intuir, se trataba de un tipo bastante anodino. Habían revisado su vivienda, sus papeles y sus movimientos bancarios de los últimos años. No había forma de relacionarlo directamente con el Templo de Akan.

Durante el resto del tiempo que pasó en Berlín, Eric se volcó por completo en su investigación. Normalmente prefería trabajar en casa, pero dadas las circunstancias, y a fin de no estar demasiado tiempo solo, pasaba gran parte del día en el diáfano espacio de la biblioteca del Ibero-Amerikanisches Institut. En la que había descubierto que uno tenía acceso a prácticamente toda la bibliografía que pudiese desear. Además de a los fondos de Maler que había ido expresamente a estudiar. Estaba encantado de comprobar que la mayor parte del material se encontraba microfilmado y que era muy sencillo realizar una copia digital del mismo. También había acceso desde la biblioteca a un sinfín de repositorios de artículos de diferentes universidades e instituciones. Ante tanta información, más que por ponerse a leer a lo loco, optó por ir recopilando y organizando datos para luego procesarlos en Madrid con más calma. De modo que iba temprano al Ibero y sólo salía para pegar un bocado en una cafetería cercana, donde vendían bocadillos; o para fumar en la puerta, con vistas a la elegante estructura de metal y vidrio diseñada por Ludwig Mies Van der Rohe para la Neu

Nationalgalerie, hasta la hora de cierre. Momento en el que se iba para casa, donde se atrincheraba y atrancaba la puerta para seguir trabajando.

Una rutina bastante monótona, que en realidad no le parecía demasiado mal.

A Alba no la había vuelto a ver desde que habían quedado para que ella lo pusiese al tanto sobre los avances en la investigación sobre su asaltante. Aunque lo había llamado por teléfono en varias ocasiones, más que nada para preguntarle cómo se encontraba.

A mediados de mayo había regresado a Madrid en un vuelo de Luftansa que hacía escala en Frankfurt.

El piso de Eric en Madrid estaba en el centro, en la calle Leganitos, y tenía poco más de treinta metros cuadrados. Pequeño, pero suficiente para él solo. Además, estaba recientemente remodelado y bien distribuido, contando con una minúscula cocina, un salón, una habitación y un trastero junto a la entrada. En realidad, prácticamente hacía vida en el salón, donde tenía el iMac en una mesa al lado de una ventana y un cómodo sofá de tres plazas frente a una mesa baja que se había hecho con un palé y una plancha de vidrio grueso. En el dormitorio había un armario empotrado y varias estanterías con libros, además de una cama de matrimonio. Pero prácticamente no la usaba, a no ser que no durmiese solo. Por lo general, prefería quedarse en el sofá, trabajando o viendo algo en el ordenador, hasta que las pastillas para dormir hacían el efecto esperado. Tras la muerte de Ariadna había empezado a salir con Tania de vez en cuando, estuvieron un tiempo juntos mientras él seguía en Sevilla. Cuando se mudó a Madrid siguieron durante una temporada, viéndose cada vez más esporádicamente hasta que de mutuo acuerdo terminaron la relación. No tanto por la distancia, sino por los malos recuerdos que compartían y que sobre todo a él le hacían muy difícil la convivencia. Desde que terminó con Tania se había trasladado casi de forma permanente al sofá, prácticamente como si se estuviese castigando a sí mismo.

Tras su llegada a Madrid, Eric había estado bastante enfrascado en el trabajo. Estaba ilusionado porque le habían aceptado una ponencia dentro de un simposio en el VII Congreso Internacional de Mayistas, que se iba a celebrar durante el mes de julio en Mérida, Yucatán. Pero también estaba bastante preocupado, pues la idea de hablar en público hacía que se le encogiese el estómago. Y más al pensar en hacerlo delante de tantos

especialistas.

Hacía poco que había acabado de preparar el texto de la charla y el PowerPoint con la presentación. Durante esos días se dedicaba a ensayar la ponencia, sufriendo pequeñas crisis de ansiedad al ver que, por mucho que practicara, no le acababa de salir tan bien como le gustaría: cuando esto pasaba desconectaba de todo y se ponía a jugar a *The Elder Scrolls IV: Oblivion* durante horas.

Alba lo llamó el viernes primero de junio.

—¡Hola! ¿Cómo estás?

—Muy bien.

—Estoy en Madrid —anunció ella.

—¿Ah, sí? ¿Y qué te trae por aquí?

—He venido a ver a un especialista en iconografía maya del Posclásico que está trabajando con el Códice Madrid en el Museo de América. Le enviamos las imágenes de la hoja del presunto códice de Maní.

—Espera, ¿tienes imágenes?

—Claro. ¿No te las he pasado?

—No, qué va.

—Pues luego te las envío al correo. He quedado con él el martes por la mañana. ¿Quieres venir?

—Mmm, mira, no lo sé.

—¡Venga, ánimo! Además, hay otra cosa que te quiero proponer.

—¿Y por qué no me la cuentas ahora?

—No, no. Por teléfono no. Es más... personal —aclaró.

Eric refunfuñó un poco, pero aceptó. Quedaron el martes por la mañana en la puerta del Museo de América.

3 chuwen 19 sip

Madrid, España.

–¿Quieres almorzar algo? –preguntó Eric a Manolo.

Manolo Baena había sido el compañero de piso de Eric mientras residía en Sevilla. Él también se vio envuelto en el asunto del vaso para chocolate, y fue secuestrado y violado por Otto Lindström. Junto con Edward Abercrombie, Eric los había rescatado a él y a Tania justo antes de que fuesen sacrificados a unas supuestas deidades mayas. Pero no salió del todo indemne. Lindström le había contagiado la sífilis. Afortunadamente, le trataron la enfermedad a tiempo, en la primera fase, y quedó completamente sano y sin secuelas en poco tiempo.

Manolo seguía viviendo en Sevilla y estaba ya terminando la licenciatura en periodismo. Sólo le quedaban unas pocas asignaturas. De modo que iba con bastante frecuencia a Madrid para ver a su novio, José Luis. A José Luis lo había conocido precisamente durante su hospitalización, pues éste era enfermero y en esos momentos estaba haciendo unas prácticas en el Hospital Universitario Virgen del Rocío de Sevilla. En sus visitas a Madrid solía quedarse en casa de Eric, pues José Luis vivía con sus padres.

–Vale –respondió Manolo.

–He traído cruasanes con manteca de la panadería francesa buena de la esquina.

–No, no. Gracias. Yo me voy a hacer un Bloody Mary.

–¿Eso es lo que pretendes almorzar? Tienes que cuidarte un poco, tío. Además, ¿qué te hace pensar que tengo los ingredientes necesarios para preparar un Bloody Mary?

–Los tienes porque los he traído yo, que he ido a comprar antes de venir. Y no me des la murga. Que estoy bastante jodido. Además, tendrás tú mucho que criticar...

–¿Yo? Yo he estado súper tranquilo últimamente, que lo sepas. Pero ¿por qué dices que estás jodido? Pensaba que te iba muy bien con José Luis.

–Y me iba. Pero tuvimos una bronca ayer por teléfono y ya no he

conseguido hablar con él. Y como ves, pues he venido igual, pero nada. He intentado llamarle y no contesta. Así que paso de todo. Me voy a poner hasta las trancas y me voy a ir de fiesta. ¿Te sirvo uno?

–No, no. Todavía tengo cosas que hacer hoy. Pero deja que termine lo que estoy haciendo y me cuentas exactamente qué es lo que te pasa, ¿te parece?

–Muy bien, pero date prisa –dijo, y entró a la cocina a prepararse el cóctel.

Tal como le había asegurado el día anterior, Alba le había mandado varias fotografías del anverso y el reverso de la posible página de códice encontrada en Maní. Eric las tenía abiertas en la amplia pantalla de su iMac.

Al igual que en los otros códices mayas prehispánicos que se conocen, con la excepción del Grolier —del que no se tenía seguridad sobre su autenticidad—, la hoja presentaba decoración pintada y textos jeroglíficos por ambas caras. Lo que se veía en ambas páginas era, a simple vista —por la caligrafía y la iconografía—, bastante similar a las páginas del Códice de Dresde. En ese sentido, aunque Eric no era ningún experto, le parecía auténtico.

Tecléo en el buscador y accedió a la conocida página web de FAMSI, la Foundation for the Advancement of Mesoamerican Studies y allí navegó hasta dar con una copia digital de la versión de Förstemann del Codex Dresdensis. El alemán Ernst Wilhelm Förstemann, director de la Biblioteca del Estado Sajón, en Dresde, había publicado a finales del siglo XIX una edición facsimilar fotocromolitográfica a color del mismo, y seguía siendo una de las mejores versiones.

Descargó una copia en pdf y la abrió. Fue pasando páginas con la rueda del ratón hasta llegar a la 24 y allí se detuvo, en las Tablas de Venus. Eric comparó la imagen del pdf con las fotografías que le había enviado Alba. La representación era muy parecida al anverso de la hoja hallada en Maní. En la parte superior izquierda había tres columnas de glifos, algunos de ellos acompañados de numerales. Abajo, a la izquierda, empezaban a aparecer números representados con puntos, rayas y conchas. Tal como los empleaban los mayas, que para los números del uno al cuatro usaban de uno a cuatro puntos. El cinco con una raya, para el seis un punto y una raya y así añadían puntos hasta el diez, que se representaba con dos rayas. Empleando puntos y rayas se podía contar hasta veinte, ya que el sistema numérico maya era vigesimal. El veinte, que también era cero o que se había completado el ciclo,

se representaba con un símbolo parecido a una concha, como una elipse con rayitas en la parte superior. Estos cálculos continuaban en toda la mitad derecha de la hoja, intercalados con glifos *ajaw*. Abajo del todo había una línea de glifos y, enmarcándolo todo, una fina cenefa roja, color que, junto con el negro, predominaba en toda la hoja.

Eric siguió bajando el pdf hasta llegar a la página 46 de la edición de Förstemann. La comparó con el reverso de la que le había mandado Alba. Las similitudes eran más que evidentes. En la parte izquierda, glifos y números escritos en negro y rojo. En la derecha había tres recuadros con fondo rojo, separados por columnas de jeroglíficos. En cada uno de los recuadros había una deidad en distinta postura. Pintadas todas fundamentalmente con negro, rojo, verde, amarillo y azul maya.

—¿Eso qué es? —preguntó Manolo curioso, asomándose por detrás de la silla en la que estaba sentado Eric.

—Una página de un códice maya. Bueno, de un posible códice maya, más bien. Se ha encontrado hace poco.

—Y eso... ¿te interesa por algo en especial? Tenía entendido que estabas trabajando sobre exploradores del siglo XIX.

Eric no le había hablado a Manolo de nada de lo que había acontecido en Berlín.

—¿Si te cuento una cosa me prometes que no te vas a enfadar?

Manolo lo miró suspicaz.

—Cuéntamelo y ya veremos después si me enfado o no.

Eric se lo explicó todo y también le contó que había quedado con Alba el martes para visitar a un especialista en iconografía del Posclásico maya en el Museo de América.

—Así que mayas y chica mona, ¿eh? Ay, alma de cántaro... ¿Pero tú eres gilipollas o qué te pasa? Ya sé yo cómo va a terminar esto, ya. A mí no me metas en líos, pedazo de cabrón.

—Me has dicho que no te ibas a enfadar.

—Y una mierda, te he dicho que ya veríamos. Y sí que me enfado.

Se sentó en el sofá enfurruñado.

—Vas a tener cuidado, ¿verdad? —le preguntó mientras mordisqueaba la rama de apio que había sacado del Bloody Mary. Y me aseguras que no me va a pasar nada a mí, ¿no?

—Sí, sí —le confirmó no del todo convencido.

—Y te vas a venir hoy de fiesta conmigo, ¿no?

–La madre que te parió, tío. Así que todo el numerito era para eso, ¿eh?

–Nooo. ¡Qué va!

–Siempre me lías.

–Siempre te dejas liar, eso está más que claro. Por mí, por las chicas monas y por todo el puto mundo... Pero en serio, prométeme que vas a tener cuidado.

–Que sí.

–Bien. Entonces tienes mi aprobación. Pero mucho ojito, ¿eh?

–Sí.

–Vale. Pues voy a pillar mandanga. Y la vas a pagar tú.

–Joder. Si es que tengo un montón de cosas que hacer...

Manolo lo miró por el rabillo del ojo.

–Va, tira, lo que tú quieras.

Madrid, España.

Eric había salido de juerga con Manolo durante todo el sábado y hasta bien entrada la tarde del domingo. Se despertó el lunes a media mañana y estuvo tratando de trabajar sin demasiado éxito desde que se fue Manolo, hacia la hora de comer. Había quedado con Alba en la puerta del Museo de América el martes cinco de junio a las diez de la mañana.

El martes ya estaba más despejado, a pesar de que se habían pasado un montón. Así que se despertó temprano, desayunó el acostumbrado café solo y salió a la calle. Caminó hasta la parada de metro de Plaza de España y tomó la Línea 3 hasta Moncloa. Se dirigió al noroeste, dejando a la izquierda el Arco de la Victoria y se metió por el andador que pasa junto al Faro de la Moncloa, para salir directamente al acceso principal del Museo de América. Faltaban cinco minutos para las diez. Alba llegó instantes después.

—Vaya, has llegado muy puntual, ¿no? —dijo ella.

—Supongo que después de esta temporada en Alemania algo se me ha debido de pegar.

—Me escribió ayer a última hora el doctor Serafín Olmedo y me dijo que si podíamos atrasar la cita hasta las once. Pero pensé que no merecía la pena que nosotros quedásemos más tarde. Podemos aprovechar para visitar el museo, vamos, si a ti te parece bien. No había venido nunca.

—¿No?

—Qué va.

—¿No eres de Madrid? —preguntó él, percatándose de que a penas sabía nada de su vida personal—. Bueno, qué tontería, supongo que la mayoría de la gente que es de aquí o vive aquí no conoce este museo.

—Pues sí que nací aquí, pero la mayor parte de mi vida la he pasado entre Valencia y Cádiz. Entonces, ¿qué? ¿Me haces una visita guiada mientras hacemos tiempo?

—Bueno, eso está hecho. Pero no soy muy bueno como guía, y tampoco quiero ser muy pesado, así que mejor me preguntas tú lo que te interese.

Tampoco es que me conozca el museo de maravilla, pero últimamente he venido de vez en cuando; sobre todo a ver las piezas mayas, y también documentación sobre las primeras exploraciones españolas en el área maya, claro.

—Claro. Pues empezamos, ¿por qué este edificio es tan extraño? Quiero decir, no pega nada, ¿no? ¿Qué era, una iglesia o algo así?

—Bien visto —dijo Eric—, pero no, no era una iglesia. El edificio es una creación de época franquista para albergar diversas colecciones que ya existían. Entre ellas, además de donaciones y adquisiciones más recientes, estaba la colección del Real Gabinete de Historia Natural, que fue fundado a mediados del siglo XVIII. Carlos III creó un nuevo gabinete, en el que se incorporaron las piezas obtenidas durante la realización de las primeras exploraciones arqueológicas en América —hizo un gesto para marcar que entrecomillaba lo de exploraciones arqueológicas—, entre ellas la de Antonio del Río en Palenque, que es una ciudad maya que está en Chiapas.

Habían cruzado la puerta de acceso y se encaminaron a la izquierda, hacia el mostrador, donde una joven uniformada, que charlaba animadamente con un guardia de seguridad, les dio sendos tickets. Subieron por las amplias escaleras de piedra al primer piso.

Eric continuó.

—Esta colección del Real Gabinete de Historia Natural, ya a finales del siglo XIX, pasó a ser la de Arqueología y Etnología Americana del Museo Arqueológico Nacional. Para finalmente constituir con ella el Museo de América. Que en un principio era una suerte de mierda propagandística que pretendía ensalzar la labor evangelizadora y «civilizadora» de la Conquista.

»Es por eso que los arquitectos Luis Moya y Luis Martínez Feduchi, a los que se les encargó el proyecto, hicieron esta construcción como una especie de convento colonial organizado en torno a un atrio central y al que se le añadió una especie de torre campanario adosada. Porque, en fin, supongo que es muy necesario que un museo tenga un campanario —apuntó con ironía.

Ya en la planta superior, empezaron el recorrido por la exposición permanente.

—Como no tenemos demasiado tiempo, si quieres damos una vuelta rápida y nos detenemos en lo que te interese más, que supongo que será lo maya y sobre todo la reproducción que hay expuesta del Códice Madrid. Podemos volver luego. O bien otro día, si quieres, y vemos con más detalle lo

demás.

—Me parece muy bien.

Pasaron las primeras salas, plagadas de mapas históricos sobre el descubrimiento de América, otras que emulaban un antiguo gabinete de historia natural, exponiendo libros y artefactos tanto de América como de Oceanía, y otras que albergaban piezas prehistóricas, artefactos líticos de pedernal y obsidiana de todo el continente. También otras con cerámica de diferentes culturas de Mesoamérica y Sudamérica: Maya, Azteca, El Tajín, Inca, Chimú, Huari, Moche... Pasaron también por delante de la llamada Estela de Madrid. Alba se interesó por el objeto.

—En realidad no es una estela, sino parte de un trono —explicó Eric—, hace muchos años que pertenece a la colección. Fue una de las piezas que trajeron tras la expedición de Antonio del Río.

—¿Quién es ése? Ya lo has nombrado antes.

—Antonio del Río fue un capitán del ejército español que, por indicación del rey Carlos III, quien a su vez se lo solicitó al gobernador de Guatemala, realizó en 1787 los primeros trabajos de documentación en Palenque, que como te he dicho antes, es una ciudad maya que se encuentra en la selva de Chiapas.

»Fue un enclave muy importante en el Clásico y destaca sobre todo por sus manifestaciones artísticas, que son realmente delicadas. En especial en lo que se refiere a la escultura, como puedes apreciar en este bajorrelieve —apuntó, señalando hacia la Estela de Madrid—. En realidad, pese a sus carencias, fue la primera excavación arqueológica que se llevó a cabo en América, en un momento en que la arqueología, como ciencia, todavía se estaba gestando. Es cuando se produjo el paso de anticuarios y coleccionistas a arqueólogos con una vocación científica. A Del Río lo acompañaba el guatemalteco Ricardo Almendáriz, que fue el encargado de documentar gráficamente, evidentemente mediante dibujos, los hallazgos que hicieron, en concreto los refinados relieves del edificio denominado El Palacio.

»Durante esa expedición se trajeron algunos de los materiales que hoy se exponen aquí y que proceden de Palenque. Como éste y otros relieves de estuco que representan a K'inich Janaab' Pakal, bueno, o simplemente Pakal, que fue el gobernante más importante de Palenque, cuyo nombre maya es B'aakal.

—Me suena ese tal Pakal.

—Es muy probable. Es uno de los gobernantes mayas más conocidos. A

mediados del siglo XX el arqueólogo Alberto Ruz descubrió su tumba en el denominado Templo de las Inscripciones de Palenque.

»En la parte superior encontró unas escaleras que llevaban hasta la cámara mortuoria en el interior de la estructura piramidal. Esto es muy significativo, porque todo el mundo sabe que, por ejemplo, las pirámides egipcias eran construidas para ser la sepultura de los gobernantes. Pero esto no es normal en el área maya, donde las pirámides son básicamente templos. Pero en el Templo de las Inscripciones, en la cámara interna, se encontró el sepulcro de Pakal, cubierto por una enorme losa de piedra tallada en altorrelieve.

—¡Ajá, ya caigo! —lo interrumpió ella—. Supongo que lo he visto en algún documental del Discovery Channel o algo así. En el que decían que es como un astronauta en su nave espacial.

Al percatarse de la mirada que le lanzó Eric, Ariadna especificó:

—Es lo que decían, no es que yo lo crea, ¿eh?

—Menos mal. Mira, lo que se representa en realidad en la lápida, de una forma muy, pero que muy simplificada, porque es un desarrollo iconográfico realmente complejo, es a Pakal en posición fetal tumbado sobre el Monstruo de la Tierra, porque nace o renace de él. Del vientre de Pakal surge un árbol en forma de cruz, una ceiba sagrada, que marca los cuatro puntos cardinales y arriba del todo se encuentran representaciones del dios solar, Itzamnaaj K'inich Ajaw.

»En definitiva, es una representación de la cosmovisión maya, pues para ellos existían tres niveles: el superior, conformado por los trece cielos; el terrestre y el inferior, el inframundo o Xibalbá, que tenía nueve niveles.

Echaba de menos a Ariadna, y que fuese ella la que le explicase ese tipo de cosas a él.

Siguieron avanzando por el museo y llegaron por fin a donde estaba la réplica del Códice Tro-Cortesiano. Expuesta en el centro de la estancia, entre unas planchas de plástico transparente que permitían girar el códice mediante una manivela, para apreciarlo por ambos lados.

—¡Vaya, es mucho más grande de lo que me esperaba! —exclamó Alba.

—Sí, a mí también me sorprendió cuando lo vi por primera vez. En total tiene 6,82 metros de largo.

Alba lo observó sorprendida.

—Lo he mirado antes de venir.

—Ah.

Estaba expuesto en tres partes, en una hilera un fragmento más largo y en otra otros dos fragmentos más pequeños, uno mayor que el otro. Al verlo así se entendía muy bien cómo eran los códices mayas: como una larga tira de papel vegetal que iba doblada a modo de biombo, separando así las páginas, que para diferenciarlas visualmente estaban ribeteadas de rojo.

Alba se acercó para verlo con más detalle.

—La verdad es que es precioso. Esto me quedaría en la pared del salón que ni pintado.

—Pues por algún lado he visto que venden reproducciones, aunque salen a más de dos mil euros, así que tú verás...

—Igual se me va un poco del presupuesto.

Eric miró la hora en su teléfono.

—Se está haciendo un poco tarde. Deberíamos ir saliendo.

Alba comprobó la hora en su reloj de pulsera.

—Ajá, tienes razón —confirmó.

Se dirigieron a la planta baja.

Un hombre estaba de pie esperando junto a la puerta de acceso al museo cuando salieron. Supusieron que debía tratarse de Serafín Olmedo. Eric no se lo imaginaba así, era mucho más joven de lo que pensaba. Aunque vestía como si no lo fuese, con pantalones de pinzas a cuadros grises, zapatos náuticos y una camisa en tono salmón, y llevaba el pelo engominado y repeinado con la raya al lado, como si estuviese viviendo en los años treinta.

—¿Doctor Olmedo? —preguntó Alba.

—Llámame Serafín, por favor. Hum, tú debes ser Alba, encantado, y tú...

—Él es Eric Morel, me está ayudando.

Eric le tendió la mano.

—Hum, muy bien —dijo Serafín estrechándosela—. Encantado de conocerte también a ti, Eric.

Serafín les pidió que lo siguiesen y tras rodear parte del edificio los invitó a pasar por una pequeña puerta que daba a un pasillo iluminado con luces fluorescentes. A la izquierda estaba su despacho. Serafín entró primero y despejó dos sillas que estaban llenas de libros. Todo el cubículo estaba hecho un desastre.

—Perdón por el desorden —se disculpó Serafín mientras encendía el ordenador, un trasto que todavía debía llevar Windows 95.

—Bien, tengo que deciros que no he podido dedicarle tanto tiempo al, hum, asunto que nos atañe como hubiese deseado. Espero poder continuar próximamente, pero sí he tenido una primera toma de contacto y debo decir que, en mi opinión, en lo que respecta a la iconografía, las fotografías que me enviaste parecen corresponder a un códice maya auténtico. En concreto se trataría de un códice Posclásico, como los otros que conocemos, como el que habréis podido ver aquí en el museo. Las semejanzas con el Códice de Dresde son asombrosas. El anverso... —miró a la pantalla del ordenador—, hum, acercaos a este lado de la mesa, si os parece bien, por favor.

Así lo hicieron.

En la pantalla estaba un lado de la página de Maní y a su lado la página 24 del Códice de Dresde, la misma edición de Förstemann que había estado consultando Eric el fin de semana.

—Bien, en el anverso tenemos lo que podríamos llamar la introducción a las Tablas de Venus. No hay iconografía, sólo algo de texto y números. Hum, no sé si estáis muy al tanto sobre este tipo de cuestiones.

—No demasiado, la verdad —apuntó Alba—. Mejor si nos lo explica.

—Los códices mayas funcionaban un poco como almanaques en los que se prestaba atención a cuestiones astrológicas, astrológicas con «l»: dando profecías, diciendo qué días eran los más adecuados para llevar a cabo diferentes actividades y la influencia que tenía uno u otro dios.

»Pero por otra parte también contienen información astronómica, astronómica con «n»: como la cuenta lunar o los ciclos venusianos. Esto es especialmente evidente en el Códice de Dresde, que es el que vemos en pantalla en comparación con las fotografías que me enviaste. En él, en las páginas 24 y 46 a 50, se encuentran las Tablas de Venus. Lo que tenemos en pantalla es la página 24 del códice de Dresde y una de las caras de la hoja de Maní. Básicamente, lo que contienen en esta parte son fechas de cuenta larga, una tabla de múltiplos e instrucciones para la reutilización de las Tablas de Venus en ciclos posteriores.

Abrió entonces otras dos fotografías: el reverso de la hoja de Maní y la página 46 del Códice de Dresde. Al ordenador le llevó un rato procesar la información, pero al final lo logró.

—Esto es el reverso de vuestra hoja y la página 46 del *Codex Dresdensis* —continuó—. Como veis, también son muy parecidas. A la derecha, en tres recuadros separados por glifos, hay representaciones de deidades relacionadas con Venus. A la izquierda están las fechas. En la esquina de

abajo del todo hay unas cifras pintadas en rojo, si se suman el total es 584. Que es prácticamente lo que tiene el ciclo sinódico de Venus. Es decir, el tiempo que tarda Venus en tener la misma posición relativa con el Sol y la Tierra, que es en realidad de 583,92 días.

»Los mayas estaban un poco obsesionados con el cálculo del tiempo, como supongo que ya sabéis. Así que lo que hay en la parte superior izquierda, en cuatro columnas y trece filas, son fechas del calendario de 260 días, el *tzolkin*, en las que se indica un día. En concreto un día en el que Venus cambia de posición en el firmamento, son cuatro posiciones: la conjunción superior, la estrella de la mañana, la conjunción inferior y la estrella de la tarde; por eso hay cuatro columnas. Lo restante son textos que no se pueden leer por completo y más cálculos relacionados con el ciclo de Venus. Pues, además, cinco ciclos sinódicos de Venus son casi lo mismo que ocho años de 365 días, que es el otro calendario principal que manejan los mayas, el *haab*, o calendario solar de 365 días.

»Bueno, en definitiva, que tras comprobar la caligrafía, el trazo de la decoración y los motivos iconográficos, todo parece indicar que es auténtico. Y si no lo es, hum, lo ha pintado alguien que sabe perfectamente lo que hace. Pero si además apareció en una excavación científica, pues pocas dudas puede haber.

—No sería la primera vez que alguien entierra algo para hacerlo pasar por auténtico —apuntó Eric.

—Bueno, eso también es verdad —concedió Serafín—. Habrá, hum, habrá que esperar a los resultados de los análisis del papel y los pigmentos para mayor seguridad. Y por supuesto me gustaría poder estudiarlo en persona. ¿Creéis que sería posible que tuviese acceso al original? ¿Dónde se encuentra ahora?

Se lo veía ansioso.

—Eh, está en México —mintió Alba—, y estoy segura de que más adelante lo podremos arreglar para que puedas trabajar con él personalmente. Pero me temo que por el momento no es posible.

—Entiendo, hum, claro. Tal vez más adelante...

—Desde luego.

—Bien, pues muchísimas gracias, Serafín. No te robamos más tiempo, nos has sido de gran ayuda.

El doctor Olmedo los acompañó hasta la puerta de la calle y se despidió allí de ellos.

Fueron a comer a un restaurante cerca de casa de Eric, en Gran Vía. Él le preguntó qué era lo otro que le quería comentar y que no había podido decirle por teléfono.

—Ah, sí. Es cierto. Resulta que tengo que ir a México para continuar con la investigación. Me preguntaba si te gustaría acompañarme.

—¿Por qué? Quiero decir, no sé si puedo serte de mucha ayuda.

—Eso ya lo veremos, yo creo que sí. Piénsalo, el viaje y los gastos pagados, y creo que puedo conseguir que te asignen una remuneración por el tiempo que estés colaborando conmigo.

—Bueno, al fin y al cabo, tengo que ir a México para el Congreso Internacional de Mayistas, que es en julio en Yucatán, en Mérida. Y tampoco me vendría mal pasar una temporada en México D.F. para consultar algunas cosas en las bibliotecas de la UNAM. Está bien, deja que lo piense y que vea las fechas y te lo confirmo, ¿te parece?

—Muy bien.

11 kawak 7 sutz'

Poznan, Polonia.

Magdalena Sienkiewicz se había ocultado en la vivienda que su madre poseía en Poznan, en Polonia, muy cerca de la orilla del río Varta. En realidad, no se encontraba demasiado preocupada desde que abandonó Berlín, y con el transcurso de los días lo había estado cada vez menos.

Cuando comprobó que el tal Eric Morel se había atrincherado en el vestuario y comprendió que ella sola no iba a ser capaz de entrar, salió corriendo de Stadtbad Neukölln. En el vestíbulo se topó con el anciano que vendía las entradas, que había salido de la taquilla para ver qué era todo aquel estruendo, pero disparó al techo y el hombre se tiró al suelo tapándose la cabeza con las manos. Así que estaba segura de que no podría identificarla. Y de que tampoco la había podido ver bien cuando entró a la casa de baños con Peter Schröder. Pues había sido él quien compró las entradas y ella, que se había quedado detrás haciendo como que apreciaba el espacio, llevaba el pelo cubierto y gafas oscuras. Nadie la vio salir, y cuando se empezaron a escuchar las sirenas de los vehículos policiales ella ya había doblado la esquina y se alejaba con paso vivaz por Sonnenalle. Para cuando la Policía estaba accediendo a la casa de baños, ella iba cómodamente sentada en el asiento trasero de un taxi y se dirigía hacia el norte, a la estación de trenes de Berlin-Gesundbrunnen. Y cuando por fin Eric Morel conseguía hacerse entender por los agentes alemanes, ella ya partía en un tren con destino a Poznan.

El padre de Magdalena había sido un antiguo *Spetsnaz*, un miembro de las fuerzas especiales soviéticas, que pasó una larga temporada en el frente afgano. Se crio en Tula, una pequeña ciudad situada al sur de Moscú, famosa por ser el principal lugar de fabricación de los rifles de asalto Kalashnikov. Había atravesado a pie la frontera entre la Unión Soviética y Polonia en las cercanías de Brest. Lo único de valor que tenía era un Kalashnikov, recuerdo de su tierra y de su familia, que vendió en territorio polaco para comprar un pasaje que lo llevase al oeste. Se instaló en Poznan, cambió de nombre y el

apellido por el de Sienkiewicz, para tapar su desertión, y conoció a la futura madre de Magda.

Una vez asentado, con su hija ya en camino y la URSS finalmente disuelta, había vuelto para recuperar su rifle. Tuvo que matar a tres personas para conseguirlo, pero lo hizo. Y con él, años después, enseñó a disparar a Magdalena.

Siendo todavía ella una niña, unos hombres del Servicio Federal de Seguridad de la Federación Rusa, el FSB, sucesor del antiguo KGB, sacaron al padre de Magda de casa una fría madrugada de enero y le explicaron por las bravas que la URSS se habría disuelto, pero que como se suele decir: Roma no paga traidores.

Cuando la pequeña Magdalena y su madre salieron al patio, su padre yacía en el congelado suelo sobre una mancha de sangre humeante que empezaba a condensarse. La niña corrió hacia su padre a pesar de los gritos de su madre y, ante su estupor, se puso a toquetear las heridas sangrantes de la cabeza de su padre sin ningún temor ni aprensión. Ni entonces ni después sintió nunca ninguna repulsión ante la muerte y la violencia.

De hecho, la ponían a cien.

Y lo que ocurrió en la casa de Dieter König una vez Peter se había marchado, todavía la hacía estremecerse de placer. Justo allí, con el cuerpo de König enfriándose mientras colgaba de la lámpara, tuvo el sexo más excitante de su vida.

La madrugada del diez de junio había tomado prestado el coche de su madre y había conducido por la carretera de Lutycka, al norte de la ciudad. Condujo despacio hasta que dio con una prostituta que se ajustaba a sus expectativas. Era una chica ucraniana, rubia y bastante más menuda que ella. Tras negociar durante un rato subió al coche y fueron juntas a un hotel cercano, donde los recepcionistas no hicieron preguntas, pero sí intercambiaron miradas picaronas.

Llevaban cerca de una hora en el hotel cuando Magdalena recibió una llamada al teléfono que tenía exclusivamente para el trabajo.

—¿Hablas español, Magda? —preguntó en inglés una voz distorsionada.

—Eh, no. ¿Por qué? —respondió ella en el mismo idioma.

—Porque necesito que vayas a México. Hay trabajo que hacer en el Distrito Federal.

—Pues no sé si voy a ser la más indicada... —dudó Magdalena.

—No te preocupes, es muy posible que pueda ir yo contigo. O si no,

mandaré a alguien para que te acompañe, pero te quiero allí. Me gusta cómo trabajas y tengo plena confianza en ti. Yo todavía tengo algunas cosas que terminar en Europa, pero espero acabarlas antes de que te marches, si no nos encontraremos en México muy pronto.

—Por supuesto, lo que tú quieras.

—Perfecto. Te llamaré en unos días para concretar los detalles. Mientras tanto, no estaría de más que te apuntases a algún curso intensivo de español. No hay demasiado tiempo, pero que al menos aprendas lo básico para moverte por allí con cierta libertad, si es necesario.

—Claro, muy bien.

—Estupendo, estamos en contacto.

Dejó el teléfono sobre el mueble que había cerca de la entrada y observó un instante su reflejo en el espejo. Estaba desnuda y llevaba un arnés con un enorme falo negro de plástico. Al fondo, sobre la cama, la prostituta estaba atada y amordazada.

—Muy bien, cariño. Sigamos.

4 chikchan 13 sozt'

Atlántico Norte.

«Iberia debería ir planteándose renovar su flota –pensó Eric tras varias horas sentado en las incómodas butacas del avión que los llevaba a él y a Alba al Distrito Federal».

Habían llegado en taxi a la moderna y recientemente inaugurada T4 del aeropuerto de Barajas. Tras deshacerse del equipaje y obtener sus tarjetas de embarque, pasaron el control de seguridad sin contratiempos. Después, tomaron el tren subterráneo y se dirigieron a la T4S a esperar la salida de su vuelo con destino a México D.F.

Se comieron unos bocadillos, porque no tenían ningunas esperanzas de que lo que les diesen en el avión fuese comestible, y se encaminaron hacia su puerta de embarque. Todavía era temprano, así que buscaron uno de los recintos para fumadores que había repartidos por la terminal. Cuando llevaban varios cigarrillos y se acercaba el momento de abordar, una chica se aproximó a Eric y le pidió fuego en mal castellano. Era muy atractiva, rubia, con ojos azules y casi tan alta como él. Eric le pasó el encendedor y ella, tras aplicar la llama al cigarrillo, se lo devolvió y se alejó unos pasos, poniéndose junto a otro de los postes que servían de cenicero.

—Eh, que se te van los ojos —le dijo Alba en voz baja.

—¿Qué? No. No es eso. Me suena de algo, pero no consigo situarla.

—De alguna peli porno, seguro —rio ella—. Bueno, ¿embarcamos ya?

—Uh, vamos a fumarnos otro, ¿no?

—¿Otro?

—Sí, que son muchas horas de vuelo.

—Vale... ¿Y cómo haces para aguantar en el avión tanto tiempo?

—Parches de nicotina.

—¿En serio?

—Sí, he probado con chicles de nicotina, con cigarrillos de esos de plástico y con cualquier cosa que te puedas imaginar. Y esto es lo único que funciona. A medias.

En ese momento se asomó un tipo a la entrada del recinto para fumadores y llamó la atención de la chica que antes le había pedido fuego a Eric. Era mucho mayor que ella. Eric calculó que debía tener su edad aproximadamente, tal vez algunos años menos, aunque aparentaba ser mayor que él. Era uno de esos tipos de constitución más bien gruesa que se pasan la vida tratando de adelgazar, y cuando consiguen hacerlo un poco el resultado no es demasiado bueno, porque la piel se les queda suelta y parecen estar enfermos. Además, tenía unas entradas pronunciadas y el escaso cabello que conservaba hacía unas ondas bastante extrañas. Parecía que llevaba una oveja muerta en la cabeza. Vestía una camisa floreada y unos pantalones azules que sólo se hubiese atrevido a combinar un daltónico. Y unas gafas con montura de pasta negra con las que seguro que se pensaba que tenía un aspecto muy sofisticado, pero que lo único que hacían era acentuar su cara de paleta y unos ojitos de rata. Ella se aproximó a él, e intercambiaron algunas frases entre ellos en inglés, pero lo hablaban bastante mal, especialmente él, y era evidente que no era la lengua materna de ninguno de los dos. La chica se acercó hasta el cenicero junto al que estaban Alba y Eric, apagó el cigarrillo y les sonrió. Después se fue con el tipo.

—Es un vició repugnante. Repugnante —escuchó que mascullaba él en español, mientras se alejaba con la chica, agarrándola por la cintura, hacia las puertas de embarque.

Eric pensó que tal vez sí le sonaba de alguna película porno, o tal vez de una película de otro tipo, y que su acompañante era su representante, su chulo o como quiera que se dijese en el negocio.

Además de los incómodos asientos y de que sólo hubiese sistema de entretenimiento a bordo en las butacas de *business*, hacía muchísimo frío en el avión. Cuando preguntaron qué ocurría a una azafata, ésta les explicó que no funcionaba bien el aire acondicionado y que lo único que podía hacer era darles algunas mantas más. Las aceptaron. Eric se levantó para sacar de su mochila una sudadera, que le cedió a Alba, y una cazadora vaquera para él. Cuando se volvió a sentar se tapó como pudo con las pequeñas mantas y metió las manos en los bolsillos exteriores de la chaqueta. Entonces palpó algo que no debía estar allí.

Era una pequeña bolsa de plástico con un polvo dentro. Por un momento pensó que podía tratarse de uno de esos paquetitos de sílice para controlar la humedad. Pero estaba seguro de que no, ya hacía años que tenía esa prenda.

Respiró profundamente, la puso en la palma de la mano y la sacó con disimulo. Echó un vistazo. Desde luego tenía toda la pinta de ser una bolsita con droga. Posiblemente cocaína, cerrada con un atadero hecho con el alambre cubierto de plástico con el que se cierran los paquetes de pan Bimbo, factura española, claramente. Volvió a meter la mano en el bolsillo de la cazadora.

Se disculpó con Alba y dijo que iba al baño. Por el pasillo, que le pareció mucho más largo y estrecho de lo que en realidad era, iba pensando cómo podía haber llegado la bolsa con la droga a su bolsillo. Y sobre todo cómo es que había podido pasar por el control de seguridad del aeropuerto. Porque estaba seguro de que llevaba la chaqueta puesta allí e incluso se la quitó para pasarla por el escáner. Le extrañó mucho que el metal del cierre no hubiese destacado en la máquina.

Todos los aseos estaban ocupados, así que esperó bajo la suspicaz mirada de una de las azafatas. Intentó tranquilizarse, porque era evidente que su nerviosismo saltaba a la vista. Cuando uno de los baños se desalojó, entró y cerró la puerta con pestillo. Sacó la bolsa, la abrió, metió la punta del dedo meñique y extrajo un poco del polvo blanco con la uña. Lo miró un instante y se lo metió en la boca. Un sabor amargo bajó por su garganta y al poco tiempo comenzó a sentir un hormigueo y cómo se le iban durmiendo la lengua y las encías. Desde luego, era coca. Y no tenía ni la más mínima idea de cómo había ido a parar a su bolsillo. Así que se puso a darle vueltas.

«Manolo, la madre que te parió, ¿cómo me haces esto? —pensó». Aunque estaba casi seguro de que no podía haber sido él, no se le ocurría otra cosa. Y si era así cuando lo pillase lo iba a matar. Pero por el momento lo importante era deshacerse de eso antes de llegar a tierra.

Recordaba haber leído en algún sitio —estaba casi seguro de que había sido en una novela de Stephen King—, que los depósitos de agua de un avión no se vaciaban hasta llegar a tierra. Y que se podían analizar para detectar si alguna sustancia ilegal había ido a parar al váter o al desagüe de la pila. Pero decidió que tan poca cantidad no debería ser fácil de encontrar en el caso de que a alguien le diese por buscar. Así que vació el contenido de la bolsa en la pila y abrió el grifo. Después dejó caer el plástico a la taza y tiró de la cadena.

Se quitó la chaqueta y revisó todos los bolsillos. No encontró nada más. Después miró en los pantalones. Tampoco. Volvió a abrir el grifo, se echó agua en la cara, se la secó y salió del cuarto de baño. No había estado mucho rato, pero ya se estaba empezando a acumular gente nerviosa en la puerta.

Volvió a su lugar y antes de sentarse sacó del compartimento superior la mochila que llevaba como equipaje de mano. Alba estaba arrebujada bajo las mantas de Iberia y leía la gruesa guía *Lonely Planet* de México que había comprado en el aeropuerto. Sin decirle nada se sentó, y sin mucho disimulo se puso a rebuscar en el interior de la mochila. Revisando meticulosamente cada uno de los pequeños bolsillos. No halló nada.

—¿Buscas algo? —preguntó ella.

—Sí, creo que me he olvidado el cargador del teléfono —mintió él, que sabía que estaba guardado en la maleta que había embarcado en bodega.

—Oh, bueno. No te preocupes. Al fin y al cabo, tenemos el mismo modelo. Te puedo prestar el mío, si no lo encuentras. Además, seguro que en México puedes conseguir uno.

—Tienes razón. Es sólo que de repente me ha venido a la cabeza que me lo he dejado en casa y me ha entrado un poco de agobio. Pero no es importante —aclaró él, y se levantó para volver a dejar la bolsa en el compartimento.

—Me está entrando un sueño... —dijo Alba cuando él volvió a sentarse — ¿A ti no?

—Pues todavía no, pero espero que no tarde en darme a mí también. Me acabo de tomar unas pastillas para dormir ahora en el baño —volvió a mentir él—. Espero que no tarden mucho en hacerme efecto.

—¿Siempre necesitas pastillas para dormir?

Él asintió.

—¿Desde hace mucho?

—Unos años.

—Desde... —comenzó a decir ella.

Eric la interrumpió

—Sí. Pero no me apetece hablar de ello.

—Claro. Perdona —Alba lo miró fijamente—. Ojalá te ayuden y puedas conciliar el sueño, te ves cansado.

—Gracias. Lo voy a intentar.

Eric inclinó un poco el asiento para atrás y se tapó con la manta.

—Que descanses tú también —le dijo, y cerró los ojos.

Poco después Alba estaba dormida con la cabeza apoyada en su hombro, pero Eric no. Había fingido dormir para ver si ella hacía algo extraño. No quería creer que Alba le hubiese puesto la cocaína en el bolsillo. Pero no se fiaba de ella. En esos momentos no se fiaba de casi nadie. Y sabía que Alba

le ocultaba algo. No tenía muy claro qué era. Pero tenía esa sensación desde que se habían conocido.

4 chikchan 13 sozt'

Ciudad de México, México.

Alba se había despertado mientras sobrevolaban la enorme megalópolis mexicana y observó impresionada cómo las construcciones se apiñaban en las faldas de las colinas hasta donde alcanzaba la vista. El avión atravesó la ciudad de noreste a suroeste y viró por completo el rumbo a la altura del Bosque de Chapultepec. Desde allí descendió de forma paulatina hasta que se posó, rebotando suavemente, en el Aeropuerto Internacional Benito Juárez de México D.F.

Cuando el avión se detuvo, Eric estaba de los nervios. Estaba seguro de que le habían colocado la coca. Y dudaba si habrían hecho lo mismo con el equipaje que había embarcado. No creía que fuese posible. No se había separado de él hasta que lo dejó en la cinta móvil al recoger la tarjeta de embarque. Pero ¿y si había sido Alba? Lo dudaba y no quería creerlo. Pero ella sí había tenido acceso a su equipaje en varios momentos. Desde luego, no había hecho nada raro desde que empezó a hacerse el dormido. A diferencia de él, ella sí cayó en un profundo sueño. Lo notaba en su respiración acompasada y en cómo, poco a poco, se había ido pegando más a él en busca de calor, para protegerse del helador chorro de aire que salía del lateral del avión. Pero por más vueltas que le daba no comprendía como la papalina podía haber llegado al bolsillo de su chaqueta. No era suya y estaba seguro de que Manolo no la había podido dejar allí. Si hasta estaba convencido de que la había lavado unos días antes de salir de viaje.

Cuando la puerta del avión ya estaba abierta, y él y Alba estaban sacando el equipaje de los compartimentos superiores se fijó en la salida. Los pasajeros de la cabina de *business* ya estaban desembarcando. Entonces vio a la extraña pareja con la que habían coincidido en la zona de fumadores de Barajas, la chica mona y el mamarracho hortera. Él se giró y lo miró. Entonces lo supo. Le lanzó la mochila a Alba y le dijo:

—Vamos, debemos darnos prisa.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —preguntó ella, que estaba todavía un poco

adormilada.

—Luego te lo explico, tenemos que intentar salir ya. ¿No puedes usar tu placa o algo así?

—Esto no funciona así. No tenemos ninguna prioridad aquí, ahora mismo somos unos pasajeros más —le explicó ella.

—Es igual. ¡Vamos!

Trató de salir empujando a los viajeros que atestaban el estrecho paso. Pero una de las azafatas lo retuvo y le indicó que no podían desembarcar hasta que no hubiesen salido todos los ocupantes de *business*. Eric se cagó en las compañías de aviación y en sus políticas clasistas, pero comprendió que no iba a ganar nada si trataba de salir por la fuerza. Así que esperó, cada vez más impaciente.

Cuando unos minutos después por fin consiguieron bajar del avión, Eric y Alba aceleraron el paso por el *finger*. Salieron a un largo pasillo y giraron hacia la derecha. A la izquierda el pasillo estaba separado de una amplia sala por un muro de cristal. Eric vio a la pareja al otro lado. Los estaban mirando.

Se puso a correr en dirección a la puerta de salida maldiciendo a los diseñadores de aeropuertos, para los que parece que lo fundamental es hacer a los usuarios dar vueltas como idiotas. Mientras corrían, suponiendo que no levantarían muchas sospechas —pues todos debían pensar que simplemente llegaban tarde a algún enlace—, le fue explicando a Alba lo que había pasado.

Llegaron a la sala de control migratorio. Había una fila inmensa. Acababa de aterrizar otro vuelo procedente de Austin y el pasillo provisional hecho con cintas estaba atestado de gente que parloteaba en inglés. Eric alcanzó a ver la espantosa camisa del tipo que perseguían mientras abandonaba el control de migración.

—¿No puedes hacer que pasemos? —preguntó él.

—Qué va. Ya te he dicho que no tengo autoridad aquí. Vamos a tener que hacer la cola.

—¡Mierda! No los vamos a alcanzar. Bueno, a no ser que los pillemos esperando el equipaje. Si es que llevan.

Tardaron más de una hora en ser atendidos por los agentes de migración, que les sellaron los formularios de ingreso sin poner objeciones tras hacerles las preguntas de rigor. Cruzaron la zona de tiendas libres de impuestos y llegaron a las cintas de equipaje. Apenas había nadie esperando en la que les correspondía y todavía no habían empezado a girar. No había ni rastro de la pareja. Eso tranquilizó un poco a Eric. Al menos tenía la seguridad de que no

habían podido manipular sus maletas. Por lo menos, después de que las embarcasen. Dudaba mucho que hubiesen tenido la oportunidad de hacerlo antes.

Una vez las bandas se pusieron en marcha, no tardó en salir la maleta de Alba, poco después la de Eric. Tras decidir que ponerse a revisarlas allí mismo iba a resultar un poco sospechoso, armándose de valor se dirigieron a la aduana. Cuando estaban parados en la cola, mientras terminaban de cumplimentar los formularios, pasaron dos policías que llevaban un perro que se paraba a olisquear los equipajes. Eric notó que se le aceleraba el pulso cuando el animal se paró un momento junto al suyo. Luego siguió caminando.

El oficial de aduanas les preguntó si llevaban alimentos, bebidas o tabaco, cuando le dijeron que no, les hizo presionar un botón. Éste hizo que se pusiese en verde la luz del semáforo que había junto a un escáner. Así que los dejaron cruzar sin revisar sus pertenencias.

Salieron a la calle a fumar un cigarrillo y luego entraron de nuevo al edificio. Se acercaron a una de las numerosas ventanillas en las que se abonaban por adelantado los recorridos a las compañías de taxis autorizados para operar en el aeropuerto. Pagaron un viaje hasta el Centro Histórico. Eric había reservado sendas habitaciones en un hotel que conocía en la calle Donceles. Al lado del Centro Cultural España, muy próximo a la Catedral y el Templo Mayor de Tenochtitlán. Tras sacar pesos en un cajero, abandonaron el edificio y subieron al taxi. Eran casi las nueve de la noche y el tráfico ya no era muy intenso. Aun así, les costó un buen rato llegar hasta el Zócalo capitalino.

El hotel no era moderno, pero estaba bien. Tenía habitaciones amplias con camas inmensas y todo daba sensación de pulcritud. Al llegar, habían acordado acomodarse y reunirse un rato después para cenar algo allí mismo, en el restaurante del hotel. El Centro Histórico no era demasiado seguro a partir de ciertas horas y además el vuelo había sido agotador. Ya en la habitación, Eric revisó el equipaje. Todo parecía estar en orden. Se dio una ducha y al salir vio que eran algo más de las diez de la noche. En España eran las cinco de la madrugada y pensó que como era sábado lo más probable era que pillase a Manolo despierto si lo llamaba. Lo estaba. Sonaba algo de Alaska de fondo a todo volumen, pero consiguió hacerse entender. Manolo le aseguró que él no tenía nada que ver con la farlopa. Y Eric lo creyó.

Poco después, Alba tocó a su puerta y bajaron a cenar. Pidieron un par

de club sandwich y unas cervezas. Alba le dijo que había escrito a sus compañeros en España para darles la descripción de la pareja de la que sospechaban. Para ver si coincidía con la de alguien que pudiesen relacionar con el Templo de Akan. Pero básicamente estuvieron haciendo planes para turistear al día siguiente, pues hasta el lunes no tenían la cita con la especialista que había estado analizando la página del códice. Tras la cena tomaron un mezcal mientras concretaban detalles y se fueron a su cuarto, acordando quedar al día siguiente temprano, para desayunar y recorrer la ciudad.

6 manik' 15 sutz'

Ciudad de México, México.

Habían pasado el domingo haciendo turismo, tal como habían planeado. Tras desayunar en el hotel bastante temprano fueron a visitar el Templo Mayor de Tenochtitlán y su museo. Eric reconoció que no estaba demasiado puesto en aztecas, pero le fue explicando algunas cosas que recordaba haber leído. Le contó que la ciudad de México-Tenochtitlán fue fundada por un grupo de nahuas provenientes de Aztlán —un lugar que no se sabe muy bien dónde se encuentra— y que, tras un largo peregrinaje, y de darse de hostias con todo el que se encontraron, acabaron estableciéndose en una pequeña isla del lago Texcoco. Porque, en realidad, un área importante de lo que hoy es la Ciudad de México es parte de ese lago, que poco a poco fue desecándose. Ése fue el origen de un imperio que ciertamente fue bastante tardío y no demasiado largo, ya que se vio truncado por la llegada de los españoles a principios del siglo XVI.

El Templo Mayor era la zona más importante de la ciudad, el centro ceremonial, pero ésta se extendía por lo que ahora es el Centro Histórico, cuyo subsuelo todavía está plagado de restos arqueológicos precolombinos, junto a otros coloniales.

Entraron después un momento a la catedral, pero salieron enseguida porque estaban oficiando misa, así que la apreciaron únicamente por fuera. Eric recordó una conferencia de Joaquín Bérchez a la que había asistido no hacía mucho. En la que les explicó que, poco a poco, la iglesia se iba hundiendo en el blando suelo y que si seguía de pie era sólo porque estaba construida con tezontle, una piedra volcánica muy ligera. Pasearon luego por el centro: por Francisco Madero, 5 de mayo, Tacuba y Donceles. Al ser domingo las calles no estaban demasiado atestadas y la mayoría de la gente que había eran turistas nacionales y extranjeros.

Hicieron un alto para tomar una chela en La Ópera: un local de estilo francés abierto desde finales del siglo XIX y por el que pasaron personajes célebres de todas las épocas, desde Porfirio Díaz hasta Pancho Villa, que

pegó un tiro en el local. El agujero todavía era visible en el techo de madera.

Después fueron a comer a la terraza del Centro Cultural España, con unas estupendas vistas del Zócalo y la cubierta de la catedral metropolitana. Había paella en el menú, pero no se atrevieron a pedirla. Eric le explicó que en México llamaban paella a una cosa con arroz y cualquier complemento que se les pudiese ocurrir ponerle, desde chorizo y salchicha de frankfurt hasta chiles y maíz. Aunque le dijo que no estaba seguro de si allí la preparaban así o, siendo la «casa» de España en México, serían algo más coherentes con la receta original. Comieron tapas.

Por la tarde fueron a visitar el Museo Nacional de Antropología, en el Bosque de Chapultepec. Y después pasearon un rato por el inmenso parque, hasta que cayó la noche. Cenaron en Polanco y después regresaron en taxi al hotel. Ambos estaban muy cansados y a Alba le había afectado un poco el cambio horario, así que se moría de sueño.

El lunes se despertaron a una hora más razonable. Siguieron recorriendo el centro y comieron allí, pues no habían quedado hasta por la tarde con la doctora Lizbeth Prieto, la especialista que había estado analizando la hoja de Maní, en la Universidad Nacional Autónoma de México.

Fueron caminando por la Alameda Central hacia la parada de metro de Juárez y allí tomaron la Línea 3 en dirección al sur, hasta la última parada: Universidad. Era buena hora y el metro no estaba atestado, incluso encontraron sitio para sentarse. Lizbeth Prieto trabajaba en el Instituto de Física de la UNAM. Pero ya que Eric no tenía muy claro cómo llegar hasta allí —puesto que la Ciudad Universitaria, es, como su nombre indica, una ciudad y además una no muy pequeña—, quedaron en el Instituto de Investigaciones Filológicas, que Eric sí sabía ubicar, porque es donde se encuentra el Centro de Estudios Mayas, a donde había ido en varias ocasiones.

Lizbeth Prieto era doctora en Historia del Arte y en Física, por lo que Eric esperaba que se tratase de una mujer mayor, así que se sorprendió bastante cuando, al llegar a la puerta del Instituto de Investigaciones Filológicas, los estaba esperando una joven de unos treinta años ataviada con una bata blanca de laboratorio con el logotipo de la UNAM.

Se presentaron y les dijo que la acompañaran al patio, donde podrían platicar más cómodamente. Entraron al edificio y siguieron recto por el pasillo, pararon un momento a sacar de una máquina un café americano para

Lizbeth, uno expreso para Eric y un chocolate para Alba y luego cruzaron la puerta de la izquierda para acceder al patio interior. Allí se sentaron en unas sillas metálicas de terraza.

—Muy bien —comenzó Lizbeth—. Les cuento que ya tenemos los resultados de todas las pruebas. Se los podría haber remitido por correo electrónico —señaló, parecía un poco molesta porque le estuviesen haciendo perder el tiempo—. Pero ya que están por acá, les platico.

»Hicimos varios análisis en el laboratorio. En primer lugar, les presento los resultados de la datación por carbono 14 —metió la mano en uno de los bolsillos de la bata, sacó un papelito y lo puso sobre la mesa para que lo viesen.

Se leía:

14C-AGE BP: 388 ± 49
CALENDRIC AGE CALBP: 421 ± 72
68% RANGE CALBP: 349 - 493
 1529 ± 72

Lo miraron sin comprender muy bien qué quería decir y Lizbeth debió darse cuenta, porque preguntó:

—¿Conocen el proceso de datación por carbono 14?

Ambos negaron.

—Bien, se lo explico de forma simplificada. Para datar empleamos isótopos de carbono 14, un isótopo que es inestable y radiactivo. Se forma en la atmósfera superior por efecto de los rayos cósmicos, los seres vivos: las plantas, los animales, nosotros... estamos asimilando carbono 14 durante toda la vida a partir del dióxido de carbono. Al morir dejamos de acumularlo y empezamos a perderlo a una tasa que es mensurable.

»La datación por carbono 14 lo que hace es medir la radiación que se conserva y gracias a eso podemos calcular la fecha en que un organismo murió. Es decir, dejó de acumular radiación. Esto no es infalible, evidentemente, y funciona hasta fechas de hace unos 50.000 años. Además, tiene un rango de error importante, por lo que tampoco es la panacea para fechar materiales recientes.

»Acá, en el laboratorio, usamos un Espectrómetro Acelerador de Masa para medir la muestra, que es la forma más eficiente de hacerlo de las que hay hoy en día. En este caso analizamos un pequeño fragmento del papel y nos

dio 388 ± 49 . Esto significa que desde la muerte del vegetal con el que hicieron el papel hasta el presente han pasado 388 años. Les aclaro que para nosotros el presente es el año 1950, por convención. Y que tenemos un error de 49 años hacia un lado y hacia el otro.

»Así que nos encontramos con que la fecha aproximada sería el año 1562. Cuarenta y nueve años arriba o abajo. Posteriormente, realizamos una calibración mediante la aplicación de distintas fórmulas que no creo que les interesen demasiado y, en definitiva, lo que nos dio es que la muerte de la planta con la que se hizo el papel tuvo lugar en 1529 con un margen de setenta y dos años arriba o abajo. De modo que se ubica entre 1457 y 1601.

—Así que está entre los últimos momentos del período Posclásico e inicios de la Colonia —apuntó Eric, pensativo.

—Así es —confirmó la doctora.

—Bien, eso concuerda con la iconografía —señaló Alba.

—Además del análisis de radiocarbono realizamos otros —continuó Lizbeth—. Empleamos Emisión de Rayos X Inducida por Partículas o PIXE y Espectrometría de Retrodifusión de Rutherford o RBS. Con esto determinamos que la capa que recubre el papel es carbonato de calcio, como era de esperar. Y también analizamos los pigmentos, y esto es más significativo.

»Identificamos la composición del rojo, que está hecho con hematita; del negro, que es carbón y del azul, que se corresponde con lo que conocemos como azul maya. Éste es un pigmento del que no se descubrió la composición hasta los años sesenta y que no se pudo sintetizar hasta los ochenta. Está formado por añil y paligorskita, un mineral muy raro. Pudimos identificar la paligorskita, aunque no añil orgánico empleando PIXE. No hallamos nada que no se usase en la época.

—Entonces, ¿es auténtico? —preguntó Alba.

—Yo diría que sí. ¿Se podría falsificar algo así? Sí. Aunque sería una labor realmente difícil y sobre todo muy costosa.

Se despidieron un rato después, y Lizbeth salió a toda prisa hacia su laboratorio. Ellos fueron caminando tranquilamente por el Circuito Mario de la Cueva, en dirección a la parada de metro, mientras conversaban.

—La verdad es que tenéis un trabajo apasionante —dijo Alba.

—Bueno, yo tampoco estoy tan metido en estas cosas.

—Ya, pero también investigas sobre el pasado.

—Sí, eso sí. En realidad, supongo que es un poco como tu trabajo.

Alba lo miró un tanto extrañada.

—Sí —confirmó él—. Como detectives, pero de la historia.

—¡Ajá, claro! Oye, me he dado cuenta de que antes te quedabas pensando cuando nos ha dado las fechas, ¿era por algo en particular?

—Ah, sí. Cuando ha dicho 1562 se me ha ocurrido algo, no es importante en realidad. Al fin y al cabo, las fechas en que pudo realizarse son bastante amplias.

—Aun así, cuéntame.

—Bueno, es que he recordado que en 1562 precisamente en Maní tuvo lugar un destacado auto de fe.

—¿Auto de fe? —se interesó Alba.

—Así es. Diego de Landa acusó a un montón de gente de idolatría y destruyó allí una gran cantidad de objetos mayas, entre ellos varios manuscritos. La verdad es que no sé tanto de historia de la época colonial, pero podemos investigarlo si quieres.

—Claro, me parece una idea muy interesante. Detectives de la historia —dijo, y le guiñó el ojo.

Estaban llegando a la estación de metro cuando sonó el teléfono de Alba. Era un mensaje. Lo leyó y volvió a guardar el móvil. Empezaban a subir las escaleras de Paso CU cuando le dijo que tenía una noticia que darle.

—Me acaban de decir que es posible que haya aparecido otra página del códice de Maní.

—¿Qué?

—Lo que oyes.

—¿En la excavación? —preguntó Eric.

—No. No están excavando ahora mismo.

—¿Entonces?

—Todavía no lo sé. Pero me informarán de cualquier novedad. Y te lo contaré en cuanto lo sepa —aseguró.

Llegaron a la taquilla y Alba sacó del bolsillo los seis pesos que costaban los dos boletos de metro. Bajaron las escaleras hasta el andén. Había muchísima gente a pesar de que era la primera parada de la línea, dejaron pasar un par de trenes y se embutieron en un vagón del tercero.

—¿Qué te apetece cenar? —preguntó Eric.

—Pues me gustaría probar tacos. Tacos auténticos. Quiero decir, no esas cosas que se encuentran en cadenas de comida *tex-mex* en Europa.

—Muy bien, pues eso no va a ser difícil de conseguir en esta ciudad.

Vamos a una taquería. ¿Crees que tu estómago está preparado para comer en la calle o vamos a una más formal?

—Venga, me voy a arriesgar. ¡Vamos a un puesto de la calle!

—Sale.

—¿Cómo que sale? —preguntó ella.

—Aquí se dice así. Eso de vale es una españolada.

—Pero si es que eres español.

—Ya, pero me mimetizo. Conozco una en la Roma que está muy bien.

—¿La Roma?

—La Colonia Roma.

—¿Está muy lejos?

—Aquí todo está lejos —aclaró Eric—. Pero nos queda relativamente cerca del hotel y de camino para allá desde la UNAM.

Cuando salieron del metro en la parada de Hospital General estaba lloviendo a mares. El cielo se había cubierto por completo de nubes negras en el breve rato que habían pasado bajo tierra y descargaba con furia. Esperaron un rato a cubierto y poco después la lluvia comenzó a amainar.

Todavía era temprano para cenar, aunque Eric sabía que en México D.F. uno puede comer a cualquier hora del día o de la noche. Así que fueron primero a tomar algo a un local próximo al Parque Luis Cabrera, muy cerca de Alvaro Obregón. Alba se bebió un par de margaritas de tamarindo con el borde escarchado de chile piquín y Eric un par de cócteles de pepino, mezcal y habanero.

Cuando ya había anochecido fueron hacia el sur caminando y luego giraron al oeste hasta llegar a la calle Yucatán. Allí, frente a un supermercado, se encontraba un puesto del que salía una gran humareda y que estaba por completo rodeado de gente.

Pidieron tacos de suadero, lengua, bistec y pastor, con abundante salsa, alternando roja y verde, bastante picantes las dos. Además, había dos por uno en tacos al pastor, así que se pusieron las botas. Los comieron de pie, que es como los entendidos dicen que deben comerse los tacos, en un platillo de plástico recubierto con una capa de film transparente. El bullicio de la ciudad ya estaba menguando, aunque todavía se escuchaba el pitido del vendedor ambulante de tamales y pasaban vehículos con altavoces que reproducían la famosa cantinela de: «Se compran colchones, tambores, refrigeradores, estufas, lavadoras, microondas o algo de fierro viejo que venda».

Después fueron caminando a la Colonia Condesa, al otro lado de la

Avenida Insurgentes, para tomar unos mezcales en un local cerca del Parque España y regresaron al hotel en taxi.

Eric ya se había metido en la cama y le estaban haciendo efecto las pastillas para dormir cuando llamaron a la puerta.

–Soy Alba. ¿Puedo pasar?

–Sí, espera. Te abro –dijo Eric, se levantó y se puso los vaqueros que había dejado sobre el sofá que ocupaba la esquina de la habitación. Alba le esperaba en la puerta con pantalón de pijama, una camiseta y muy mala cara.

–Puf, me encuentro fatal. He vomitado hasta el hígado.

–Si es que te has pasado muchísimo con los tacos.

–Ya. Jo, pero es que estaban tan ricos...

–Tómame un par de Almax, que son mano de santo. Seguro que se te pasa enseguida.

–¿Tienes?

–Yo siempre llevo Almax –afirmó Eric.

Rebuscó en la maleta y le dio el blister.

Alba se tomó dos y se lo devolvió.

–¿Te importa si me quedo un rato contigo?

–Como quieras, pero las pastillas me están pegando y me voy a quedar sobado en cualquier momento.

–No te preocupes, no te molesto. ¿Tienes algo para leer?

–Claro. En la mesilla tienes *El complot mongol*, de Rafael Bernal, que es el que estoy leyendo ahora, y en la maleta hay un par de libros más.

–Éste está bien –dijo mientras lo hojeaba–, es sólo por matar el tiempo. ¿De qué va?

–Pues es una novela negra mexicana, de finales de los sesenta, creo.

–Ah, vaya, ¡qué interesante!

Se sentó sobre la cama, con las piernas extendidas y la espalda apoyada en la cabecera.

Eric se quitó el pantalón y se tumbó junto a ella tapándose con la sábana. Poco después se durmió profundamente y cuando lo hizo se acurrucó contra las piernas de Alba. Ella le pasó la mano por el cabello mientras seguía leyendo y al cabo de un rato dejó el libro en la mesita, apagó la luz y se dispuso a dormir.

12 ben 1 sek

Ciudad de México, México.

Al despertar Eric a la mañana siguiente, Alba se había marchado ya. Cuando bajó al restaurante del hotel, ella todavía no había llegado, así que salió al exterior y caminó por la calle Donceles hacia el oeste, donde se encontraban las librerías de viejo. Entró en la primera que vio y pidió una copia de *Relación de las cosas de Yucatán*, de Diego de Landa, para regalársela a Alba. Cuando tuvo el libro en sus manos se le hizo un nudo en el estómago. Ariadna le dio a él esa misma edición de Miguel Rivera Dorado unos años atrás, poco después de conocerse. Él se lo regaló a Alba durante el desayuno.

El resto de la semana había discurrido con normalidad. Eric había pasado los días trabajando en la biblioteca Rubén Bonifacio Núñez del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM. Aprovechó para recopilar información para su tesis y también para sacar algunos datos sobre el Auto de Fe de Maní. Se iba por la mañana, no demasiado temprano para evitar la hora pico, y regresaba hacia las dos de la tarde, para comer con Alba y aprovechar el resto del día recorriendo museos y monumentos con ella.

Alba, según le contaba, también trabajaba durante la mañana. Básicamente con el ordenador portátil, conectado a internet desde la habitación del hotel, y haciendo alguna que otra llamada a sus compañeros en España. No habían logrado averiguar nada sobre la pareja del aeropuerto, pero sí localizar al hombre que tenía en su poder otra posible hoja del mismo códice de Maní. Era un vendedor itinerante que tenía un puesto los domingos en el mercado de La Lagunilla, en la Delegación Cuauhtémoc, no muy lejos del hotel. El sábado fueron a visitar el parque arqueológico de Teotihuacan, Eric ya lo conocía y a Alba le encantó, a pesar de que al ser fin de semana estaba atestado de turistas.

El domingo se despertaron temprano y tras desayunar pasearon un rato por el Barrio Chino, al sur de la Alameda. Luego, dejando atrás el Teatro Metropolitan, entraron al metro en la parada de Juarez. Tomaron la misma línea de la Universidad, pero hacia el norte, rumbo a Indios Verdes.

Bajaron en Tlatelolco para aprovechar y visitar la Plaza de las Tres Culturas, que según le contó Eric a Alba se llama así porque allí se reúnen el sitio arqueológico de Tlatelolco, que representa a las culturas prehispánicas; el convento de Santiago, como símbolo del mestizaje y la Torre de Tlatelolco, que hasta un par de años antes era la sede de la Secretaría de Relaciones Exteriores y representa al moderno México.

Eric le explicó que Tlatelolco fue fundada por disidentes de Tenochtitlán y que primero estuvieron enfrentados, pero luego tuvieron una relación cordial. Además, en la plaza de Tlatelolco se consolidó un importantísimo tianguis o mercado, donde se comerciaba con todo tipo de artículos y que sorprendió a los cronistas españoles que tuvieron la oportunidad de verlo.

También le contó que era una plaza famosa por las masacres que tuvieron lugar en ella. En primer lugar, la matanza perpetrada por Cortés y los conquistadores españoles el 13 de agosto de 1521, y que supondría la caída definitiva de Tenochtitlán, en la que se estima que murieron cerca de cuarenta mil mexicas. Según cuenta Bernal Díaz del Castillo en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, todas las calles y patios estaban sembrados con los cuerpos y cabezas de los indígenas. La otra matanza fue la acontecida el 2 de octubre de 1968, esta vez por orden del gobierno mexicano, para sofocar el movimiento estudiantil del 68, y de la que todavía se desconoce la cantidad real de víctimas mortales: unos cuarenta, según unos; más de doscientos, según otros.

Tras recorrer los monumentos, desde la Plaza de las Tres Culturas fueron caminando hacia el sur por el Eje Central Lázaro Cárdenas y luego se desviaron al este. Dejando así el antiguo tianguis y dirigiéndose hacia el moderno, el mercado de La Lagunilla.

No tardaron en dar con el puesto que estaban buscando. Tenía una mesa amplia en la que había expuestos libros vetustos, algunas antigüedades, objetos de plata y ámbar, y otras artesanías. Estaba atendido por un hombre de unos cuarenta años, alto, enjuto y con mirada inteligente, que despedía un fuerte aroma a colonia Siete Machos. Alba y Eric se presentaron, él les dijo que se llamaba José Márquez, pero que le podían llamar Chepe.

—Sí, ya me avisaron de que iban a venir —les dijo el vendedor—. Pero ya le dije a sus amigos, la página del código la vendí la semana pasada.

—Vaya, ¡por qué poco! —se lamentó Alba.

—¿Estaban interesados en comprarla?

—En realidad no —continuó ella—. Nos interesa más saber de dónde

procede.

—La adquirí en Chiapas, en San Cristóbal de las Casas. De tanto en tanto voy allá para comprar ámbar.

—¿En Chiapas? —preguntó Eric.

—Así es. Pero según me contaron no procedía de allá.

—Claro, la debieron llevar desde Yucatán —apuntó Alba.

—No, de plano no fue desde Yucatán. Me dijeron que la habían traído desde Guatemala. Desde algún lugar de Petén, creo recordar.

—¿Está seguro de eso? —preguntó Eric.

—Seguro de que sea así, no. Pero de que eso fue lo que me dijeron, sí. Además, el chavo que me lo vendió era chapín. Dijo que había atravesado la frontera por El Ceibo y que con lo que sacase de la venta de la hoja esperaba que le alcanzase para pasarse al gabacho.

—¿Al gabacho? —se interesó Alba.

—A los Estados Unidos.

—Ah, vaya. En España llamamos gabachos a los franceses, de forma despectiva —aclaró ella.

—Acá también es un término despectivo, pero para los gringos. En fin, que me dijo que la hoja procedía de algún sitio arqueológico de Petén, que él mismo había estado presente cuando la hallaron y me aseguró que era auténtica. Pero quién sabe... Le pagué lo que me pidió, sin regatear, porque sabía que le podía sacar mucho más. Y porque me pareció que al chavo le iba a hacer falta la lana. Le deseé suerte y nos despedimos. A saber dónde anda ahorita el chamaco.

Alba sacó de su bolso un sobre y extrajo de él dos fotografías impresas de la página de Maní. Se las mostró.

—¿Diría que la hoja que les vendió se parecía a estas imágenes?

Chepe se puso unos lentes para ver de cerca y observó las fotos un momento.

—Así es, se parecía mucho a ésta —dijo señalando el reverso de la página de Maní, la que se asemejaba a la página 46 del Códice de Dresde—. A la otra no tanto —se acercó más la fotografía del reverso y la examinó con ojo crítico—. De plano, se parecen un chingo. Yo diría que son del mismo libro.

—¿Y qué puede contarnos de la gente que se la compró?

Les dio una descripción bastante aproximada de la pareja que habían visto en el aeropuerto. Alba y Eric intercambiaron una mirada, pero no

dijeron nada. Luego Alba continuó:

—¿Sabría decirnos de dónde eran? ¿En qué idioma hablaban?

—Pues entre ellos platicaban en inglés, aunque con un acento bien extraño. Pero el hombre, que es el que platicó conmigo, lo hacía en español, con acento de España, como ustedes. Lo cierto es que me parecieron unas personas un tanto extrañas y bastante desagradables. De hecho, hasta me planteé mandarlos a la verga y no dárselo.

—¿Y por qué se lo vendió al final? —preguntó Eric.

—Es que me pagaron rebién —se encogió de hombros—. El negocio es el negocio, ya saben ustedes.

Se despidieron de Chepe dándole las gracias y decidieron pasar la mañana recorriendo el mercado, paseando entre los puestos de ropa, cachivaches, libros, muebles, antigüedades...

Estaban tomando una michelada de litro, con cerveza Victoria con jugo de limón y salsa inglesa, en vaso de cartón encerado con el borde recubierto de chamoy y piquín cuando Alba le dio un codazo a Eric, que se estaba llevando el vaso a la boca y casi se le cae encima el contenido por la sacudida.

—¡Eric, mira! ¿No es ésa tu amiguita?

—¿Cómo dices?

—La del aeropuerto —aclaró.

Eric miró hacia donde ella señalaba con la mano. La vio de refilón entre la marea humana que poblaba el mercado. Llevaba una cola de caballo alta y gafas de sol de aviador. Pero estaba seguro de que era ella. Eric echó mano al bolsillo, sacó un billete de cien pesos y casi se lo lanzó a la señora que los había atendido. No esperó a que le diese el cambio.

—¡Vamos!

La fueron siguiendo a cierta distancia, esquivando como podían a la gente que deambulaba con paso calmo por el mercado y se detenía para ver las mercancías de los puestos, pensando en darle alcance cuando saliera de la aglomeración. Dejaron la calle en la que se encontraban y salieron al Paseo de la Reforma.

Vieron que había girado a la izquierda.

Aceleraron el paso.

La chica llegó hasta un vehículo que estaba mal aparcado. Era una enorme camioneta Suburban con los cristales tintados, como las que suelen llevar los narcos y los políticos.

La ventanilla se abrió.

Dentro se encontraba el tipo que la acompañaba en el aeropuerto, que la miraba atentamente mientras le hablaba. Luego los miró a ellos fijamente. Vieron salir el brillante cañón de una pistola automática.

Les apuntaba.

Eric y alba se pararon en seco, dieron la vuelta y empezaron a correr de vuelta hacia el gentío que habían dejado atrás.

Sonó un disparo.

Vieron que la bala golpeaba en el suelo bastante lejos de ellos.

Oyeron que la chica se ponía a gritar en inglés y miraron un instante para atrás. Le había quitado el arma de las manos al hombre del vehículo y se disponía a correr detrás de ellos.

El motor se puso en marcha y se escuchó un chillido de ruedas al derrapar en el asfalto. El coche se acercaba a ellos. Lo escuchaban cada vez más cerca. También oían cómo la chica chillaba en un idioma que no eran capaces de identificar.

Alcanzaron la zona donde empezaban los puestos y apenas pudieron esquivar el primero que encontraron. Siguieron corriendo hacia la bocacalle, donde esperaban camuflarse entre el gentío.

Se oyó un tremendo estruendo a sus espaldas. Se giraron sin dejar de correr.

El coche se había estrellado contra el puesto que acababan de dejar atrás, empotrando contra la pared a un turista, que en esos momentos estaba tendido en el suelo, sangrando profusamente por la cabeza. La chica seguía tras ellos con la pistola en la mano.

Al dejar el Paseo de la Reforma, la gente ya estaba alarmada por el sonido del choque del vehículo, pero cuando vieron correr a Eric y a Alba perseguidos por la joven armada estalló el caos.

Siguieron corriendo, tropezando y empujando a la gente que apenas se podía apartar a su paso.

Tronó un disparo. Inmediatamente después, otro.

Una mujer gritó a su lado y cayó al suelo, el hombro ensangrentado.

Se agacharon.

Todo el mundo alrededor se agachó.

Alba y Eric fueron gateando en dirección al lado opuesto de la calle. Pasaron por debajo de los puestos que constituían la fila central que formaba dos pasillos. A empujones consiguieron llegar hasta una puerta abierta sobre

la que había un cartel en el que se indicaba que se alquilaban baños. Se metieron dentro de la vivienda para protegerse.

Eric se asomó y vio a la chica abriéndose paso entre la gente agazapada.

Miró al otro lado y vio que se acercaban varios granaderos completamente equipados, con su casco, chaleco acolchado, protectores de brazos y piernas, y escudo de policarbonato.

Volvió a mirar al otro lado y suspiró aliviado.

—¡Se marcha! —anunció—, están llegando unos policías.

—¡Joder, menos mal! Ya pensaba que no íbamos a salir de ésta.

—Y yo. Tenemos que hablar con la Policía.

—No.

—¿Cómo que no? —preguntó Eric.

—Quiero decir, sí. Pero no los dos. Yo lo haré. Y no con unos agentes uniformados. No te preocupes.

—¿Que no me preocupe? ¿Cómo quieres que no me preocupe? ¿Te das cuenta de que han estado a punto de matarnos? Y a mí es la segunda vez ya desde que te conozco.

—Ya, ya lo sé —concedió ella—. Mira, nos vamos a ir al hotel y voy a hacer unas llamadas para reunirme con un cargo de la policía. Que nos pongan protección. De todos modos, después de la que han liado no creo que se atrevan a hacer nada.

Eric dudó un instante.

—Tú verás... —dijo, y tras pensar un momento apuntó—. Creo que ya sé quién es ella.

—¿Sí? Eso sería de mucha ayuda.

—Bueno, no es que sepa quién es, pero es la misma chica que me disparó en Berlín.

—¿Estás seguro?

—No del todo, pero creo que sí. No la vi bien allí, pero yo diría que es muy posible. Al verla así, con el pelo recogido y las gafas... Y esa forma de disparar... Sí, estoy casi seguro.

—Bueno, no ayuda tanto como si supieses quién es, pero de algo nos servirá.

Eric estuvo tentado de soltar una contestación irónica, pero se mordió la lengua.

—¿En qué idioma hablaba? —siguió ella.

—En inglés.

—No, no en el coche. Luego, cuando nos perseguía.

—No lo sé, ¿ruso, polaco, ucraniano...? Algo del norte de Europa, eso seguro.

—Sí, yo también lo creo. Tal vez eso nos ayude para identificarla.

—Entonces, ¿qué? ¿Nos largamos?

—Sí, pero vamos a esperar un poco a que se calmen las cosas.

Así lo hicieron. Un rato después, regresaron al hotel y ya no salieron de allí en todo el día.

CAPÍTULO III

Los pasos de Landa

2 muluk 17 sek

Mérida, México.

Habían comprado unos billetes de avión económicos para ir a Mérida con Volaris, que en esos momentos no tenía salidas desde el aeropuerto Benito Juárez del Distrito Federal, sino desde el de Toluca, la capital del Estado de México. Había una especie de terminal provisional al oeste de la ciudad de México, en las afueras. Allí se embarcaba el equipaje y la compañía se encargaba de llevar a los pasajeros hasta el aeropuerto de Toluca en autobús.

Las semanas anteriores habían sido tranquilas. Como esperaban, la gente del Templo de Akan había desaparecido del mapa después del desastre que habían organizado en el mercado de La Lagunilla. Además, dado que estaban en posesión de las dos páginas, probablemente hubiesen dejado el país. Por otra parte, según le dijo a Eric, Alba había contactado con la policía y les habían puesto a unos agentes armados para protegerlos. Eran unos tipos recios y malcarados que vestían traje oscuro, en el que se marcaba un sospechoso bulto bajo la axila. Habían decidido prescindir de ellos en cuanto se marchasen de la Ciudad de México.

Llegaron la noche del lunes nueve de junio al Aeropuerto Internacional Manuel Crescencio Rejón de la ciudad de Mérida; y desde allí tomaron un taxi que los llevó al hotel en el que habían hecho la reserva, a unas cuadras del centro de la Ciudad Blanca, en la Calle 62. Habían cenado en el aeropuerto de la Ciudad de México y en cuanto se registraron Alba se fue a su cuarto a acostarse. Eric se fue al suyo, contiguo al de ella, ambos en la planta baja. Se tomó sus pastillas para dormir, sacó el ordenador portátil, se sentó en la cama y ensayó la presentación hasta que el sueño lo venció.

Como llegaron de noche apenas se habían percatado de que el hotel era un edificio colonial, con algunos muros pintados en un vivo color granate y otros de mampostería vista. Nada más pasar la recepción se accedía a un patio cubierto por las copas de unos altos árboles. Desayunaron juntos en el patio del hotel y Alba le dijo que le quería acompañar al congreso para asistir a su ponencia. Eric intentó convencerla para que no lo hiciera, porque le daba

muchísima vergüenza y bastante tenía ya. Pero al final tuvo que ceder ante su insistencia.

El VII Congreso Internacional de Mayistas se celebraba al norte de donde se hospedaban, en el Centro Peninsular en Humanidades y en Ciencias Sociales —conocido simplemente como el CEPHCIS—, en el recinto Ex Sanatorio Rendón Peniche. El antiguo conjunto arquitectónico había sido el hospital para los trabajadores del Ferrocarril del Sureste. Desde finales del siglo XIX se había extendido en toda la península el cultivo del henequén, una planta cuya fibra es muy apta para el hilado. Esto llevó a la creación de diversas haciendas henequeneras y a la creación de una red ferroviaria que permitiese el transporte hasta la costa, y por supuesto otras infraestructuras relacionadas. Hacia mediados del siglo XX la industria fue decayendo por la implantación de las fibras sintéticas y posteriormente el edificio fue abandonado.

Recientemente había sido restaurado y habilitado para albergar distintas dependencias de la UNAM en la capital yucateca.

Cuando llegaron a la entrada se quedaron sorprendidos por el edificio blanco y verde construido en 1919, que resultaba ser una de las primeras obras de lo que se podría llamar el estilo *neomaya*. Pues si bien presentaba un orden compositivo eminentemente clásico, las columnas y pilastras de la fachada no se ajustaban a ninguno de los órdenes tradicionales y los frisos estaban decorados con los junquillos característicos de la arquitectura maya de la región Puuc. También los vanos tenían claras reminiscencias mayas, pues fueron diseñados a modo de arcos falsos prehispánicos y estaban rematados por elementos que simulan ser cabezas de serpiente.

Tras cruzar la entrada y continuar hasta un amplio patio interno, a la izquierda encontraron la mesa de registro. Eric se acercó y le dieron su documentación, el programa y un gafete de ponente. Buscaron la sala donde se iba a realizar el simposio en el que Eric iba a participar y se sentaron en el interior. A Eric la ponencia le salió mejor de lo que esperaba. Aunque estaba muy nervioso al principio, luego se relajó y para cuando llegó el turno de preguntas ya estaba en su salsa. Cuando concluyó y volvió a su asiento junto a Alba, ella le felicitó y le dijo que su trabajo era muy interesante.

Al salir del aula, que tenía el aire acondicionado puesto a toda potencia, fue como si les hubiesen tirado encima una sábana mojada con agua caliente. La ropa se les pegó al cuerpo y en pocos segundos estaban completamente empapados por el sudor. Eric charló un rato con sus compañeros de simposio

acompañado por Alba, a la sombra, en los corredores techados que rodeaban el atrio, abanicándose todos con la documentación que les habían dado al inscribirse. Luego se despidieron.

Aunque el CEPHCIS no se encontraba demasiado lejos del centro, a mediodía hacía un calor infernal, por lo que trataron de conseguir un taxi. Pero al parecer, como todo el mundo salía a la vez para ir a comer, iba a ser una tarea complicada. De modo que se fueron caminando. Pegándose a los edificios, buscando un resquicio de sombra para evitar el sol de justicia que estaba cayendo.

Eric quería llevar a Alba a un establecimiento que conocía, situado en la Calle 57, al noroeste del centro. Visto desde fuera ni siquiera parecía un local donde sirviesen comidas. Y en realidad visto desde dentro tampoco. Era muy pequeño. Con unas pocas mesas de plástico protegidas con manteles de hule. Varias de ellas ya estaban ocupadas, pero había una libre. Las paredes estaban decoradas con unas cuantas fotografías descarapeladas del Papa Juan Pablo II. Y en la esquina izquierda de la sala prácticamente cuadrada había un mostrador metálico. Tras él, una señora se afanaba en preparar tacos. Se acercó un joven bajito con una sombra de bigote y les informó que había de langosta, jaiba, pescado empanizado, camarón, cangrejo y chicharrón.

—Dos de cada —solicitó Eric—, y yo quiero una chela. ¿Tú?

—Otra. Pero ¿no serán muchos tacos? —preguntó Alba.

—¡Qué va! Son chiquitos y además están deliciosos. Y no te preocupes, que si no te comes los tuyos yo me los acabaré. Estoy que me como una vaca —tras pasársele los nervios por la ponencia sentía el estómago vacío.

Instantes después les trajeron las cervezas y un poco más tarde dos platos con los tacos, que efectivamente eran pequeños. Aparte del ingrediente principal que el mesero les había indicado llevaban lechuga, aguacate, chícharos y mayonesa, e iban acompañados por un cuenquito transparente con escabeche de chile y cebolla.

Alba se puso roja de repente y empezaron a saltársele las lágrimas.

—¡Ahhh! ¿Pero esto qué es? ¡Cómo pica!

—Uy, ya te enchilaste. Se me olvidó avisarte —se cachondeó Eric—. Eso es chile habanero. Y sí, pica un montón. Bastante más que cualquiera de los que probamos en *defe*. Mejor no bebas ahora, come algo para quitarte el picor.

Ella le hizo caso y se metió a la boca un trozo de tortilla de uno de los tacos a los que todavía no les había echado salsa.

—Pero deja un regusto muy bueno, ¿no? —preguntó justo antes de darle otro bocado al de langosta—. ¡Ahhh! ¡Otra vez! ¡Ay! Se me saltan las lágrimas —exclamó llevándose las manos hacia la cara para secárselas.

—¡No! ¡No! —la detuvo Eric—. Ni se te ocurra frotarte los ojos después de haber estado tocando el habanero.

Alba paró a tiempo.

—¿De verdad pica tanto, o me estás tomando el pelo?

—Y tanto que de verdad.

Mientras comían cayó una lluvia breve pero intensa, que en lugar de refrescar el ambiente hizo que el bochorno fuese todavía mayor. De modo que al salir se fueron para el hotel, que estaba a unas cuadras al este, y se encerraron en sus cuartos con el aire acondicionado puesto.

Por la tarde, cuando la temperatura bajó un poco, fueron a participar en varios de los eventos relacionados con el congreso que se celebraban en el centro, cenaron por allí y regresaron pronto al hotel para dormir.

4 chuwen 19 sek

Mérida-Maní-Izamal, México.

Un empleado de la agencia de alquiler de coches pasó por el hotel a llevarles su vehículo mientras desayunaban. Les habían dado un Chevy destartalado. Salieron temprano, aunque no tenían cita con el arqueólogo que había excavado la hoja de Maní hasta pasado el mediodía, pues querían aprovechar el viaje para visitar varias ruinas mayas de la región. De modo que no tomaron la Carretera 184, que era más directa, sino la 180. Así, al llegar a Maxcanú se desviaron al este hacia Calcehtok y allí preguntaron cómo llegar a las ruinas de Oxkintok, situadas a las afueras de la población.

El sitio había sido trabajado ampliamente por los miembros de la Misión Arqueológica de España en México, Proyecto Oxkintok, dirigida por Miguel Rivera Dorado, entre mediados de los años ochenta y hasta principios de los noventa, pero en esos momentos se encontraba un poco desangelado. Pues pese a que estaba a cargo del INAH y en los últimos años se habían realizado algunas intervenciones de investigación y restauración puntual, no era un lugar muy visitado por los turistas.

Eso tenía el inconveniente de que las inversiones para el mantenimiento del sitio eran más limitadas, pero también presentaba algunas ventajas: no encontraron a nadie durante su visita, a excepción del guardián que controlaba el acceso. Por lo que pudieron disfrutar del recorrido por las ruinas de la antigua ciudad, mientras las enormes iguanas corrían a su paso para refugiarse entre las grietas de las vetustas construcciones. Les encantó el lugar, y especialmente el edificio más significativo, el Satunsat o Laberinto. Una compleja edificación de tres pisos con cámaras interconectadas y que es posible que funcionase como observatorio astronómico.

Cuando terminaron de visitar Oxkintok subieron al Chevy y salieron en dirección a Muna. Al acercarse a Opichén, pararon un momento para comprar una bolsa de plataninas con salsa botanera a uno de los vendedores que había junto al primer tope gigantesco que servía para limitar la velocidad de los vehículos al llegar a la población.

Eric le iba explicando que, *grosso modo*, los territorios que habitaban los antiguos mayas se diferenciaban en Tierras Altas y Tierras Bajas. La zona donde ellos se encontraban correspondía, evidentemente, a las Tierras Bajas, en concreto a las del norte. Pues éstas se dividían, también de forma muy resumida, en Tierras Bajas del norte, que abarcaban básicamente la parte septentrional de la Península de Yucatán y Tierras Bajas del sur, que comprendían el sur de la Península, Belice y el departamento guatemalteco de El Petén.

Las Tierras Bajas a su vez se subdividían en distintas regiones, partiendo esta diferenciación por lo general de distintos rasgos arquitectónicos. La zona que visitaban ellos en esos momentos era la Región Puuc, que recibía el nombre por la presencia de una de las pocas regiones elevadas en la Península —que en realidad es una gran masa de caliza prácticamente llana—, la cordillera Puuc.

Le explicó también que la arquitectura Puuc se caracteriza por una tendencia a la horizontalidad. Y por la presencia de fachadas decoradas a modo de mosaicos de piedra, con motivos como celosías, junquillos, serpientes esquemáticas, grecas y otros elementos geométricos. Así como pequeños mascarones con una larga nariz que representan a Chaac, el dios de la lluvia. Especialmente venerado en el norte de Yucatán, donde la temporada de lluvias es muy estricta y una pequeña alteración en los ciclos podía llevar a un gran desastre en la producción agrícola.

Más al sur, tras una zona de transición en la que se mezclan los estilos, se encuentra la región Chenes, donde uno de los rasgos característicos, aunque no exclusivo, es la presencia de portadas zoomorfas.

Al llegar a Muna, tomaron la Carretera 261 hacia el sur, en dirección a Uxmal. Aún no era tarde cuando llegaron y la antigua ciudad maya todavía no estaba demasiado atestada por los turistas que llegaban en grupos organizados.

Visitaron la Pirámide del Gobernador, el Cuadrángulo de las Monjas, el juego de pelota y la Casa del Gobernador. Eric le explicó que los mayas, al igual que los otros pueblos prehispánicos de Mesoamérica, no habían empleado el arco, ni, en consecuencia, la bóveda. Para las cubiertas utilizaban la falsa bóveda de aproximación de hiladas, al igual que hacían otros pueblos en el Viejo Mundo, como los micénicos. Habían llegado a un gran perfeccionamiento en la técnica y eso era más que evidente en las estilizadas cubiertas de los edificios de Uxmal, como las del Palacio del Gobernador.

La no utilización de los arcos explicaba la necesidad de emplear muros gruesos y sólidos. Pues con los arcos las cargas se dirigen a un punto: los pilares; mientras que con el empleo de la falsa bóveda toda la pared sirve como sustento a las pesadas bóvedas, que en ocasiones además estaban rematadas por cresterías decorativas. De ahí la escasa presencia de vanos, pues éstos suponen una debilidad. De hecho, es precisamente por los vanos, cuyos dinteles —especialmente en el sur—, eran de madera y por tanto perecederos, por donde solían colapsar los edificios.

Cuando salieron de Uxmal, ya se había llenado de gente. Siguieron hacia el sur y pararon a visitar las ruinas de Kabah. Después se desviaron rumbo al este para recorrer rápidamente otros sitios arqueológicos de la llamada Ruta Puuc: Sayil y Labná. Pasaron cerca de las conocidas Grutas de Loltún, aunque no tuvieron tiempo de detenerse, y tras atravesar Oxkutzkab fueron directos hasta Maní.

Recorrieron las calles de la población, flanqueadas por edificios de factura moderna alternados con chozas mayas: de planta ovalada, muros de bajareque encalado sobre murete de piedra y cubierta de hoja de guano sustentada en un armazón de madera. Llegaron con el coche hasta el convento y aparcaron allí mismo, en la gran explanada que lo circundaba.

—Así que aquí es donde tuvo lugar el gran Auto de Fe —apuntó Alba.

Todavía se conservaba buena parte del conjunto conventual realizado en piedra caliza reaprovechada de las construcciones mayas preexistentes: la iglesia y a su lado la capilla abierta. Alba se interesó por ella, por ser un tanto extraña, como una especie de ábside adosado a la fachada de la iglesia.

Eric le explicó que cuando los españoles llegaron y comenzaron su labor evangelizadora vieron que la población indígena celebraba sus ritos al aire libre, en las plazas frente a los templos. De modo que se empezó a construir este tipo de capillas abiertas —también llamadas «de indios»—, para facilitar la transición. Solucionando además el problema del espacio dentro del templo.

Habían quedado en la puerta de la iglesia y allí esperaron al arqueólogo durante un rato. Pero el sol estaba muy fuerte y a esas horas la construcción apenas ofrecía sombra con la que cobijarse. De modo que volvieron al coche, lo pusieron en marcha y encendieron el aire acondicionado. Desde allí podían ver sin ninguna dificultad si alguien llegaba. Con algo más de media hora de retraso vieron acercarse a la puerta de la iglesia a un hombre alto vestido con unas bermudas, una camiseta desgastada y tocado con un sombrero jipijapa.

Salieron del Chevy y fueron hacia él.

Se presentó como Ciriaco Montes de Oca, les dijo que era chilango y que había estudiado la licenciatura de Arqueología en la ENAH, la Escuela Nacional de Antropología e Historia, en Ciudad de México.

Miró el reloj.

—Lo siento, se me hizo un poco tarde y acá hace un calor de la chingada, ¿os late si vamos a comer y platicamos?

Ambos asintieron, pues estaban realmente hambrientos.

Se sentaron a una mesa cobijados por la sombra de una palapa cerca del Palacio Municipal y pidieron para comer panuchos, empanadas, papadzules y salbutes variados: de pollo, relleno negro, pavo, pepita de calabaza...

—¿Qué nos puedes contar sobre el hallazgo de la página del códice? —preguntó Alba.

—Lo cierto es que fue por puritita casualidad. Simplemente hacíamos un pequeño rescate y apareció. Bueno, era un pequeño rescate entonces. Ahorita ya se convirtió en un proyecto en toda regla. Gracias al apoyo económico de una fundación privada.

—¿Una fundación privada? No será el Templo de Akan, ¿verdad? —se interesó Eric.

—¿Qué? ¿Akan, como el dios de la muerte? No, nada que ver. Se trata de la Fundación Abercrombie.

—¿La Fundación Abercrombie? —se sorprendió Eric—. ¿Estás seguro?

—De plano.

—¿Sabes quién la dirige? —preguntó Alba.

—No tengo idea. A mí también me sorprendió mucho y busqué información en internet. Pero no hallé nada. Vino a platicar conmigo un güey en representación de la Fundación, me ofreció un chingo de lana para que no sólo continuase con el proyecto, sino que lo ampliase. Le pedí a un cuate licenciado que revisase la documentación y todo parece estar en regla. Ya depositaron la lana en una cuenta bancaria que se abrió específicamente para el proyecto.

»Así que si todo anda bien y no hay pedos, empezaremos a chambear el mes entrante. Nomás estamos esperando el permiso de intervención de parte del Consejo de Arqueología del INAH, que debería llegar en dos o tres semanas.

—¿Podemos ver el lugar en el que se encontró la hoja? —preguntó Alba.

—Pues por poderse sí que se podría, pero no hay gran cosa que ver allá. La página proviene de una cata de sondeo y cuando la concluimos volvimos a rellenar la excavación con la tierra que sacamos. No había estructuras allá, en realidad debía ser una plaza o un patio. El pozo simplemente se realizó para comprobar la cronología.

—¿Recuerdas qué más salió en el estrato en el que apareció la hoja? —consultó Eric.

—Desde luego. En realidad, nada demasiado significativo, a parte de la página, claro. Había cerámica del Posclásico Tardío, algunos fragmentos de incensario y también algo de loza vidriada, ya de época colonial. Un par de fragmentos de navajillas de obsidiana negra y otro de obsidiana verde de Sierra de las Navajas. Y algunos carbones.

»En realidad, la hoja estaba hecha mierda, parecía un pedazo de estuco o una concreción de cal, pero se me hizo bien extraña aquella cosa y al final la guardé. Por fortuna para todos.

»Luego, cuando clasificábamos los materiales, estaba también la arqueobotánica, porque como os dije habíamos recuperado carbones. Se puso a chequear el amasijo y le pareció ver fibras vegetales entre la cal. Y bueno, de plano que lo eran. Avisé al INAH, lo enviamos de inmediato a la UNAM para que lo consolidasen y ya se procedió con los análisis.

»Y bien, por lo que Alba me contó por teléfono ya estáis al tanto del resto. De hecho, creo que sabéis más que yo.

—¿Crees que es posible que aparezcan más partes del códice?

—¿Quién sabe? Pero la verdad es que lo dudo mucho. Este clima no es el más propicio para que se conserven materiales orgánicos. Pero si los hay espero que los encontremos. Una de las condiciones para que la Fundación Abercrombie nos concediese los fondos era que excavásemos en extensión el entorno del lugar en el que apareció la página. Así que es por ahí por donde vamos a empezar.

—¿Nos avisará si encuentran más? —preguntó Alba.

—Seguro. De hecho, otra de las condiciones de la Fundación Abercrombie era que colaborase contigo. Y que te tuviese al tanto de los descubrimientos significativos que pudiesen tener relación con el códice.

—Ah, fantástico —dijo ella.

Eric la miró extrañado. En ese momento llegó el mesero con la orden de antojitos yucatecos.

Después de comer el arqueólogo los invitó a ver el laboratorio que tenía

a unas cuadras de la plaza. Les mostró varias piezas que habían aparecido durante los trabajos de rescate mientras caía una intensa tromba de agua. Cuando paró se despidieron de Ciriaco y mientras se dirigían al coche, Eric le preguntó a Alba:

—¿De verdad no sabías nada sobre la Fundación Abercrombie?

—¿Qué? No, no. Nada de nada. Es la primera noticia que tengo.

—Ya. Pues parece que no es la primera que ellos tienen de ti.

—Se habrán enterado de la investigación que llevo a cabo y habrán querido ponernos las cosas fáciles.

—Ya.

Habían decidido hacer noche en Izamal, porque Alba, después de leer *Relación de las cosas de Yucatán* de Landa, estaba muy interesada en la figura del obispo. La forma más rápida de llegar hasta allí implicaba retroceder casi hasta Mérida y luego ir por la autopista en dirección a Cancún, pero prefirieron ir por carreteras secundarias, recorriendo así distintas poblaciones como Teabo, Sotuta y Kantunil, en las que paraban un rato.

Se les había hecho tarde, porque además se habían perdido por las poco iluminadas carreteras en una noche cercana a la luna nueva y cuando llegaron a Izamal los restaurantes parecían estar ya cerrados. De modo que fueron al parque Itzamná y echaron un vistazo a ver qué ofrecían los puestos callejeros. Tampoco tenían demasiada hambre después del atracón en Maní, así que optaron por cenar unas marquesitas con un agua de limón y chaya, sentados en un banco de la plaza. Después buscaron un hotel y se fueron a dormir temprano, pues el día había sido agotador.

Mérida, México.

Se levantaron temprano y fueron a recorrer Izamal. Pasearon por las calles empedradas y visitaron el Convento de San Antonio de Padua, que había sido construido sobre el templo prehispánico conocido como Pap Hol Chac y utilizando sus materiales constructivos. Estaba pintado de amarillo intenso, como la mayor parte de los edificios del centro de la población. Y tenía un enorme atrio descubierto, el segundo más grande de la cristiandad, después del de San Pedro en Ciudad del Vaticano, con cinco capillas de indios. Según iba explicando Alba, Izamal había sido el lugar al que fue destinado, en primera instancia, el fraile franciscano Diego de Landa. Y desde allí fue a Maní para abrir el proceso inquisitorial que culminó con el Auto de Fe de Maní el 12 de julio de 1562. De hecho, el día anterior había sido el triste aniversario de ese destructivo acto. Poco después, Landa fue enviado a España por el entonces obispo de Yucatán, Francisco Toral, para que fuese juzgado por crímenes contra los indígenas. Lo absolvieron y regresó a la Península años después, ya convertido en obispo de Yucatán, asentándose en Mérida. Durante el tiempo que pasó en España escribió su obra más conocida y por la que es más recordado, la *Relación de las cosas de Yucatán*.

Además del libro que le había regalado Eric, Alba había conseguido una copia del trabajo de France V. Scholes y Ralph Roys: *Fray Diego de Landa and the Problem of Idolatry in Yucatán*. También había estado leyendo algunos artículos de John Chuchiak IV que Eric le había fotocopiado en la biblioteca del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM. Así que estaba bastante al tanto de la vida y obra del franciscano.

—Mira, parece que se te da muy bien esto de la investigación histórica —apuntó Eric.

—¿Tú crees?

—Vaya que sí.

—La verdad es que me parece fascinante la figura de este hombre, fray Diego de Landa. Quiero decir, destruyó todo lo que pudo de la cultura de los

mayas, pero luego dejó constancia de muchas de las cosas que vio. Como si se hubiese arrepentido. O le hubiesen hecho arrepentirse. Tanta muerte y destrucción en sus primeros años en la Península, como la barbaridad de Maní, y luego que dejase una obra como *Relación de las cosas de Yucatán* o que se molestase en preparar una doctrina cristiana en lengua maya. No sé, es todo muy contradictorio.

Tras visitar el centro y los edificios coloniales también pasaron a recorrer una de las áreas arqueológicas prehispánicas, integradas en la ciudad moderna, donde se encuentra la gran pirámide de Kinich Kakmó, con sus bloques monolíticos de piedra.

Decidieron ir a comer a Dzilam de Bravo, al norte, junto a la costa del Golfo. Se sentaron en una palapa con vistas al mar calmo, y pidieron pescado frito recién sacado del mar. Luego caminaron por la costa, donde pudieron ver flamencos rosados, además de cormoranes, pelícanos y algunas garzas.

Volvieron al vehículo y siguieron la carretera costera hasta Progreso, el principal puerto de Yucatán, desde donde antes partían los barcos cargados de henequén y ahora llegaban los cruceros llenos de turistas gringos. Allí aprovecharon para pasear un rato por el malecón —que al ser julio estaba demasiado concurrido— y después volvieron al coche y se dirigieron hacia el sur, para regresar a Mérida.

Dejaron el vehículo en un aparcamiento privado que se encontraba frente al hotel en el que habían estado los días anteriores. Y después fueron a pedir sendas habitaciones. Les dijeron que casi todas estaban ocupadas, pero que les quedaba una habitación más grande, con dos estancias y dos camas en la parte superior. Lo aceptaron y subieron a dejar el equipaje y a ducharse. Más tarde fueron a ver el acto de clausura del VII Congreso Internacional de Mayistas y caminaron un rato por el centro para hacer tiempo y apetito para cenar. Tras valorar entre las numerosas opciones culinarias se decantaron por ir a un restaurante cerca del Gran Hotel. Era un edificio colonial que tenía mesas en los balcones con vista a la calle, que, como es habitual en el centro de Mérida durante los fines de semana, había sido cortada para que diferentes grupos tocasen música en vivo.

Cenaron sopa de lima y cochinita pibil, uno de los platos más característicos de la región, que se llama así por la forma en que está cocinada, en un hoyo, porque eso es lo que significa *pib* en maya. La cochinita iba acompañada de *xni pek* —el equivalente a la mexicana salsa pico de gallo en Yucatán, preparada con cebolla morada en jugo de naranja

amarga y, por supuesto, chile habanero— y tortillas de maíz gruesas hechas a mano. Acompañaron la comida con varias cervezas Montejo y como digestivo unos vasitos de *xtabentún*, un licor regional hecho con miel y que tenía un sabor parecido al del anís. Abajo, en la calle, parejas de todas las edades se acercaban a los músicos y bailaban realmente bien.

Cuando trajeron la cuenta sus manos se rozaron y se miraron a los ojos durante un instante. Entonces lo supo. Que no es que le recordase a Ariadna. Es que se sentía como se sentía con ella. Supo que estaba enamorado. O al menos que se estaba enamorando. Y eso le preocupaba. Le preocupaba muchísimo, porque estaba seguro de que ella no le decía la verdad. Al menos no toda. Era como si se cubriese con una capa de estuco, como los códices. Lo que no tenía muy claro es si esa capa era para proteger lo que había detrás o para ocultarlo. Decidió que no iba a beber más, porque si lo hacía tenía bastante claro cómo iba a acabar la cosa. Alba todavía se tomó otro vaso de *xtabentún* en una terraza frente al teatro Peón Contreras, al son de la música de un trío de trova yucateca. Luego se fueron al hotel.

Todavía era temprano, así que Eric decidió leer un rato antes de tomarse las pastillas para dormir. Sacó del equipaje una copia en inglés de *House of Leaves* del estadounidense Mark Z. Danielewski, que había encontrado en la ciudad de México. Le estaba encantando, pero se le hacía muy compleja y esperaba que alguien se animase a publicarla en español.

Alba salió de su parte de la habitación y asomándose por el pasillo le preguntó:

—Perdona, ¿ya has acabado con el libro que estabas leyendo? Ya sabes, el que me prestaste en *defe* cuando me encontraba mal y fui a tu habitación.

—¿*El complot mongol*? Sí, ya lo he acabado. ¿Lo quieres?

—Si me lo prestas...

—Claro. Está en la maleta —dijo señalando al costado izquierdo de la cama—. Espera que te lo doy.

—No, no. No te levantes. Ya voy yo, si quieres.

Eric asintió.

Salió de las sombras y se acercó a la maleta. Llevaba una camiseta blanca y unas sencillas bragas negras. Cuando se agachó a rebuscar el libro, Eric trató de apartar la mirada y casi lo consiguió. Al menos lo hizo antes de que ella se girase sosteniendo el libro en la mano.

—¿Y tú qué estás leyendo ahora? —le preguntó ella aproximándose a la cama y sentándose en el borde.

Eric le pasó el libro y ella lo hojeó.

—Oye, ¿pero qué le pasa a este libro? Si tiene texto impreso del derecho y del revés, con notas al pie dentro de notas al pie y diferentes tipografías.

Se acomodó más en la cama y subió la pierna izquierda rozando con ella a Eric. Bajó el libro y lo miró a los ojos, brillaban a la luz tenue de la lámpara de la mesita de noche.

—Sabes que no debemos, ¿verdad? —preguntó él.

—¿Tú quieres?

—Claro que quiero.

—Yo también. Lo demás da igual.

—¿Estás segura?

Se sentó a horcadas sobre él y empezó a morderle el labio inferior.

—Completamente —susurró.

6 ben 1 xul

Mérida, México.

Aunque eran las siete de la mañana los ventiladores del techo no daban abasto y hacía un calor infernal en el cuarto. Eric y Alba estaban tumbados en la cama, durmiendo abrazados a pesar del bochorno. Alba se despertó un poco antes y cuando Eric lo hizo estaba leyendo la novela de Rafael Bernal, apoyada en la almohada. Le pareció preciosa, incluso recién levantada, o tal vez más por eso. Se incorporó un poco, le quitó el libro de las manos y la besó en la frente.

—Eres muy cariñoso —dijo ella sonriendo.

—¿Qué? No, qué va.

—Que sí. No te hagas el machote, que llevo un rato despierta y te abrazas como un monito.

—Nah, para nada. No te creo.

—Bueno... Te digo yo que sí.

Entonces la besó en los labios. Fue un beso muy largo.

—¿Ves como sí? —preguntó ella riendo.

—Tal vez un poco —concedió.

—¿Has dormido bien?

—Pues, ahora que lo dices, la verdad es que he dormido de maravilla.

—Y no te tomaste las pastillas, ¿no?

—No.

—¡Yuju!

Al cabo de un rato, Eric se incorporó de un salto.

—Voy a ir a comprar algo frío para beber. Estoy un poco crudo. Creo que el *xtabentún* es demasiado dulce.

—¿Crudo?

—Eh, resacoso. ¿A ti te apetece algo? —preguntó mientras se vestía.

—¡Sí! Un agua de sandía. Daría lo que fuera por un agua de sandía. Esto de las aguas de fruta es algo maravilloso.

Eric se puso el pantalón vaquero, que de inmediato se le quedó pegado a

la piel. Se palpó los bolsillos y luego rebuscó en la cartera.

—Voy a aprovechar para ir al cajero a sacar algo de efectivo y pago una noche más. Pero a ver si nos pueden cambiar a una habitación con aire acondicionado.

—Sí, por favor. Que si vamos a repetir lo de anoche, vamos a acabar deshidratados.

—¿Cómo que sí? Sí que lo vamos a repetir, ¿no?

—Claro que sí, bobín. Pero sólo si consigues que nos cambien de cuarto. Si no, olvídate —bromeó ella.

Cuando estaba en la puerta de la habitación ella lo llamó:

—Oye, Eric...

—Dime.

—Es que... Tenemos que hablar. Seriamente.

—Oh, oh. ¿Eso suena muy mal? ¿Qué pasa, tienes pareja?

—¿Qué? No, no. ¿Por qué me preguntas eso?

—La costumbre. No sería la primera vez. ¿Entonces qué es?

—Que hay cosas que no te he contado. Que no he sido del todo sincera contigo.

—Sí, bueno, eso ya lo suponía. ¿Qué es lo que pasa, Alba?

—Es que... Mira, ¿por qué no vas a por las bebidas antes? Porque esto puede que sea un poco largo. Pero de verdad, no te preocupes.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Está bien, lo que tú digas. Ahora vengo.

Salió del hotel y enfiló la Calle 62 hacia el sur, en dirección a la Plaza Grande, donde sabía que podía encontrar un cajero automático y una Michoacana u otra heladería para comprar las bebidas.

La Ciudad Blanca apenas estaba despertando, y sólo algunos de los restaurantes y comercios de artesanías, donde uno podía encontrar una amplísima oferta de hamacas de Tixkokob, sombreros jipijapa de Bécal, guayaberas de Mérida y huipiles bordados de toda la región, tenían sus puertas abiertas al público.

Eric se detuvo frente a la puerta de uno de los establecimientos al ver en la entrada un soporte de madera al que estaban anclados, mediante cadenas doradas, varios escarabajos recubiertos de oro y joyas. Nunca los había visto en persona, pero sí había escuchado hablar de ellos y conocía la leyenda a la que se asocia su existencia:

Según esta historia, la princesa Cuzán, hija de Ahnú Dtundtunxcaán, fue prometida por designios de su padre con Ek Chapat, hijo del *Halach Uinich* o señor de Nan Chan. Sin embargo, tras una batalla Cuzán había conocido a uno de los guerreros de su padre, Chalpol. En cuanto sus miradas se cruzaron, quedaron prendados el uno del otro. Se amaron bajo la ceiba sagrada. Cuando su padre se enteró ordenó que el joven Chapol fuese sacrificado. Cuzán suplicó por la vida de su amado y finalmente su padre se compadeció y se la perdonó. Pero lo castigó haciendo que un chamán lo convirtiese en escarabajo.

El chamán le entregó el escarabajo a Cuzán y le explicó lo que había acontecido. Ella lo adornó con piedras y joyas, y lo prendió de su pecho, junto a su corazón. Así cumplieron la promesa que se habían hecho de no separarse nunca.

La leyenda sería muy romántica, pero Eric sintió unos intensos deseos de liberar a esos pobres bichos, aunque sabía que si lo hacía se iba a buscar un problema gordo.

Entonces se oscureció.

Por completo.

De súbito.

Alba echó un vistazo al reloj. No estaba muy segura de cuánto tiempo había pasado, porque se había quedado un poco adormilada, pero le parecía que Eric estaba tardando demasiado. Asumió que se habría encontrado a algún conocido del congreso y se habría liado a hablar.

Tenía mucha sed, así que bajó a la recepción del hotel, junto a la que había un garrafón de agua fría. Se sirvió un vaso y se lo bebió de un trago. Llenó otro y se sentó en una de las mesas que se encontraban distribuidas por el patio, junto a una pequeña fuente de piedra con peces de colores. Aunque seguía haciendo calor, se estaba mejor sentado bajo la sombra que proporcionaba la vegetación. Encendió un cigarrillo y un momento después llegó el chico que atendía la recepción para llevarle un cenicero. Aprovechó para preguntarle por Eric. Le dijo que lo había visto salir, pero no regresar.

Al acabar de fumar, decidió llamar por teléfono, pero se dio cuenta de que se había dejado el móvil en el cuarto. Llevó el vaso usado al fregadero de la cocina situada a un costado, cruzó el breve paso cubierto hasta el otro patio y subió por las escaleras. Rebuscó en el bolso, sacó el teléfono y marcó el número de Eric.

Se escuchó un zumbido al otro lado de la habitación, rodeó la cama y vio el móvil de Eric en el suelo. Cortó la llamada y metió ambos teléfonos en el bolso. Volvió a dejar la habitación y salió a la calle. Miró a ambos lados y tras pensar un poco se encaminó hacia la Plaza Grande. El sol ya estaba alto y los rayos caían a plomo. Al llegar giró a la izquierda, pues sabía que allí cerca había una heladería, que es donde supuestamente debería haber ido Eric. Se acercó al mostrador y dio su descripción al heladero, por si lo había visto. Pero le dijo que no podía ayudarla, que no creía haber visto a nadie así esa mañana. Pidió un agua de sandía grande y abandonó el local.

Al otro lado de la plaza había varios cajeros automáticos de Banamex, en la misma entrada de la Casa de Montejo, que fue propiedad de la familia de los más destacados conquistadores de la Península de Yucatán. Supuso que si tenía que sacar dinero era posible que estuviese allí. Durante la estancia en México había visto que a veces los bancos eran una auténtica locura y se armaban unas colas tremendas.

Fue bordeando la plaza por el lateral, en lugar de cruzarla directamente, buscando la sombra de los soportales sustentados por columnas. Luego giró a la derecha por delante de la catedral, atravesó la plaza y llegó al edificio colonial. Cruzó la portada plateresca, cuya parte superior se encontraba flanqueada por dos grandes guerreros españoles pisoteando cráneos de indígenas y al centro el escudo de los Montejo. A ambos lados del vestíbulo se encontraban las puertas que daban a los cajeros, se asomó en las dos y no lo encontró.

Estaba empezando a ponerse nerviosa.

Salió a la plaza y siguió bordeándola, pensaba regresar al hotel. Probablemente Eric ya habría regresado. Pasó por la puerta de otra heladería y paró a preguntar. Tampoco lo habían visto. De modo que siguió para el norte abandonando la plaza y continuó por la Calle 62.

Al hotel no había regresado.

Volvió a salir a la calle. Estaba completamente sudada por la caminata, aunque no había sido demasiado larga. Caminó ahora hacia el otro lado y giró en dirección al parque de Santa Lucía, lo recorrió y fue luego al sur por la Calle 60, pasando el Teatro Peón Contreras y el lugar donde habían cenado la noche anterior. Volvió a llegar a la Plaza Grande, ya decidida a regresar al hotel y esperarlo allí. Tras pasar la primera cuadra se paró frente a una tienda y se quedó observando unos extraños escarabajos decorados con piedras de colores y láminas doradas. En el cristal del escaparate vio reflejado a un

hombre que estaba al otro lado de la calle. Se sobresaltó un instante y se giró.

Sólo era un vagabundo. Un señor de rasgos claramente mayas, bajito y con una barriga sorprendentemente redonda, que iba descamisado. Se le ocurrió preguntarle si había visto a Eric. El hombre cruzó la calle y se acercó a ella. Le sorprendió que, a pesar de que era evidente que era un alcohólico y que vivía en la calle, no oliese mal.

—Me llamo Ernesto Caamal, gusto en conocerla —se presentó. Hablaba lento, muy, muy lento, y con el cantadito característico de la población de la península.

—Yo soy Alba Vega.

—Habla usted muy bien español.

—Es que soy de España.

—Ah, ¿y allá hablan español?

Alba suspiró.

—A veces. Le preguntaba por un joven...

—Ah, sí, sí, por supuesto. Lo vi ahí parado. Ahí merito, donde está usted. Estaba viendo los *makech*. Tal vez pensaba regalarle uno. Es usted muy linda.

Alba dirigió la mirada a los pobres coleópteros enjorjados, que daban vueltas y vueltas amarrados por sus cadenas de oro y torció el gesto.

«Seguro que no. Más le vale que no —pensó».

—¿Y qué hizo después? ¿Vio para dónde se fue?

—No se fue. Se lo llevaron.

—¿Cómo dice?

—Sí. Un carro se detuvo junto a él. Bajó un chavo, le puso una capucha en la cabeza y le obligó a entrar en el vehículo. Después el carro salió bien, bien rapidito —hizo un gesto con las manos para mostrarle la velocidad con la que se fue.

—Pero... Pero... ¿Y a usted no se le ocurrió avisar a la Policía o a alguien?

—Señorita, yo tengo la costumbre de no meterme donde no me llaman y de no andar de metiche. Y la Policía cuanto más lejos la tenga uno, mejor.

Alba suspiró.

—¿Me ayudará si denuncio el secuestro?

La miró dubitativo.

—Quiero decir que si me acompañaría a contarle a la Policía lo que ha pasado.

Seguía mirándola con dudas.

—¡Le pagaré!

—Está bueno. ¿Como cuánto?

—¿Quinientos pesos?

—¡Órale! ¿Y una botellita de Tonayán?

—¿Eso qué es?

—Licor de caña.

—¿Y no la puede comprar usted con el dinero que le voy a dar?

—Fíjese que no. Es que en los comercios de por acá ya no me quieren vender. ¡En ninguno! ¿Lo puede creer?

—Me puedo hacer una idea. ¿Y dónde se lo consigo? —preguntó sintiéndose mal.

—Oh, allá mero —dijo señalando una tienda que abría veinticuatro horas y que estaba en la esquina.

—Está bien, vuelvo enseguida.

Se dirigió al establecimiento. Un chorro de aire helador la golpeó al entrar. Le preguntó a la empleada que atendía la caja y ella le señaló dónde estaba la bebida. Había envases de plástico de diferentes dimensiones. Eligió el mediano, no fuese que el pobre hombre acabase con un coma etílico, y lo abonó.

Cuando salió, el hombre le quitó la botella de las manos y se dispuso a abrirla.

—Eh, eh, todavía no.

—¿Mande? —preguntó él, confundido.

—Que tenemos que ir a hablar con la Policía

—Oh, sí, es cierto —dijo abatido—. No se enoje. Mejor no andar con aliento alcohólico. Está bueno, vayamos a la plaza, de plano allá encontraremos a alguno. Espéreme tantito. Que voy por mis cosas y a *wishar* —se acercó al portal donde Alba lo había visto. Tomó un morral del escalón, metió la botella, sacó una camisa bastante rota y se la puso. Luego se apoyó contra la pared, se la sacó y orinó. Después volvió con Alba.

—Ya estoy listo. Cuando guste, señorita.

9 kib 4 xul

Mérida, México.

—¡Despierta!

La orden llegó acompañada de una patada en los riñones.

Eric llevaba varios días, no sabía muy bien cuántos, encerrado en un cuarto sin ventanas ni ninguna otra fuente de iluminación. Mientras estaba observando los escarabajos, Eric notó un golpe en los riñones que hizo que se doblase de dolor y después cómo lo arrastraban hacia el interior de un vehículo.

Gritó pidiendo auxilio.

Lo calló un puñetazo en el plexo solar que lo dejó sin aliento. Después, sintió un golpe intenso en la sien. Se tambaleó unos instantes y perdió el conocimiento.

Lo siguiente que recordaba era despertarse en el cuarto en el que estaba en esos momentos. Tendría unos dos por dos metros, las paredes estaban enfoscadas con cemento y había una única y sólida puerta de madera. El cubículo estaba completamente vacío, a excepción de un bacín de cerámica.

Aproximadamente una vez al día, una voz proveniente del exterior le ordenaba que se pusiese mirando a la pared. Entonces la puerta se abría y entraba un joven yucateco llevando una bandeja con unas cuantas tortillas y una jarra de agua. En la otra mano portaba una pistola. El chico dejaba la bandeja en el suelo, se llevaba el bacín y lo traía limpio. Después se marchaba sin despegar palabra.

Suponía que había estado encerrado unos tres días, por las veces que habían ido a llevarle comida, pero no lo tenía muy claro. Porque estaba seguro de que las visitas no seguían un horario fijo.

Abrió los ojos y vio, recortada contra la luz que entraba por la puerta, la silueta del tipo que había visto en el aeropuerto y los persiguió con el coche en la Ciudad de México. Iba acompañado del joven que le había estado llevando la comida.

—¡Levántate y vamos para afuera!

Eric se puso de pie y lo siguió. El chico, que llevaba una pistola en la mano, se puso detrás de él. Recorrieron un pasillo y llegaron a un amplio salón. Lo hicieron sentarse en una silla de madera y el yucateco le ató las manos por atrás, y las piernas a las patas de la silla. En esos momentos llegó la joven rubia. No dijo nada y se sentó sobre una mesa que había al otro lado de la sala.

—Muy bien, Eric. Vamos a empezar, espero que seas bueno y colabores para que podamos terminar con esto pronto.

—Perdone...

—¿Perdone? Eric, Eric, tutéame, por favor. Soy más joven que tú, no hacen falta tantas formalidades.

—¿Sí? Pues nadie lo diría. Lo llevas fatal. En fin, pues perdona, iba a decir que no tengo nada que ocultar. Estoy seguro de que estáis al tanto de todo lo que sé. Así que pregunta lo que quieras y acabemos de una vez.

—¿Quién es tu amiga?

—¿Quién, Alba? Como si no lo supieseis.

—Limítate a responder a lo que te pregunto.

—Se llama Alba Vega y trabaja para Interpol —dijo, pensando que tal vez así se impresionarían.

El tipo negó con la cabeza.

—¿Tienes sed? —preguntó.

—Pues la verdad es que sí —ese día todavía no le habían llevado su ración de comida y agua.

—Dale de beber —ordenó al joven yucateco, que fue hacia él y le acercó una taza a la boca.

Eric bebió con avidez.

—Bien, descansa un poco y recapacita. Volveremos dentro de un rato. A ver si eres más locuaz entonces.

Los tres abandonaron la estancia y Eric se quedó solo.

Comenzó a forcejear tratando de aflojar las ataduras. Pero no consiguió nada, era evidente que el chico sabía hacer nudos.

Los tres regresaron algo más tarde, tal vez unas horas, aunque era difícil saberlo.

—Y bien, ¿te apetece hablar ahora?

—Claro, ¿por qué no?

—Jua, jua, jua. ¿Sabes qué es lo que has bebido antes?

—Uy, qué risa más maligna te ha salido, ¿no? Té, lo que me habéis dado

de beber era té.

—Sí, era té. Pero era un té muy especial.

—Pues los he probado mejores. Y me gusta con un poco de azúcar. Ya sé que no debería, que los que saben de esto dicen que hay que tomárselo solo, pero mira, yo qué sé. A mí me gusta con azúcar. Y no es que sea muy goloso, nada de eso, pero a mí el té y el café si no son un poco dulces no me los des.

—Pues sí, parece que te vas soltando. El té que te hemos dado estaba hecho con una especie de cactus endémico de México, su nombre científico es *Lophophora williamsii*, pero es más conocido como peyote. ¿Y sabes qué se obtiene hirviéndolo?

—¡Toma, claro! Y tanto que lo sé. Mezcalina.

—Ah...

—¡Por eso tengo este buen rollo! ¡Joder, gracias! Hacía años que no probaba esta mierda.

—¿Qué?

—Sí, sí, desde la licenciatura por lo menos. Mira, no soy yo muy de psicotrópicos, la verdad sea dicha, pero visto lo visto, así nos echamos unas risas. Tío, como me sigas tratando así de bien voy a pillar un Síndrome de Estocolmo que no me voy a querer ir de aquí.

—Ya, ya. Entiendo, eres un jodido drogadicto, pero...

—Hombre, no diría yo tanto como eso.

—¡No me interrumpas cuando estoy hablando! ¿Sabes para qué sirve también la mezcalina? Para que te desinhibas y empieces a largar como un papagayo. Y ahora te voy a repetir la pregunta de antes. ¿Quién es tu amiga?

—Ya me extraña. Pero nada, por probar que no quede. ¿Eso lo has leído en una novela de espías o algo así? No sé, pero no creo que vaya a funcionar. Además, si es que ya te he dicho que no tengo nada que decir que no sepas ya. Y lo que ya he dicho antes es la verdad.

—¡Che! Nano, nano, nano... ¡Así no vamos a sacar nada en claro!

Se escuchó una risita sofocada de la chica rubia que seguía en segundo plano. Luego abandonó la habitación.

—¿Che?, ¿nano? Venga ya, así que eres de Valencia, ¿eh? Oye, ¿y dónde lo pillaste, si se puede saber? Me refiero al peyote, claro. ¿En *defe*? Porque me han dicho que donde de verdad merece la pena ir a probarlo, pero que merece la pena de verdad, es al desierto potosino. Con los huicholes. Se ve que allí es todo un ritual, ¿sabes? Quiero decir, que tienes que salir al

desierto a buscarte tu cactus...

—Por el amor de dios... ¡Vuelve a encerrar a este imbécil! —le ordenó al chico, que estaba sonriendo.

11 etz'nab' 6 xul

Mérida, México.

—¡Despierta!

Patada en los riñones.

Eric calculaba que habían pasado un par de días desde que habían intentado interrogarlo. En ese tiempo sólo había visto al chico que le llevaba su comida dos veces. Por lo demás, de vez en cuando, alcanzaba a escuchar hablar en inglés al hombre que lo había interrogado y a la joven rubia. No había llegado a captar lo que decían, pero al parecer discutían bastante. A veces se escuchaba música ligera de fondo.

Eric se levantó.

—Bueno, ¿y hoy qué nos vamos a meter? Por favor, dime que has pillado *speed*. Pero cambia el rollo y pon música electrónica o La Polla Records, que ya me tienes hasta los huevos de escuchar a Franco Battiato.

—Una hostia es lo que te voy a meter como no te calles.

—Ey, ey. ¿Pero no querías que hablara? A ver si te aclaras.

El tipo sacó la pistola que llevaba metida en la cinturilla del pantalón y le descargó un golpe entre el cuello y el hombro.

Eric se tambaleó un momento. No había sido un golpe demasiado fuerte, pero después de varios días encerrado y sin apenas comer notaba que sus energías iban menguando.

—Sígueme y mantén la boca cerrada hasta que yo te diga que la abras.

Salieron a un patio interior que estaba regido por la presencia de una *Ceiba pentandra*. No era demasiado alta, apenas alcanzaría los veinte metros, no como sus parientes de las zonas de selva alta de más al sur, donde tenían que competir para llegar a lo más alto y alcanzar los preciados rayos del sol. Tenía raíces tabulares y un grueso tronco abombado y recubierto por apuntadas espinas. Las ramas no crecían hasta varios metros de altura y lo hacían de forma horizontal, formando una copa redondeada que cubría la mayor parte del patio, protegiéndolo con su sombra.

Resguardada del intenso sol había una hamaca colgada entre dos árboles

de menores dimensiones, en ella estaba sentada la joven rubia, que llevaba en la mano un gran vaso lleno con una bebida rosada. Los miraba divertida.

Se detuvieron cerca del tronco. El yucateco se agachó y ató juntas las piernas de Eric. Después le ató las manos a la espalda y pasó un largo cabo por en medio del nudo que acababa de hacer. Tras ajustar otro nudo, lanzó el extremo sobrante por encima de la rama más baja de la ceiba. Luego, alejándose, lo tensó, haciendo que los brazos de Eric quedasen estirados a la altura de su cabeza.

El hombre se acercó a Eric.

—Bien, vamos a empezar por donde nos quedamos. ¿Quién es tu amiga? Esa tal Alba.

—Ya te lo dije. Es policía. Interpol.

—Oh, por el amor de dios... Eso no es cierto. Tensa —ordenó al yucateco.

Éste lo hizo.

Las articulaciones de los hombros de Eric crujieron al subir los brazos por encima de su cabeza.

—Te lo repito, ¿quién es?

—¡Ya te lo he dicho! —exclamó Eric.

La chica rubia se acercó y le dijo al oído en inglés que estaba diciendo la verdad, o que al menos así lo creía ella.

—¿Qué habéis averiguado sobre las hojas del código? —continuó interrogándolo el hombre.

—Supongo que lo mismo que vosotros.

—¿Y qué es eso exactamente? —inquirió, y sacando un pañuelo del bolsillo se secó el sudor que perlaba su más que incipiente calva.

—Que la hoja de Maní probablemente sea original del Posclásico. De la otra apenas nada. Vosotros la tenéis. Así que vosotros sabréis.

—¿Os lo dijo el vendedor del mercado, que nos la había vendido?

—Sí, claro —afirmó Eric.

—¿Y qué más os contó?

—Que procede de Petén.

—¿Nada más? ¿Os dijo quién la encontró, de quién la obtuvo él?

—Sí, se la compró a un chico de Guatemala que encontró en Chiapas.

—¿Sabes su nombre?

—¿El del guatemalteco? No lo sé y creo que el vendedor tampoco.

—¿Hay alguna más?

—¿Alguna más qué? —preguntó Eric, que no sabía muy bien a qué se refería.

—Alguna otra hoja de códice.

—No, que nosotros sepamos, no. Bastante raro es que hayan aparecido dos de repente y en sitios tan distintos. ¿Por qué iba a haber más?

—Aquí las preguntas las hago yo.

El tipo hizo un gesto y el joven comenzó a izar a Eric.

—Te lo repito. ¿Hay alguna más?

—¡No! —exclamó Eric, dolorido.

Asintió.

El yucateco tensó más la cuerda y los pies de Eric se despegaron del suelo lentamente. Cuando estaban a unos veinte centímetros del piso, la ató a otro árbol.

Eric notaba como las articulaciones se le desencajaban poco a poco. Se retorció de dolor, pero al ver que cada movimiento agudizaba el tormento trató de quedarse lo más quieto posible. Aun así, los intensos pinchazos que notaba en los hombros con cada leve balanceo le resultaban casi insoportables.

—¿Hay alguna otra hoja?

—¡Que no, joder!

—Bien, bien. Ahora te creo.

—¿Quién es tu amiga?

Eric suspiró.

—Ya te lo he dicho.

—¿Dónde está? Hemos ido a buscarla al hotel en el que os alojabais y ya no se hospeda allí.

«Bien hecho —pensó Eric».

—Por si no te habías dado cuenta, llevo varios días aquí encerrado. ¿Cómo coño voy yo a saber dónde está?

—Súbelo —ordenó al yucateco.

El chico hizo lo que se le ordenaba y tiró de la cuerda. Eric ahogó un grito mientras lo izaba unos cincuenta centímetros más.

—¿Dónde está?

—¡No lo sé! —gritó Eric.

El tipo hizo un gesto y el yucateco soltó la soga haciendo que Eric cayese con violencia. Perdió el conocimiento durante unos instantes.

—¿Me lo vas a decir?

—No puedo decir nada que no haya dicho ya. ¡No sé dónde está! Pero espero que muy lejos, hijo de puta.

El tipo apuntó con el índice hacia arriba y Eric comenzó a ascender entre gritos. Esta vez lo habían alzado unos dos metros sobre el suelo.

—¿Y bien? —preguntó después de que Eric hubo dejado de aullar.

Eric negó levemente con la cabeza, cerró los ojos y apretó los dientes.

12 kawak 7 xul

Mérida, México.

—Entonces, ¿qué? ¿Lo matamos? —el secuestrador de Eric Morel estaba teniendo una conversación telefónica—. Ya no vamos a sacarle nada que no sepamos. Estoy completamente seguro.

—Mmmm. No lo sé. Deja que lo piense. Te llamo en un rato.

Abrió el refrigerador y sacó un *tupperware* casi lleno con las sobras de la cochinita pibil que había comido el día anterior. Lo metió en el microondas un par de minutos y luego se sentó a la mesa. Tras bendecir los alimentos, se puso a comer. Estaba sudando como un cerdo y se fijó en su barriga, que iba aumentando progresivamente día tras día por gracia de la dieta yucateca. Tanto hacer ejercicio los meses anteriores para nada.

Tras acabar la comida soltó un sonoro eructo y, dejando los platos sucios sobre la mesa, se dispuso a echarse una larga siesta en la hamaca. Entonces el móvil sonó y contestó de inmediato. Tras una breve conversación volvió a guardarlo. Le habían jodido la siesta.

Eric no tenía ni la más mínima idea del tiempo que había pasado desde que lo habían torturado. Ya no habían ido a llevarle comida. O si lo habían hecho ni siquiera lo recordaba. Había pasado el tiempo alternando entre la inconsciencia y la vigilia sin solución de continuidad. Le dolía todo el cuerpo. Ni siquiera era capaz de palparse los hombros. Cada movimiento era un suplicio. Estaba seguro de que estaban dislocados, o algo peor.

—¡Despierta! —ordenó la voz ya familiar.

Patada en los riñones.

Abrió los ojos y vio ante sí al español y al joven yucateco. Entre los dos hombres lo alzaron y lo llevaron casi a rastras —y sin la más mínima delicadeza— a un amplio salón sin apenas muebles, y con las paredes enlucidas y pintadas de color granate. Después, el chico le ató fuertemente las manos con la misma cuerda de cáñamo que habían empleado el día anterior para descolgarlo violentamente de la ceiba. El extremo sobrante lo pasó por una argolla de bronce que había en una de las vigas vistas de madera que

sostenían el techo. Después el yucateco desapareció y el español se puso frente a él.

—Bueno, por fin solos.

—Sí, muy solos. ¿Ya te ha mandado a la mierda tu amiguita?

—¿Mi amiguita? Ah, te refieres a Magda. Sí, sí, no está. Se ha ido a buscar a la tuya.

—¡Cabrón! Si le hace algo... —empezó a decir Eric.

—¿Qué? Si le hace algo, ¿qué? ¿Crees que estás en posición de amenazar, *nano*?

—¿Quién coño eres? ¿Por qué hostias haces esto? Ya tenéis lo que queréis, ¿no? ¡Dejadme en paz de una puta vez! ¡Dejadla en paz a ella!

—En cuanto a por qué hago esto, no es asunto tuyo. Pero sí te voy a conceder algo. Ya ves, hoy me siento generoso. Mi nombre es Blas Tejero. ¿Y sabes por qué te lo digo?

—¿Porque me vas a matar?

—Chico listo.

—No me llames chico, gilipollas. Que como tú mismo me dijiste, y aunque parezcas un viejo enfermo, tengo más años que tú. Así que, si vas a hacerlo, hazlo de una puta vez, que no me vas a sacar nada y me tienes hasta los cojones.

—Oh, ¿de verdad te crees que va a ser rápido? Pobre iluso.

Se acercó a una mesa que estaba situada al otro extremo de la estancia, abrió un cajón y sacó un estuche de cuero negro. Con paso decidido se acercó a Eric y lo abrió ante él. En el interior había diversos escalpelos, pequeñas sierras y otras herramientas de cirugía perfectamente ordenadas, limpias y brillantes. Sacó un estilete, lo miró un instante a contra luz y luego rasgó la camiseta de Eric desde el cuello hasta la parte de abajo.

—Muy bien. Esto servirá para empezar —dijo.

Clavó levemente la punta en su pecho y empezó a descender, primero suavemente y luego aplicando más fuerza para que el filo fuese penetrando en la carne poco a poco. La sangre comenzó a correr, tornando oscuros los pantalones vaqueros de Eric, que ahogó un grito hasta que no pudo más y éste estalló en su garganta. Blas retiró el filo y repitió la operación, empezando esta vez más cerca del cuello.

Entonces sonó su teléfono. Con cara de disgusto lo sacó del bolsillo y miró la pantalla.

Contestó.

—¿Sí? ¿Dime? Espera, que no te oigo bien.

Salió de la habitación dando un portazo.

Eric intentó forzar los músculos de los hombros para soltarse. Pero sabía que era imposible. Los nudos estaban bien hechos y con cada movimiento sentía como si los brazos fuesen a desencajarse del tronco.

Se desmoronó, convencido de que estaba a punto de morir.

Blas Tejero no tardó en regresar. Había guardado el teléfono móvil y seguía llevando el escalpelo ensangrentado en la mano.

Volvió a situarse delante de Eric. Lo miró a los ojos y le dio un cabezazo en la cara.

—¡Cabrón! —le grito al sorprendido Eric.

A Eric le manaba sangre de la nariz y le escurría por la barbilla, goteando en el suelo de piedra. Sentía el sabor salado y metálico en la boca. Se fijó en Blas, no sabía qué le habrían dicho por teléfono, pero en el tiempo que había pasado cautivo nunca lo había visto así. Tenía el rostro enrojecido, los ojos inflamados y jadeaba.

—¿Cómo...? ¿Cómo te has atrevido, hijo de puta?

—¿Atrevido a qué? —preguntó Eric.

Entonces volvió a golpearle, esta vez con el puño cerrado. A Eric se le nubló la vista un instante. Cuando volvió a ver nítidamente, observó que Blas sacaba una pistola automática de la parte trasera del pantalón y le ponía el cañón entre los ojos. Eric leyó que era una Beretta. El arma emitió un chasquido cuando Blas descorrió el seguro.

Instantes después sintió un tremendo golpe en la frente.

Luego otro.

Los ojos se le velaron por la sangre que corría. Se desvaneció por un momento y los pies dejaron de sostenerle, haciendo que recargase todo su peso en los brazos sujetos por la soga.

El intenso dolor en los hombros le hizo perder la consciencia.

13 ajaw 8 xul

Mérida, México.

—¡Despierta!

Esta vez la orden no vino acompañada de la acostumbrada patada en los riñones, sino de un leve roce en el hombro. Cosa que sorprendió a Eric.

Abrió los ojos.

Le costaba enfocar, pero cuando lo hizo pudo ver los ojos turquesa de Alba. Estaba llorando y el rímel le escurría por las mejillas.

—¿Puedes ver? ¿Me reconoces? —preguntó ella, nerviosa.

—¿Alba? —balbució.

—Ajá, soy yo.

Eric sonrió. No se lo podía creer. Consiguió sentarse. Le dolían todos los huesos.

Ella puso dos dedos levantados delante de su rostro y le preguntó cuántos veía.

—Dos —respondió con bastante seguridad—. No me han jodido demasiado la cabeza. O eso creo. Por lo que más quieras... Dime que llevas tabaco.

Alba sacó un cigarrillo del bolso, lo encendió y se lo puso en los labios. Eric tosió varias veces, pero no soltó el cigarrillo. Luego suspiró, exhalando el humo lentamente.

—Ven. Vamos a buscar un cuarto de baño y a refrescarte un poco —dijo ella ayudándolo a incorporarse—. ¿Crees que puedes caminar?

—No estoy muy seguro, pero me parece que sí.

—No te preocupes. He llamado a una ambulancia. Está de camino. Y también la Policía. Todo va a salir bien. Ya se ha terminado. No te preocupes —repitió.

Salieron de la improvisada prisión de Eric a un pasillo y luego a la amplia sala donde lo habían torturado unos días antes. No estaba seguro de cuánto tiempo había pasado. No sabía cuánto había estado inconsciente y resultaba muy difícil calcular el paso de las horas en un cuarto oscuro.

La intensa luz que entraba por las ventanas le hacía daño en los ojos.

—¿Qué día es hoy? —preguntó Eric.

—Veintiuno de julio.

—¡Joder! ¿Me han tenido encerrado nueve días?

—Sí, nueve horribles y larguísimos días.

Alba abrió una de las puertas que flanqueaban la sala y vieron que daba a un cuarto de baño. Ayudó a Eric a entrar.

Se quedaron paralizados nada más cruzar el umbral.

Había alguien allí.

Cuando consiguieron que sus ojos se adaptasen al cambio de luz, vieron que era el chico joven yucateco.

Estaba metido en la bañera, sentado, con medio cuerpo fuera. El brazo derecho colgando hasta el suelo. Como si fuese el cuadro de Jacques-Louis David: *La muerte de Marat*. Sólo le faltaba el turbante. Y de verdad hubiese estado muy bien que lo llevase. Porque le habían disparado en la sien derecha, y el agujero de entrada era limpio y perfectamente redondo, pero el de salida por el lado izquierdo le había reventado la cabeza. Dejando la pared situada tras de él cubierta de restos de masa encefálica, pelos y esquirlas de hueso, que ya se habían secado y parecían un collage grotesco.

La habitación hedía.

—Eh, mejor vamos a buscar otro cuarto de baño. O la cocina —dijo Alba.

Encontraron antes la cocina. La vajilla empleada en la última comida todavía estaba sobre la mesa y todo se había llenado de moscas. Ella puso una de las sillas cerca del fregadero y ayudó a Eric a sentarse.

Alba rebuscó entre los cajones y encontró un trapo limpio. Lo empapó con agua del grifo de la pila y lo pasó con suavidad por la cara de Eric mientras repetía en voz baja:

—¿Qué te han hecho?, ¿qué te han hecho...?

—Me han dado de hostias a base de bien. ¡Ay! —se quejó al rozarle el trapo la brecha que le habían abierto en la ceja al darle con la culata de la pistola.

—Te duele mucho, ¿verdad?

—Un montón.

Ella le retiró los mechones sucios de pelo que le caían por la frente y acercó el rostro de él a su vientre.

—Te voy a manchar —dijo Eric. Aunque no quería que se apartase. Por

primera vez en días se sentía bien.

—No importa. Estaba muy asustada, ¿sabes?

—Yo también.

—Ya me lo imagino.

—Estaba asustado por ti. Dijeron que habían ido a buscarte. La verdad es que ya tenía asumido que a mí me iban a matar. No sé por qué no lo hicieron.

Alba lo atrajo hacia sí con más firmeza y después lo soltó. Rebuscó en su bolso y sacó un paquete de pastillas azules para la menstruación, sacó un par y se las metió en la boca.

—Tómate esto, que algo te hará hasta que te den algo más fuerte —le dijo, mientras llenaba un vaso con agua de un garrafón que había sobre la mesa.

El agua le había despejado un poco y preguntó:

—¿Cómo...? ¿Cómo me has encontrado?

—La chica. Vi a la chica en Mérida. Ya sabes, a la rubia. La del aeropuerto

—Magda.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Que se llama Magda. O al menos así es como la llamó ese cabrón.

—Bueno, pues la vi. Estaba haciendo compras en el Walmart y me la encontré allí. Ella no me vio, así que salí afuera, me metí en el coche y esperé a que abandonase el supermercado. Después la seguí hasta esta casa. Llamé a la Policía y esperé. Pero tardaban. Vi que salían ella y el otro tipo en un coche, así que no pude esperar más y entré.

—¿Dónde estamos?

—En una casona a las afueras de Mérida. En el camino a Umán.

Se escuchó el ruido de las sirenas acercándose.

—¿Lo oyes? Ya llegan —anunció ella—. Y cuando esos cabrones vuelvan por aquí...

—No van a volver.

—¿Cómo lo sabes?

—Escuché que lo decían.

Eric se sentía algo mejor. Las pastillas le estaban aliviando un poco. Se giró y echó un vistazo en rededor. Fijó la vista sobre la mesa. Parpadeó tratando de enfocar.

—¿Qué es eso?

—¿El qué?

—Ahí, sobre la mesa.

Ella se acercó.

—¡Venga ya! ¡No me fastidies! ¡No me lo puedo creer!

—¡Abran! ¡Es la Policía! —se escuchó que gritaban desde la puerta.

—Voy a abrir, vengo enseguida —aclaró ella mientras se metía en el bolso lo que había sobre la mesa.

Alba volvió a entrar en la cocina instantes después, acompañada por varios policías a los que iba dando explicaciones. Se acercó a Eric.

—La ambulancia ya ha llegado también —le susurró al oído—. Nos vamos de aquí.

Entonces entraron los paramédicos, lo tendieron en una camilla y se lo llevaron. Alba le dio las llaves del coche alquilado a uno de los policías y salió corriendo para subir a la parte trasera de la ambulancia junto a Eric.

CAPÍTULO IV

Tras el estuco

1 imix 9 xul

Mérida, México.

Cuando Eric Morel abrió los ojos, Alba estaba allí al lado, sentada en un butacón, medio adormilada. Él se encontraba tumbado en una mullida cama, en una habitación de tonos claros con un amplio ventanal. El sol brillaba intensamente afuera, pero en el cuarto la temperatura era templada, casi un poco demasiado fría. Levantó la cabeza y miró su cuerpo. Tenía los brazos inmovilizados por unos vendajes.

—¿Cuánto tiempo llevo dormido? —preguntó.

Alba se despertó y se abalanzó sobre él.

—¡Vaya, por fin! Casi un día entero.

—¿Sí? ¿Qué me han metido?

—No tengo ni idea —Alba se encogió de hombros.

—¿Te han dicho algo? ¿Me tienen que operar?

—No. Han dicho que no te operan. Tienes esguinces importantes en los dos hombros y fisuras en los húmeros, pero ya se han empezado a soldar. Dicen que es mejor dejar que las cosas sigan su curso natural y que se curarán solos. Lo único que debes hacer es procurar no mover los brazos durante un tiempo y luego hacer ejercicios de rehabilitación poco a poco. Han dicho que vas a quedar bien. Por lo demás, te han curado los cortes y las heridas, pero no te han dado ni puntos. Resulta que eres más duro de lo que parece.

—¿Cómo que más de lo que parece? ¿Es que no lo parece? —preguntó él con afectación fingida.

—*Nah* —se burló Alba sacándole la lengua—. ¿Te duele mucho?

—Pues ahora mismo no. Bueno, si no intento mover los brazos.

—Pues eso es lo que tienes que hacer. No los muevas.

—Vale, vale. Oye, el otro día, antes de que saliese de la habitación y esos cabrones me secuestrasen, me dijiste que había algo que me tenías que contar. ¿Me lo cuentas?

—¿Seguro que quieres que te lo cuente ahora? ¿No prefieres esperar a estar un poco más recuperado?

—Creo que no. Me encuentro bien y misteriosamente de buen rollo. Me han debido poner morfina, porque esto es mágico. Así que, si a ti te parece bien, dispara.

—Está bien. Verás... Es que, para empezar, no soy policía.

—La verdad es que eso ya lo suponía.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Cuando me estaban interrogando insistían mucho en que querían saber quién eras. Yo les dije que trabajabas en la Interpol y no coló. Así que como suponía que tendrían medios para comprobarlo... Pero ¿y esa identificación que me enseñaste?

—Ya... Me la hice yo con Photoshop, la imprimí en casa y luego la llevé a plastificar. Deberías fijarte con más atención cuando alguien te presente una credencial.

—¿Y yo qué coño sé cómo es una identificación de la Interpol?

—Bueno, eso también es verdad —concedió ella—. Entonces, ¿no te enfadas?

—No, no me enfado. En realidad, es un alivio. Esto de pensar que me había liado con una policía me ponía en una tesitura moral muy complicada.

—Serás bobo.

—Pero me lo vas a tener que compensar.

—Seguro que se me ocurrirá alguna manera de hacerlo.

—Bueno, pero entonces ¿quién narices eres y por qué estás haciendo esto?

—Soy la hija de Edward Abercrombie.

—¿Que eres su qué? No, qué va. Abercrombie no tenía ninguna hija.

—Sí, la tenía. Aunque él no lo supo hasta poco antes de morir. Y yo tampoco lo sabía. A mí me crio mi madre, ella sola. Me dijo que mi padre había fallecido meses antes de nacer yo. Hace unos años se puso enferma. Un cáncer. Al parecer, entonces se puso en contacto con Abercrombie. Él ni siquiera sabía que yo existía. Le explicó que no quería que tratase de hablar conmigo, que yo todavía no estaba al tanto, pero que me lo diría cuando considerase que era el momento adecuado y que si yo quería ya contactaría con él. A mí me lo contó después, ya en sus últimos días.

—Vaya, lo siento.

—Gracias. Hace algo más de tres años que se fue y ya duele menos, pero estábamos muy unidas, sigue siendo difícil. En el momento en el que por fin decidí que me gustaría conocer a mi padre, fue justo cuando él murió.

Me enteré por la prensa. Poco después se puso en contacto conmigo su abogado. Me dijo que me había dejado la mayor parte de sus posesiones, también sus diarios y todos sus papeles. Los leí y así fue como tuve noticia del hallazgo de la hoja de Maní. Era una de las cosas en las que estaba trabajando. También fue así como supe de tu papel en sus últimos días, hablaba muy bien de ti. Por eso procuré acercarme. Al menos al principio.

—Te lo tengo que preguntar, el día que nos conocimos casi me da algo cuando te vi, porque te parecías un montón a Ariadna. Después, es evidente que no, aunque un aire sí que os dais. Pero no tanto como ese día. ¿Eso fue a propósito?

—Bueno, es que el día que nos conocimos ibas hasta el culo, supongo que viste lo que quisiste ver. Pero sí había visto fotos de ella y noté cierto parecido. Así que me maquillé y me cambié un poco el peinado para que nos pareciésemos algo más. Supuse que así llamaría algo más tu atención.

—¡Hostia, tía! Si me lo hubieses dicho directamente te hubiese ayudado igual. Yo también quiero joder a esos cabrones del Templo de Akan. Por todo el daño que me hicieron a mí y por el que le hicieron a muchas personas a las que quiero, o quería, en algunos casos.

—¿Sigues sin enfadarte?

—¿Se acabaron las mentiras?

—Sí

—¿Seguro?

—Seguro.

—Entonces, sí. Sigo sin enfadarme. Ahora comprendo tu interés en preguntarme cosas sobre el tiempo que compartí con Abercrombie.

—Sí. Al fin y al cabo, tú fuiste la última persona que lo vio con vida.

—Pues sí, aunque en realidad no lo conocía mucho. Me parece que era un buen tipo. Tenía sus cosas, desde luego, y me parece que una moral bastante laxa. Pero al menos la tenía. No sé, creo que en los últimos tiempos estuvo tratando de compensar lo que había hecho mal anteriormente. Si es que eso te sirve de algo.

—Sí que me sirve, gracias.

Parecía abatida.

—Estaba pensando que... ¡Venga ya! ¿Y me hiciste volar desde Madrid a México en turista? Pero si estás forrada, tía —bromeó para ver si se animaba un poco.

—Hombre, es que tenía que disimular. Los policías no viajan en

business. Bueno, eso diría yo. Vete a saber.

—Así que, ¿la fundación Abercrombie...?

—Yo la creé con parte del dinero que me legó. Por lo que he podido averiguar de él a partir de sus escritos, creo que le hubiese gustado.

—Seguro que sí. Entonces, ¿eres tú a través de la fundación la que financia la excavación de Maní? Y supongo que todas las investigaciones.

—Así es.

—Claro, por eso todo el mundo estaba tan dispuesto a colaborar. Pero la Policía no está al tanto de nada de lo que ha estado pasando, ¿verdad?

—Sí, sí que están al tanto. De la mayor parte, al menos. Aunque no trabaje para la Interpol sí colaboro con ellos, con el mismo departamento con el que trabajaba mi padre.

—Entonces supongo que deberías pasarle la información que he conseguido mientras me tenían encerrado. Que no es gran cosa, pero puede que ayude.

Le dio los nombres de los secuestradores, una descripción detallada y le dijo todo lo que recordó.

—Claro, les pasaré los datos. A ver si consiguen detenerlos de una vez.

—¿Qué es lo que había encima de la mesa de la cocina? Creo recordar que te sorprendiste bastante.

—¡Ah, sí! Y tanto que me sorprendí. Espera que te lo enseñe.

Junto al asiento había una mochila, sacó de ella una carpeta de plástico y se la puso sobre el abdomen.

—Ábrela y verás. ¡Vas a alucinar!

Eric echó un vistazo a la carpeta y luego a sus brazos inmovilizados.

—Eh, me parece que me vas a tener que ayudar.

—¡Ay, sí! Es verdad, perdona.

Alba la abrió, sacó dos hojas que estaban metidas en fundas de plástico transparente y las puso a cierta distancia del rostro de Eric, sujetándolas con precaución.

—¡No me jodas! Pero... Pero...

—Sí. Se dejaron allí las dos páginas de código.

—¡Pero eso no tiene ningún sentido!

—Ya lo sé. Pero aquí están.

—¿Son las auténticas?

—Yo diría que sí, desde luego lo parecen. Pensaba mandarlas a la UNAM para que lo comprobasen. Pero he preferido esperar a que tú las

vieses.

—Oye, ¿qué es eso de ahí?

—¿El qué?

—Eso, justo debajo del dibujo central de la hoja con las Tablas de Venus de la página de Maní. Es como si se hubiese caído un trozo de estuco.

Ella se inclinó sobre Eric para mirar también. Faltaba un pedacito irregular, como de un centímetro de ancho por medio de alto.

—Anda, pues es verdad. En la foto no estaba así. Esos idiotas lo han estropeado —se lamentó Alba.

—Sí, pero parece... Parece que hay algo detrás. A ver, acércamela más. Alba lo hizo.

—Son... ¡Joder! ¡Son letras! ¡Letras del alfabeto latino! —exclamó Eric.

—¿Qué? —preguntó ella levantando las hojas y acercándoselas a los ojos.

—Oye, que lo estábamos viendo los dos.

—Perdona, es que me he dejado llevar. Tienes toda la razón. Son letras. ¿Una N y una A?

—Sí, desde luego eso parece.

—¡Pero esto es muy fuerte! ¿Entonces es falsa? O lo son las dos, porque sin duda parecen partes de un mismo código, aunque provengan de lugares distintos. Puede que la gente del Templo de Akan lo descubriese y por eso las abandonase en la casa y te dejase con vida.

—Es posible. Pero se me ocurre que tal vez no es que sean falsas, sino de época muy tardía. Ya de la colonia.

—Pero por qué iban a cubrir lo que había escrito con una capa de estuco y con la representación de un código maya del Posclásico.

—Tal vez era el papel que tenían a mano. O puede que quisiesen ocultar lo que había detrás.

—¿Y qué hacemos?, no lo vamos a rascar, ¿no?

—Claro que no. Pero seguro que hay alguna forma de ver lo que hay en la otra capa de estuco. ¿Por qué no se lo preguntamos a la investigadora de la UNAM?, ¿cómo se llamaba?

—Lizbeth Prieto.

—Eso. Cada vez me cuesta más recordar los nombres. Creo que deberíamos mandárselos. Y por supuesto avisar al INAH de que hemos recuperado la página.

Alba torció el gesto.

—No saben que había desaparecido, ¿verdad?

—No, todavía no.

—Bueno, pues en ese caso mandaremos las dos páginas a Lizbeth. Y después vamos a informar al INAH de lo sucedido. Y una vez se compruebe si la página de Petén también corresponde a la época, avisaremos a las autoridades guatemaltecas. Conozco gente en el IDAEH, el Instituto de Antropología e Historia de Guatemala. Vamos a hacer las cosas bien. Somos investigadores, no saqueadores ni traficantes. Por cierto, a todo esto, ¿a qué te dedicas en realidad?

—Soy correctora de estilo en una editorial, aunque me he tomado vacaciones por un tiempo indefinido. Estudié Filología.

—¿Lo ves? Investigadores. Eso va a ser muy práctico si el texto que hay detrás del estuco está en español. Y además, en cuanto tenga terminada la tesis te la voy a pasar para que la revises, es lo mínimo.

—Oye, no te cachondees.

—No me cachondeo. ¿Te han dicho cuándo me van a dar el alta?

—Están esperando a los resultados de las últimas pruebas. Pero si no hay nada raro, y esperan que no lo haya, mañana.

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

—Pues, ¿qué te parecen unas vacaciones? Ya que necesitas reposo... Había pensado que tal vez podríamos alquilar algo por aquí hasta que te recuperes. Luego ya veremos.

—Me parece muy bien.

—¿Me ayudas a buscar algo para alquilar?

—Sí, porque para empezar aquí se dice rentar y no alquilar. Así que mejor si te ayudo.

—Uh, a ver si se te pasa el efecto de lo que sea que te hayan metido, que estás de un gracioso...

—¿Que se me pase? Quitá, quitá, si estoy por decirles que me pongan más.

12 chuwen 19 mol

San Francisco de Campeche, México.

Finalmente habían rentado una propiedad en San Francisco de Campeche. Confiaban en que los secuestradores de Eric hubiesen desaparecido del mapa, pero prefirieron trasladarse allí desde la Ciudad Blanca. Era una gran casa de aire colonial, pero construcción moderna, ubicada en las afueras de la capital del Estado de Campeche, en la salida hacia Chiná. Tenía amplios jardines rodeados por una alta cerca sobre la que corría una alambrada electrificada, de modo que parecía bastante segura. Sólo por si acaso. También, por si acaso, habían contratado a dos personas para que se ocupasen de la seguridad. Además, contaban con el apoyo de una señora que se encargaba del mantenimiento de la vivienda y, durante las primeras semanas desde que se trasladaron, también había una enfermera para ayudar a Eric en su recuperación y en el día a día.

El proceso había sido lento, y más de un mes y medio después todavía sentía algunos pinchazos en los brazos cuando hacía algún movimiento raro. Pero ya podía hacer una vida normal. En realidad, mejor que normal, porque se sentía muy a gusto con Alba. Incluso había dejado de necesitar tomar drogas para dormir.

El diez de septiembre, mientras Eric estaba en la cocina preparando la comida, Alba lo llamó.

—¡Eric! ¡Eric, ven rápido!

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Ha escrito Lizbeth —aclaró Alba señalando la pantalla de su ordenador portátil.

Habían hablado con ella tal como habían acordado y la propia doctora Lizbeth Prieto viajó hasta Campeche para transportar personalmente ambas páginas hasta la UNAM.

—¿Y qué dice?

—Nos manda los últimos resultados de los análisis de las dos páginas.

—Y...

—Aún no lo he visto. Te estaba esperando.

—¡Vaya, qué considerada!

—Tsss. ¡Pues claro!

—Pues vamos a verlo —dijo situándose detrás de Alba y acodándose en el respaldo de la silla en la que se sentaba ella. Su cabello olía a frutos del bosque.

Alba abrió el correo que iba acompañado de varios archivos adjuntos. En él les decía que, tras haber probado con diversas técnicas, la tomografía computerizada había funcionado muy bien para obtener una imagen clara de lo que estaba oculto detrás de la capa de estuco. Les indicaba que se trataba de un texto y que se había tomado la libertad de pedirle a una compañera paleógrafa —destacaba en el correo que se trataba de una persona de su total confianza—, que se lo transcribiese. Pues leerlo directamente de la imagen era bastante complicado.

Alba abrió uno de los archivos. Era una foto similar a una radiografía. En ella se veía un texto escrito por completo en caracteres latinos, aunque no se entendía nada. Abrió la otra imagen. Era muy parecida. Abrió después el documento de Word que también se adjuntaba. En él se encontraba la transcripción, que, aunque estaba escrita en pulcra tipografía Helvética, seguía sin ser comprensible. Había una nota al pie indicando que el contenido de ambas páginas era un mismo texto.

—¿En qué está escrito? —preguntó Alba.

—Pues en maya. Supongo que en maya yucateco, pero no lo sé seguro.

—¿Cómo que maya yucateco? ¿Es que hay más mayas aparte del que se habla aquí?

—Uy, hay un montón más. Como treinta lenguas mayances se siguen hablando hoy en día, además del yucateco.

—¿Tantas?

—Pues sí. Está el maya quiché, el keqchí, el mam, el kakchiquel, el tzetzal, el chol, el itzá... —enumeraba mientras iba contando con los dedos—, y bueno, un montón más. La mayoría se hablan actualmente en Guatemala, en Tierras Altas. Todas parecen provenir de un mismo tronco común, lo que se llama el protomaya. Pero con el tiempo se fueron distanciando y son muy diferentes unas de otras.

—Entiendo, como las lenguas romances a partir del latín. ¿Crees que podremos traducirlo? Quizás con ayuda de un diccionario o algo así.

—Uf, no sé. Me parece que puede ser bastante difícil. Aunque supongo

que podemos intentarlo. Seguro que en la biblioteca de la Universidad Autónoma de Campeche o en la del Instituto Campechano hay diccionarios. O podemos buscar alguno por librerías, el Cordemex creo recordar que es de los mejores. Pero hay mucha gente que habla maya, sobre todo aquí, y que seguro que lo podría traducir mucho mejor que nosotros.

—Ya, pero no sé si debemos meter a más gente en esto. Estamos muy tranquilos sin esa gentuza del Templo de Akan rondando.

—Estoy pensando que el año pasado fui a Río Bec, que es un sitio en Campeche al que es realmente difícil llegar. Fue muy guay, tuve que ir en quad. Pero me desvíó. El caso es que en Xpuhil me puse en contacto con un señor de un ejido que se llama 20 de Noviembre y que es la comunidad más cercana a este sitio arqueológico.

—¿20 de noviembre? ¿Así se llama la aldea? Qué nombre más raro, ¿no?

—No es una aldea, es un ejido. Pero sí, ése es su nombre. Es por el día de la Revolución. Y si eso te parece raro, cuando iba de camino hacia allí vi un cartel de otro lugar que se llama Ley Federal de Reforma Agraria. Que el que se lo puso se quedaría descansado...

—Bueno, y qué pasa con ese señor.

—Si es que me distraes... Pues que él, al igual que mucha gente por aquí, habla maya. Y bueno, que además de que tenemos buen rollo, porque estuvimos varios días por allí recorriendo sitios, estoy más que seguro de que podría ayudarnos y de que no tiene nada que ver con esta gente del Templo de Akan.

—Entonces, ¿vamos a hablar con él?

—Pues yo creo que es una buena idea. Así no metemos a ningún desconocido en esto.

—¿Y este lugar dónde está?

—Un poco lejos, hacia el este. Muy cerca de la frontera entre Campeche y Quintana Roo. Pero con el coche podemos ir y venir en el mismo día. También se puede hacer noche por allí, si nos resulta demasiado cansado.

—¿Tienes su teléfono o algo? Por avisarle antes de ir y que no hagamos el viaje en balde. Es que tengo que enviar una corrección en un par de días.

Alba había empezado a trabajar otra vez con la editorial desde la distancia. Más que nada para mantenerse entretenida, pues Eric pasaba bastante tiempo enfrascado trabajando en su tesis.

—Pues me lo dio, pero vete a saber dónde lo metí. Aunque seguro que si

vamos lo encontraremos por allí.

—Bueno, ¡pues vamos! ¿Tú te ves ya para conducir?

—Lo puedo intentar, aunque no sé si voy a poder hacerlo durante mucho tiempo seguido.

—Bueno, bueno. Pues si no puedes, conduciré yo. Entonces, ¿vamos mañana?

—Cuando quieras. Si tienes que enviar la corrección no importa, vamos en unos días.

—Va, no. Me queda muy poco, podemos ir mañana. Pero si estamos aquí por la noche, mejor.

13 eb 0 ch'en

20 de Noviembre, México.

Habían salido por la mañana temprano con el coche en dirección a Xpuhil, un municipio localizado en la frontera entre los estados de Campeche y Quintana Roo. Por el camino hicieron una parada para visitar Balamkú y su espectacular friso, y comerse unos sándwiches que habían preparado para almorzar.

Llegaron casi a mediodía a Xpuhil y allí se detuvieron a preguntar cómo llegar al ejido 20 de Noviembre. Porque aunque Eric ya había estado allí, lo habían llevado y no recordaba muy bien el camino. Tras recibir indicaciones abandonaron la población dirigiéndose al este por la carretera que une Escárcega con Chetumal.

Un poco más adelante había un retén militar en el que los detuvieron para preguntarles a dónde se dirigían. Se lo dijeron y les dejaron pasar; allí, junto al retén, se encontraba el desvío que estaban buscando, indicado con una señal que anunciaba las ruinas de Río Bec.

Tras unos minutos conduciendo por una carretera estrecha y llena de baches llegaron al ejido 20 de Noviembre. Eric recordaba más o menos dónde se encontraba la vivienda de José Alfredo y consiguieron encontrarla tras dar un par de vueltas por la pequeña comunidad. El hogar de José Alfredo Puch y su familia estaba conformado por una choza tradicional maya y otros edificios hechos de bloque de cemento y techo de lámina metálica, ubicados en torno a un patio abierto.

Bajaron del vehículo y los recibió una anciana vestida con un huipil decorado con bordados azules. La señora apenas hablaba español, pero pronto salió una chica más joven y les dijo que José Alfredo había salido al campo a ver las abejas. Les indicó que debían abandonar la comunidad por el sureste y seguir el único camino de tierra existente durante un par de kilómetros. Que allí, antes de unas ruinas, a la derecha, lo encontrarían.

El camino era muy angosto y estaba tremendamente deteriorado por las lluvias, con algunos bajos lodosos y muchas piedras sueltas, pero el Chevy se

portó. A ambos lados se extendían campos de zacate poblados por vacas y cebúes, y algunas milpas y otros sembradíos. De tanto en tanto se veía algún islote con vegetación más alta, que cubría montículos de diversas dimensiones que ocultaban antiguas construcciones prehispánicas. Efectivamente, encontraron a José Alfredo donde la joven les había señalado.

José Alfredo Puch era un yucateco de cuerpo compacto, con el cabello y el ralo bigote muy negros. Le habían puesto el nombre porque su padre era un gran fan de José Alfredo Jiménez, el famosísimo cantante oriundo de Dolores Hidalgo. Estaba de pie entre varios troncos ahuecados situados sobre soportes de piedra, vestía pantalón oscuro y camisa blanca que llevaba medio desabotonada, y estaba rodeado por una nube de insectos. Un perro de una raza difícil de identificar correteaba a su alrededor.

Bajaron del coche y Alba le preguntó a Eric:

—Pero ¿qué hace ese loco allí entre las abejas y sin protección? No vamos a acercarnos, ¿verdad?

—Ah, supongo que deben de ser abejas mayas. No hacen nada.

—¿Abejas mayas? ¿Como la de los dibujos?

—Ja, ja. Sí, tal cual. Es un tipo de abeja que hay en esta zona, las abejas meliponas. Son pequeñas y no tienen aguijón. Las abejas eran muy importantes para los mayas del pasado y todavía se sigue produciendo miel como antes.

»Esos troncos alargados son las colmenas para esta especie de abejas. Se llaman jobones, están vacíos por dentro y los lados se cubren con unas tapas, normalmente de madera. Aunque se han encontrado algunas prehispánicas de cerámica y de piedra. Por eso supongo que deben ser abejas mayas. Las otras viven en otro tipo de colmenas, las cajas cuadradas que son habituales también en Europa.

»Ahora ya no hay demasiada producción de miel de meliponas, que tiene muchas propiedades medicinales, además de que es muy rica. Y ya se ha extendido mucho en la región la especie *Apis mellifera*, porque es mucho más productiva. Y éstas sí que tienen aguijón.

Llegaron hasta donde estaba José Alfredo y Eric lo saludó. El hombre lo reconoció enseguida.

—Qué gusto en saludarlo, Eric. ¿Y cómo así, qué hacen por acá? ¿Quieren visitar algunas ruinas?

—Pues tal vez en otra ocasión. Hoy quería preguntarle si nos podría ayudar a traducir un texto que está en maya.

—¿Un texto en maya? —se extrañó el hombre.

—Eso es. Parece que puede ser un texto bastante antiguo.

Eric sacó de la bolsa que llevaba colgando en el hombro una carpeta y de ella extrajo las copias con las fotografías impresas y una copia del texto transcrito. José Alfredo la miró durante un rato. Luego les dijo:

—Pues lo cierto es que hay muchas palabras que no conozco.

—¿De veras?

—Sí, pero tal vez puedo platicar con mi abuelito. Él no puede leer, pero sí conoce la maya mucho mejor que yo, podría preguntarle las palabras que desconozco. Supongo que entre los dos seremos capaces de traducir la mayor parte del texto. De plano, llevará un tiempito, ya es un señor bien grande.

Eric era el primero en reconocer que se le daba fatal adivinar la edad de la población maya, pero calculaba que José Alfredo debía pasar de largo los cincuenta, así que supuso que sin duda su abuelo sería un hombre bastante mayor.

—Si me dejan un correo electrónico se lo remito por internet cuando esté listo.

—¿Tienen internet aquí? —se sorprendió Alba.

—No. Acá en el ejido, no. Pero en Xpuhil bien hay. Y yo salgo seguido allá a halar turistas, si es que hay suerte. Puedo enviárselo entonces.

—Eso sería fantástico, don José Alfredo. Mil gracias.

—Ya me iba para la casa. ¿Les gustaría quedarse a almorzar?

—Se lo agradecemos mucho, pero no queremos molestar.

—Oh, no es ninguna molestia. Quédense, por favor. El otro día cazamos un venado y tenemos *tzic* para comer. ¿Ya lo probaron?

Ambos negaron.

—Entonces, más motivo para que se queden.

Aceptaron la invitación y los tres empezaron a andar hacia el camino. El perro se acercó a las piernas de su dueño. Llevaba una gran herida que iba desde encima del ojo hasta el hocico. Aunque se veía que ya se estaba curando.

—¿Qué le ha pasado al perro? —se interesó Eric.

—Oh, fíjese que la otra noche se escapó y se metió en el monte. Parece que se topó con un jaguar.

—¿De verdad hay jaguares tan cerca del pueblo? —preguntó Alba un tanto inquieta.

José Alfredo parecía extrañado.

—Oh, sí que los hay.

Eric señaló un cúmulo de vegetación de mayores dimensiones que los que se habían encontrado anteriormente y que se localizaba a escasos metros de donde estaban.

—Eso es un sitio arqueológico, ¿verdad?

—Oh, sí. Eso son las ruinas que llamamos Pasión del Cristo.

—Ah, no las conocía. ¿No se han trabajado?

—Muy poco, y fue hace bastante tiempo. ¿Quieren que vayamos a visitarlas? No se puede ver mucho, pero en el edificio principal hay un agujero que permite entrar al interior.

—¿Vamos? —preguntó Eric a Alba.

—Claro.

Bordearon parte de la masa de vegetación y luego empezaron a ascender, primero a una plataforma y luego por otro montículo de mayor altura y pendiente. Cuando estaban casi en la cima vieron que había una perforación en la estructura.

Entraron por ella. El interior estaba completamente estucado, se conservaba toda la bóveda completa y en un lateral había un vano con un dintel de madera *in situ*. Se veían grafitos pintados con carbón y otros incisos, representando motivos geométricos y antropomorfos, incluso se identificaban algunas deidades que se asemejaban a las que se encontraban representadas en los códices. Eric explicó que posiblemente las pinturas fuesen del Posclásico, pero que parecía que la estructura era anterior.

—De modo que así es como están los edificios antes de que los arqueólogos los excaven —apuntó Alba.

—Bueno, a veces están peor conservados. Pero más o menos.

—Jo, es una sensación muy especial.

—Sí que lo es.

Luego salieron y volvieron a bajar al camino.

José Alfredo había ido en motocicleta y les dijo que fuesen con el carro y que se encontrarían en la casa.

Cuando llegaron, él los estaba esperando en la puerta de la choza. La atravesaron esquivando las hamacas que colgaban de las vigas y que sustituían a las camas, como es habitual en la zona, y luego pasaron por la cocina, que se anexaba a la choza, para llegar a otro patio donde había dispuestas unas sillas de plástico en torno a una mesa.

El *tzic* consistía en carne de venado cocida deshebrada, condimentada

con cebolla morada, rábano y cilantro picado, y macerada en jugo de naranja amarga. El plato se servía frío e iba acompañado por escabeche de habanero. Era delicioso, aunque Eric casi se rompe un diente al masticar, pues se encontró entre la carne un perdigón.

Desde la mesa se podía ver la cocina, donde la anciana que los había recibido antes y la chica que les había dado las indicaciones estaban preparando el postre: merengue. Lo elaboraban directamente en el fuego de leña del horno tradicional encalado, poniendo la masa sobre una lámina de metal como las que cubrían algunas edificaciones de la población y tapándola con otra lámina igual. Cuando lo probaron, estaba muy dulce y la ralladura de limón que llevaba le daba un toque exquisito.

Se despidieron de José Alfredo muy agradecidos y salieron hacia Xpuhil. No era muy tarde y todavía les daba tiempo a recorrer algunas ruinas de la zona.

Les hubiese gustado pasar a visitar Calakmul, que estaba en el camino de regreso, aunque bastante alejado de la vía principal. Pero hacerlo les hubiese llevado varias horas y no querían que se les hiciese demasiado tarde por la carretera, así que lo dejaron para otra ocasión.

Por el contrario, fueron a conocer los sitios de Xpuhil, en la misma población, Becán y Chicanná, ambos muy cerca de la carretera de regreso a San Francisco de Campeche.

Eric le explicó que la región en la que se encontraban y que se correspondía con un estilo arquitectónico, como la Puuc, era la de Río Bec. Que recibía el nombre por el sitio arqueológico que se encontraba unos kilómetros más al sur de donde habían estado esa mañana.

Las construcciones diferían mucho de lo que habían visto en el norte de Yucatán y se asemejaban más a lo que se podía encontrar más al sur, en El Petén guatemalteco, con presencia de templos piramidales más altos, como apreciaron en las ruinas de Becán.

También la vegetación cambiaba y de la selva baja y enmarañada propia del norte de la península, se pasaba a los altos bosques tropicales siempre cubiertos por una bóveda verde. Entre las características de la decoración arquitectónica de la región destacaba la existencia de fachadas zoomorfas — como también se da más al norte, en la región Chenes—, tal como comprobaron en el magnífico ejemplo existente en Chicanna. Otro rasgo definitorio del estilo regional era el empleo de torres, por lo general pareadas y situadas en los laterales de los edificios, y que presentan falsas escaleras

que en realidad no llevan a ninguna parte, como pudieron ver en las ruinas de Xpuhil.

Tras visitar los tres sitios, sin demorarse demasiado en ninguno de ellos, salieron en dirección a la ciudad de Campeche.

9 imix 9 ch'en

San Francisco de Campeche, México.

—¡Alba! ¿Dónde estás? —gritó Eric mientras corría por el pasillo de la casa.

—En la ducha, ¿qué pasa?

—¡La traducción! José Alfredo ya la ha enviado.

—¡Voy corriendo!

Cuando llegó, envuelta en una toalla, Eric estaba sentado a la amplia mesa del comedor, tenía el ordenador portátil abierto.

—¿Ya lo has leído? ¡No vale, yo te esperé!

—Claro que no lo he leído, te estaba esperando.

Ella se sentó en sus piernas y Eric abrió el correo. No llevaba asunto y directamente empezaba por la traducción.

En el año de 1562 de «su» señor, tras casi un k'atun de deliberaciones, los x'men de Maní, Tayasal y Oxtankah llegamos a la conclusión de que nuestra cultura, la de nuestros ancestros, está en grave peligro. La mayoría de ella se ha perdido ya, pero todavía podemos preservar una parte. Ésta quedará oculta en el Gran Templo de Kinich Ajaw, en una de las grandes ciudades de nuestros antepasados, largo tiempo olvidada en la ignota selva, hasta que los opresores desaparezcan, como sin duda algún día lo harán. Entonces, el conocimiento podrá volver a nuestro antiguo pueblo. Por nuestros hijos, o los hijos de nuestros hijos, dejamos constancia aquí por escrito de la localización de nuestro pasado. El lugar en cuestión se encuentra a cincuenta y cuatro leguas de Maní, a treinta leguas de Tayasal y a diecisiete leguas de Oxtankah.

Tras el texto traducido venía un párrafo en el que José Alfredo les explicaba que había intentado realizar una traducción lo más ajustada posible al español actual, y que había algunas palabras que no sabía muy bien cómo traducir. Pero que seguramente ellos las comprenderían.

—Supongo que se refiere a *k'atun* y a *x'men* —dijo Alba—. Espera, ¿*x'men*? ¿Como la Patrulla-X?

—Ja, ja, ja. No, no, como la Patrulla-X no. En maya la X se pronuncia SH. Y sí sé lo que significa la palabra. Vendría a ser el equivalente de chamán u hombre sagrado. Y la otra también la conozco. Un *k'atun* es un ciclo de tiempo de la Cuenta Larga maya, que equivale a veinte años. Kinich Ajaw era una deidad solar.

—Entonces, según los textos, es que han escondido algo en un sitio y nos dicen la forma de llegar.

—Eso parece, tal vez escondiesen el resto del códice.

—Tal vez. Pero va a ser un poco difícil de encontrar, ¿no? Quiero decir, sabemos dónde está Maní, pero ¿y los otros sitios?

—Creo que es posible que los otros sitios también sepamos dónde están. Al menos uno de ellos, porque Tayasal lo conozco. Bueno, no lo he visitado, pero sí sé que existe. Era la capital de los mayas itzáes durante el Posclásico. Está en Petén, en Guatemala, muy cerca de Flores, en una pequeña península al norte del mismo lago, el Petén Itzá. En aquella zona se encontraban los últimos reductos mayas en caer durante la conquista española de la región. Y, de hecho, fue una de las últimas comunidades mayas en ser reducida. Ya muy hacia finales del siglo XVII, en 1697. Aunque ya habían tenido contacto con los españoles antes. Se sabe que Cortés pasó por allí en 1525 y dejó un caballo herido. Ante aquello debieron alucinar, porque en América no había caballos.

—Conociendo estos dos puntos es factible que podamos localizar la ubicación. Al menos de forma aproximada.

—Es posible. Pero creo que el topónimo Oxtankah me suena. Y supongo que si tenemos los tres sitios la localización será más exacta.

Teclé en Google y aparecieron varias referencias. Vieron que Oxtankah era un sitio arqueológico localizado muy cerca de la actual ciudad de Chetumal, capital del Estado de Quintana Roo, muy cerca de la frontera con Belice. Vieron que esa región fue una de las que fueron visitadas primero por los españoles. Allí se construyó una de las primeras capillas de indios.

—Así que son tres poblaciones mayas que estaban habitadas todavía en el Posclásico —apuntó Eric.

—Exacto, que es de la época de la que son las páginas de códice. La de Maní y la que procede de Petén, que supongo que podría haberse encontrado en Tayasal. Pues si ahora tenemos las tres localizaciones sólo nos faltaría saber a cuántos kilómetros equivale una legua.

—Sí, pero no sé si va a ser tan fácil. Porque, por lo que recuerdo, en

aquella época las medidas no estaban regularizadas. Creo que una legua puede tener distintos valores.

—Mmm. Supongo que tienes razón.

—También nos haría falta un buen mapa. Porque lo podríamos mirar en el ordenador, pero creo que en papel vamos a hacer los cálculos mejor.

—Los únicos que tengo son los de la *Lonely Planet*.

—Son demasiado pequeños.

—¿Tú tienes alguno?

—En España. Aquí no. Pero supongo que encontraremos en alguna librería.

—¿Vas tú a buscar el mapa y me quedo yo a mirar lo de las leguas en internet? Si no encontramos nada, supongo que podemos ir a alguna biblioteca.

—Sale. Pero te tendrás que levantar para que vaya.

—Pues en un momento —dijo, y le dio un largo beso—. ¿Sabes? ¡Me gusta que hagamos equipo!

Fue con el coche al centro y en una librería compró varios mapas a escala de México y Centro América. Luego entró a una papelería y compró un compás y varias reglas milimetradas de distintos tamaños. Después volvió a la casa. Alba estaba enfrascada con el ordenador.

—¿Cómo vas? ¿Has encontrado algo? —le preguntó mientras desplegaba el mapa más grande sobre la mesa.

—Sí, sí —dijo ella abstraída tomando notas—. Ahora mismo estoy contigo, ya casi lo tengo.

—Muy bien —Eric siguió poniendo sobre la mesa lo que acababa de comprar.

—¡Ya! —anunció ella.

—¿Y bien?

—Pues he descubierto que en esa época se solía medir en leguas castellanas en España y en América, pero que había diferentes tipos de leguas. Por un lado estaba la legua legal y por otro la común. La legal se usaba más bien para medir terrenos, mientras que la común era la que se empleaba para las distancias e itinerarios. Así que debe ser ésa.

—Supongo que sí, si es que estaban al tanto de este punto. Y entonces, ¿a cuánto equivale una legua común castellana?

—A 6.666 varas castellanas.

—Ah, pues me quedo igual.

—Ya voy. Ya voy. Una vara castellana son 0,835905 metros. Así que una legua equivale a un poco más de 5,5 kilómetros.

—¡Bendito Sistema Metrico Decimal!

—Y que lo digas, antes debía ser un caos. Porque estamos hablando, por ejemplo, de varas castellanas, pero es que había muchas otras y cada una medía una cosa. Bueno, voy haciendo los cálculos, te los doy en kilómetros y tú lo mides en el mapa.

—Muy bien.

A Eric no le costó demasiado localizar Maní.

—La distancia desde Maní son 54 leguas. Eso en kilómetros ¿cuánto será? —preguntó él.

Alba hizo la transformación con la calculadora de su ordenador.

—Pues son 297 kilómetros.

Eric miró la escala en la que estaba el mapa. Luego tomó el compás y lo abrió sobre la regla milimetrada hasta el equivalente a 297 kilómetros en la escala del mapa.

—Venga, Magallanes, date prisa —se burló ella.

Clavó la punta del compás en el mapa, justo donde se encontraba Maní y trazó un círculo. Alba le dio a continuación la distancia desde Tayasal, que eran 93,5 kilómetros y luego desde Oxtankah, que equivalía a 159,5 kilómetros. Eric terminó de trazar los círculos.

El que tenía como centro Maní y el que tenía como centro Tayasal se cortaban en dos puntos, ambos hacia el norte del Petén. El que tenía como centro Oxtankah se cortaba con el de Maní en un punto cercano a los que se cortaban los otros dos y en otro mucho más alejado, en pleno Mar Caribe. Mientras que el círculo de Tayasal y el de Oxtankah se cortaban en otros dos lugares, uno de ellos cerca de la frontera entre Guatemala y Belice, y el otro en el norte de Petén, muy próximo a los otros, aunque no llegaban a tocarse. Alba se sentó sobre las piernas de Eric para ver mejor el mapa.

—Bueno, teniendo en cuenta que no tenemos ni idea de cómo midieron en su momento, que ignoramos la localización exacta del lugar desde el que se empezó a contar en cada sitio la distancia, los redondeos, la escala del mapa y quién sabe cuántas cosas más... hubiese sido un milagro que los tres círculos hubiesen coincidido en un punto. Pero creo que nos hemos aproximado bastante —dijo Eric, y tomando el compás lo clavó en el punto central en donde los círculos estaban más próximos. Lo abrió un poco y trazó otro—. Si las cuentas no nos fallan el sitio al que se refieren los textos debe

estar aquí. Al noreste de Petén, no muy lejos de la frontera de México y la de Belice.

Midió la abertura del compás.

—Pongamos que debe de localizarse en un radio de unos diez kilómetros alrededor de ese punto.

—¡Yuju! ¡Seguro que está ahí! ¡Una X marca el lugar!

—Bueno, es más bien un círculo. Pero me pone muchísimo lo de que cites a Indiana Jones.

—Ya lo noto, ya.

—Jo, es que ya te podías haber vestido mientras iba a comprar. Que además se te está cayendo la toalla.

—¡Ey, estaba investigando! Además, ¿quieres que me vista?

—No, ¡qué va!

—¿Pues entonces de que te quejas? Vamos a acabar con esto y luego a ver qué hacemos con la toalla.

—Bueno.

—Bien, tenemos el punto, pero ¿cómo llegamos hasta allí? Esto parece estar perdido en mitad de la selva.

—Pues sí, eso parece. No lo sé, tal vez haya alguna forma de llegar desde el sur de Campeche, desde donde estuvimos el otro día. Aunque quién sabe si hay alguna forma de cruzar la frontera por allí y si existe algún paso. Posiblemente no. Pero... Tal vez podamos llegar más fácilmente por el otro lado.

—¿Desde Guatemala?

—Cabal.

—¿Cómo que cabal?

—Digo que eso es. Desde Guatemala. Tengo un amigo arqueólogo que trabaja en el norte de Petén, se llama Teo. Es más, creo que deberíamos mandarle esta coordenada y que él nos diga si allí hay algún sitio arqueológico o algo así. Y posiblemente pueda indicarnos la mejor manera de llegar. Además, no me extrañaría que supiese de la existencia de alguna ciudad maya importante por allí. Lleva ya bastante tiempo trabajando por la zona.

—No sé. ¿Cómo de amigo es ese Teo?

—Un buen amigo. Podemos confiar en él.

—Vale, pues escríbele y a ver qué nos dice.

—¿Qué día es hoy?

—Veinte de septiembre. ¿Por?

—Porque allí donde está no hay internet y trabajan en planes de veintidós días seguidos. Luego tienen ocho de descanso. Si no me fallan las cuentas por la última vez que nos escribimos debería estar saliendo en dos o tres días. Entonces podrá ver el correo. Así que, si te parece, le escribo, esperamos a que nos conteste y cuando lo haga, si nos conviene, nos vamos para allá.

—Me parece muy bien —dijo ella poniéndose en pie y dejando caer la toalla con aire distraído.

6 chuwen 19 ch'en

San Francisco de Campeche, México.

Habían pasado diez días desde que Eric escribió a Teo y todavía no había tenido respuesta. Le resultaba extraño que no hubiese contestado, pero suponía que era posible que la temporada de campo se hubiese alargado algo más de lo previsto. Decidieron esperar una semana más para ver si les escribía y si no irían de todos modos a Petén a buscarlo.

El treinta de noviembre salieron cerca del mediodía con el coche para visitar el Museo Arqueológico de Campeche en el Fuerte de San Miguel. Tenían intención de ir a comprar al supermercado, pero antes decidieron ir a comer en el centro de Campeche, en un restaurante elegante situado entre el Baluarte de la Soledad y la Puerta del Mar.

Aparcaron en las afueras del recinto amurallado de la ciudad —muralla que en sus días la protegía de los constantes ataques de los piratas—, en una pequeña explanada junto al Circuito Baluartes. Después, fueron caminando hacia el centro bajo el abrasador sol, dejando atrás la Catedral de Nuestra Señora de la Purísima Concepción para finalmente llegar al local. Una mesera ataviada con un elegante huipil bordado los acompañó hasta una mesa. Pidieron pan de cazón, que es un pequeño tiburón que abunda en el Golfo de México y a partir del cual se elaboran diferentes platillos característicos de la región, y pulpo en su tinta, aprovechando que era temporada. Tras la comida les pusieron un margarita de tamarindo para ayudar a hacer la digestión y después de pagar abandonaron el local.

Se dirigieron a la plaza y desde allí siguieron por la Calle 57. Habían pensado recorrer un rato el centro, pero todavía hacía demasiado calor. Las calles estaban casi desiertas. De modo que optaron por dirigirse al coche e ir de compras antes.

En ese momento Eric tuvo una sensación extraña. Así que mientras caminaban se paró a mirar un escaparate, sujetando a Alba de la mano para que se detuviese junto a él. Arrancó a caminar y enseguida se detuvo echando un vistazo atrás.

Estaba allí. A menos de una cuadra de distancia.

Era Blas Tejero, el tipo que lo había retenido y torturado en Mérida. Cuando Eric se volvió, él se detuvo y se giró a mirar para otro lado con aire distraído.

Eric y Alba siguieron caminando.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

Él se lo explicó.

—¿Y qué hacemos?

—Vamos a seguir caminando hasta la Calle 14 tranquilamente y en cuanto giremos a la izquierda vas a salir corriendo hacia el coche. Espérame allí.

—¿Y tú?

—Yo voy a romperle la cara a ese hijo de puta.

—¡No! ¡Ven conmigo!

—Enseguida. No te preocupes, no voy a tardar. Sólo voy a retrasarlo a él un poco.

—¿Estás seguro?

—Y tanto.

Doblaron la esquina y Alba corrió. Eric caminó un poco más y busco resguardo en un soportal. Se agazapó y esperó.

Llevaba en la mano las llaves de la casa. Tenía el puño cerrado con fuerza y las puntas metálicas de éstas sobresalían de entre sus nudillos.

Blas Tejero pasó a su lado sin verlo.

Entonces se levantó, se puso detrás de él, le tocó la espalda con la mano izquierda y cuando se volvió le lanzó un puñetazo de abajo a arriba, directo a la cara. Un fino chorro de sangre salió despedido cuando las llaves desgarraron la piel. Blas cayó de rodillas al suelo llevándose las manos al rostro y gritando. Eric le dio un rodillazo en la nariz, que crujió al romperse. Se desmayó y se desplomó de espaldas. Eric no sabía si maldecir o dar las gracias por ir calzado con chanclas, porque lo que de verdad deseaba era reventarle la cabeza a patadas a ese cabrón.

Se quitó las chanclas y corrió. El suelo quemaba

Salió de la calle y enfrente, al otro lado, vio el coche. Alba lo estaba esperando, apoyada en el capó.

—¡Ponlo en marcha! —gritó mientras esperaba a que parase un poco el tráfico para poder cruzar.

—¿Qué? —preguntó ella.

—¡Que arranques, coño!

Ella se metió al interior del vehículo e hizo lo que le decía. Cuando Eric llegó se tumbó en el suelo y se arrastró debajo del coche, sacó el teléfono del bolsillo y lo encendió para iluminar el espacio con la pantalla. No tardó en encontrar lo que buscaba, pegado bajo una de las ruedas con un potente imán. Tiró del objeto y tras un breve forcejeo consiguió despegarlo. Cuando salió de debajo del vehículo, Alba le preguntó:

—¿Qué es eso?

—Un transpondedor, o eso creo. Esto marca la posición vía satélite y la transmite a un receptor. Me parece que han estado controlando todos nuestros movimientos.

—¡Cabrones! ¿Pero qué es lo que quieren de nosotros a estas alturas? Abandonaron las hojas de código, te dejaron libre o al menos no te mataron. ¿Qué buscan?

—Y yo qué sé.

Eric se acercó al vehículo que estaba aparcado delante del suyo. Se agachó junto a la rueda trasera y adhirió el transpondedor al metal. Entró al coche por la puerta del copiloto.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Alba.

—No lo sé. Pero de momento lo mejor es que nos alejemos de aquí.

—Vale. ¿Hacia dónde me dirijo?

—Creo que a casa.

—¿A casa? ¿No irán a por nosotros allí?

—Quién sabe... Ese hijo de puta va a tardar un rato en recuperarse, pero no sabemos quién más puede estar detrás de nosotros. ¿Y si nos largamos de la ciudad una temporada?

—Me parece bien, pero ¿adónde vamos?

—A Petén. Encontremos ese lugar y acabemos con esto.

—¿Y qué hacemos con el coche?

—Pues dejarlo aquí.

—Pero si es que tenía que devolverlo la semana que viene.

—Ya lo regresaremos cuando volvamos. Y si no volvemos... ¿qué más da? Que se apañen los de la rentadora. Además, tienen la dirección, ya vendrán a buscarlo.

—Claro que vamos a volver, no seas agorero. Nos van a cobrar una pasta.

—Joder, tía. Que estás forrada.

—Mira, es verdad. Es que a veces se me olvida, no me acabo de acostumbrar. Va, pues vamos. ¿Crees que encontraremos allí a ese amigo tuyo que pensabas que podría ayudarnos a localizar el lugar indicado en las hojas?

—Seguro. Me dijo que iba a estar en campo hasta mediados de diciembre. Así que si no está en Flores, que es lo más probable ya que no ha contestado, debe estar todavía en la excavación. Además, allí estaremos seguros, el sitio donde trabaja se encuentra en mitad de la selva.

Alba condujo hasta la casa, dejó el coche de mala manera junto a la puerta y fueron a preparar el equipaje. No sabían cuánto tiempo iban a ausentarse, así que llenaron un par de maletas pequeñas con lo más importante: los pasaportes, los ordenadores, algo de ropa limpia, los cargadores de los teléfonos... Ya comprarían lo que necesitasen por el camino. Alba le dejó pagados dos meses a la señora que se encargaba de limpiar y le contó que se iban a pasar unos días a Playa del Carmen. Lo mismo le dijo al chico que se encargaba de vigilar la casa. Además, le dio las llaves del coche y le pidió que fuese a comprar unas cosas al supermercado y lo mandó a varios sitios por si seguían controlando el vehículo.

Entretanto, Eric llamó un taxi y un rato después éste los estaba esperando en la puerta. Mientras llegaba habían estado viendo de qué forma podían llegar hasta Petén llamando la atención lo menos posible. Sin dar nombres ni datos. Eso descartaba los aviones, por supuesto, y las compañías de autobuses de primera clase. Vieron que no sería difícil cruzar desde Tabasco.

Pidieron al taxista que los llevara a la terminal de autobuses de ADO, en donde compraron un par de billetes nominativos con destino a Playa del Carmen. Después salieron, fueron a un OXXO cercano donde compraron unas botellas de agua. Al salir subieron a otro taxi que había parado en la puerta y le pidieron al conductor que los llevara al mercado. Desde allí salían los microbuses a distintas localidades ubicadas a corta y media distancia de San Francisco de Campeche.

Se subieron al primero que tenía salida, que ya tenía el motor en marcha. Iba hacia el sur, hasta Champotón. De modo que les iba bien. Desde allí podrían continuar en dirección a Tabasco.

7 eb 0 yax

Champtón, México-Flores, Guatemala.

Habían salido muy temprano del hotel y tomado una combi hasta Escárcega. Desde allí un autobús de segunda clase a Villahermosa, capital del Estado de Tabasco. Pensaban hacer noche allí y continuar al día siguiente hacia la frontera. Tal vez aprovechar para visitar el Parque-Museo de la Venta y su magnífica colección de arte olmeca, si es que se sentían seguros. Pero al salir de la terminal de autobuses vieron que algo no estaba bien.

Subieron a un taxi y empezaron a ver destrucción por todos lados. Cuando le preguntaron al taxista les contó que había habido unas terribles inundaciones, que el Usumacinta estaba a punto de desbordarse y que buena parte de la ciudad se encontraba en un estado ruinoso. Las calles estaban cubiertas de agua y lodo, y se esperaba que las cosas se complicasen más. De modo que decidieron regresar a la terminal de autobuses y continuar el viaje para el sur. Subieron en un autobús rumbo a Tenosique.

Allí se alojaron en un hotel básico, aunque limpio, cerca del centro, en la vía principal y en las inmediaciones del mercado, desde donde al día siguiente pensaban tomar el primer transporte con rumbo a la frontera de El Ceibo. Todavía era temprano y buscaron un taxi que los llevase a visitar las ruinas de Pomoná y su pequeño museo.

Regresaron al hotel y esperaron allí a que pasase una intensa lluvia. Después salieron a pasear por la población, comprobando que por allí el río Usumacinta estaba realmente crecido y corría con furia hacia el norte.

Cenaron en un lugar sencillo, con mesas de madera toscas cubiertas por manteles rojos. La iluminación de tubos fluorescentes era espantosa, pero la comida muy buena. Probaron en pejelagarto, un pez con un aspecto intimidante, como de monstruo antediluviano, aunque de un sabor exquisito, y se fueron pronto a dormir para partir temprano al día siguiente.

Alba se despertó vomitando y aunque Eric le propuso aplazar el viaje, ella rehusó alegando que lo más probable era que el pejelagarto no le hubiese sentado demasiado bien. Tras un desayuno ligero y con Alba ya repuesta, un

reutilizado autobús escolar de los Estados Unidos completamente desvencijado fue el encargado de transportarlos hasta la frontera de El Ceibo. Tardaron algo más de una hora en llegar al paso fronterizo, que en realidad distaba unos cincuenta kilómetros de Tenosique. Patrullas del ejército detuvieron el autobús un par de veces pidiéndoles a los pasajeros la documentación.

—¿Por qué tanta seguridad? —se interesó Alba.

—Es que éste es uno de los principales pasos de migrantes de Centro América que van con rumbo a Estados Unidos —explicó Eric.

—Ah, por aquí es por donde cruzó el chico que le vendió a Chepe la página de Petén.

—Eso es.

—Pero lo normal sería que revisasen los transportes que van hacia Tenosique, ¿no? No los que van para Guatemala.

—Los revisan todos, para un lado y para otro. Además de gente que intenta cruzar por sus propios medios, hay también tráfico de personas y de otras muchas cosas. Es una zona un poco peligrosa. Están planeando abrir una nueva ruta en la parte de Guatemala para llegar directamente a esta frontera. Supongo que cuando lo hagan se regularizará un poco la situación —aclaró Eric.

—¿Ya habías venido por aquí antes?

—No. He cruzado otras veces la frontera de Guatemala y México por tierra, pero por el Usumacinta, entrando a Chiapas. Para ir a visitar Yaxchilán, Bonampak y Palenque.

—¿Palenque? De allí es de dónde proceden esas piezas que vimos en Madrid, en el Museo de América, ¿verdad? Las de la expedición de Del Río.

—Exacto. Buena memoria.

—Me gustaría mucho que fuésemos a visitar ese sitio.

—Podemos ir cuando regresemos a Campeche. Cruzamos la frontera por allí y lo visitamos. Hay que dar algo más de vuelta, pero tampoco tanta. Y merece la pena. Te va a encantar, ya lo verás.

Después de cruzar el puesto migratorio de México subieron a una lancha amplia de madera con la que remontaron junto a otros viajeros el curso del río San Pedro y San Pablo en dirección a la población de El Naranjo, ya en el lado de Guatemala. El río iba muy crecido, era evidente que en todo el sur había estado lloviendo intensamente.

En temporada seca, con el río más bajo, era habitual ver cocodrilos

soleándose en la orilla. En esos momentos sólo vieron uno que tenían atrapado con dos ganchos metálicos en un cayuco que se cruzaron.

Tras desembarcar, pasaron por la caseta fronteriza guatemalteca: un edificio de bloques de hormigón que parecía estar a punto de caerse y que se encontraba al lado del río. Junto a ella había un par de estelas mayas bastante deterioradas.

Subieron luego a un microbús completamente machacado y con una enorme pegatina que cubría la mayor parte del parabrisas y en la que ponía «Cristo me guía». Hecho que era «tranquilizador», porque la pegatina apenas dejaba una rendija por la que ver la calzada. El camino no estaba asfaltado y se encontraba lleno de baches y piedras sueltas. Una nube de polvo los perseguía mientras ellos avanzaban al ritmo de cumbias de la Sonora Dinamita, que resonaban a todo volumen en los altavoces del vehículo.

En la frontera había subido muy poca gente, pero paraban en cada población, y a veces en medio de la nada, para que subieran y bajaran los pasajeros. Llevaban un par de horas cuando en el asiento de delante se sentó una chica joven con la que presumiblemente era su hija en brazos. La niña tenía el cabello castaño y la piel clara, a diferencia de su madre que era muy morena. Se quedó mirando un rato a Eric y entonces, con cara de interrogación, preguntó:

—¿Papá?

Alba se partía de risa y también la madre de la niña, mientras Eric trataba de explicarle que no era su padre.

Tras muchas horas de traqueteo y con el trasero hecho polvo, llegaron cerca de las tres de la tarde a la terminal de autobuses del Mercado Nuevo de Santa Elena y allí se subieron a un tuk-tuk, una pequeña moto de tras ruedas cubierta con un toldo rojo, que traqueteando los llevó cruzando el puente hasta la isla de Flores.

Se alojaron en un hotel bastante bueno en la calle principal de la población, con unas magníficas vistas al lago y al islote de Santa Bárbara. Eric fue a comprar unos chips telefónicos de Guatemala para poder hacer llamadas desde el móvil mientras Alba se daba una ducha. Cuando regresó, ella le preguntó dónde podía encontrar una farmacia. Eric se lo indicó y se ofreció a acompañarla, pero Alba le dijo que era mejor que se bañase mientras iba ella.

Tras haberse quitado ambos el polvo del camino —expresión que después del recorrido que habían hecho por las vías de terracería cobraba

pleno sentido—, salieron a recorrer la isla para ver si podían localizar a Teo. Preguntaron en la lavandería y en varios de los bares donde Eric sabía que conocían a Teo, por haber ido con él alguna vez. En casi todos los sitios les dijeron lo mismo. Que hacía más de un mes que no lo veían por allí y que debía haberse quedado en la excavación, salvo uno de los meseros que les dijo que le parecía haberle escuchado comentar que tenía que ir a ver unos materiales a la bodega de Tikal

Era evidente que allí no lo iban a encontrar, de modo que mientras cenaban en una especie de embarcadero móvil que al anochecer daba una vuelta por el lago impulsado por un motor, determinaron ir al día siguiente a buscarlo a la excavación. Alquilarían un vehículo a primera hora de la mañana e irían primero a Tikal, pues aunque Eric estaba casi convencido de que no lo iban a encontrar allí, les venía casi de paso. Si no lo encontraban seguirían hasta Yax-ha. Tal vez Teo estuviese allí, trabajando en el laboratorio. Si no era así, se adentrarían por la selva hasta Sac-ha, que era el lugar en el que el arqueólogo llevaba varios años trabajando.

CAPÍTULO V

Codex

8 ben 1 yax

El Petén, Guatemala.

—¿Voy bien así? —preguntó Alba.

—Estás muy sexy, Lara Croft, pero ponte unos pantalones largos que vamos a la selva de verdad. No es como en estos sitios a los que fuimos en la Península de Yucatán, que están ya completamente acondicionados para los turistas. Aquí hay muchas cosas que pueden cortar, pinchar y raspar. Por no hablar de los bichos...

—Vale, vale. Voy a cambiarme.

—Pero espera, no te lo quites aún.

—Ah, ¿no? ¿Es que quieres jugar a las exploradoras?

—Bueno, es que aún tenemos un rato hasta que abran la rentadora de autos. Y una cama, que a saber cuándo volvemos a ver una... Así que, sí que me gustaría...

Más tarde, alquilaron un picop Toyota con tracción a las cuatro ruedas enfrente del aeropuerto y de allí regresaron a Santa Elena para comprar algunas cosas que Eric consideraba que les podían hacer falta: linternas, pilas, unos sacos de dormir... Además de alimentos y bebida. Después tomaron la carretera en dirección a Belice hasta llegar al cruce de Ixlú, donde se desviaron al norte para ir a Tikal por una carretera pavimentada y flanqueada por señales de tráfico amarillas que prevenían del posible paso de venados, jaguares, serpientes y pavos ocelados.

—La primera vez que supe de Tikal fue a principios de los noventa por Indiana Jones —iba diciendo Eric.

—Eh, espera. No soy ninguna experta, pero no me suena de nada que Indiana Jones estuviese en Guatemala en ninguna película.

—Ah, es que no me refiero a las películas. Me refiero al videojuego: *Indiana Jones and the Fate of Atlantis*. ¿Sabes qué me hizo mucha gracia? No hace mucho volví a jugarlo en un emulador de juego antiguos...

—¿Un emulador? Eres un poco friqui, ¿no?

—Un poco. ¡Pero es que es un clásico! Bueno, a lo que iba, resulta que

me di cuenta de que aunque se suponía que parte de la acción pasaba en Tikal, en realidad lo que habían representado era el Castillo de Chichén Itzá, en Yucatán.

—Pues eso, pero friqui, friqui...

Dejaron el coche aparcado en lo que anteriormente, años atrás, era una pista de aterrizaje para avionetas. Fueron caminando hacia el acceso y allí preguntaron por Teo. El hombre que atendía la taquilla realizó unas llamadas por radio, al cabo de un rato les confirmó que el arqueólogo no estaba allí y que hacía tiempo que no sabían nada de él, a pesar de que había obtenido permiso para estudiar algunos materiales conservados en la bodega del sitio. Aprovechando que estaban allí decidieron visitar el lugar, y tras pasar junto a la enorme ceiba que da la bienvenida al parque arqueológico, emprendieron el recorrido largo. Eric le explicó a Alba que la parte que estaba abierta al público ya era muy extensa, pero que el sitio era inmenso y a pesar de que hacía más de un siglo que se había estado trabajando allí, sólo se había llegado a excavar y restaurar una pequeña parte en el área central de la urbe. Pronto vio que todo era distinto en Petén, en comparación con lo que habían visto en el norte de la Península de Yucatán. Los edificios eran realmente imponentes, igual que la vegetación, compuesta por caobas, ceibas, ramones, jocotes... Y otras especies que superaban los cuarenta metros de altura.

Las construcciones parecían competir con la vegetación para alcanzar la cima de la inmensa cubierta vegetal. Así, pasaron por los complejos de pirámides gemelas, y luego fueron al norte para visitar el Grupo H y los Complejos P y M.

Después se encaminaron hacia el sur por la Calzada Maudslay. Subieron a la estructura superior del Templo IV, el edificio más alto del sitio, desde donde se podían ver las cresterías de los otros grandes templos: el I, el II y el III a un lado y el V en otro, mientras los pizotes correteaban a sus pies buscando comida.

Tras descender, continuaron bordeando el Templo III y se desviaron hacia el sur para visitar Mundo Perdido y la Plaza de los Siete Templos. Donde hacía poco habían dado comienzo los trabajos de excavación y restauración por parte del equipo de Cooperación Española.

Regresaron al norte por otro sendero y se sentaron un rato a tomar un refresco en el puesto ubicado a las espaldas del Templo II. Luego siguieron a la Gran Plaza conformada por el Templo I, el Gran Jaguar; la Acrópolis Norte, con sus enormes mascarones de piedra visibles en las subestructuras

abiertas; el Templo II y la Acrópolis Central.

Se saltaron la visita al Templo VI, porque se estaba haciendo ya un poco tarde y no querían que les atrapase la noche en el camino. Así que, dejando atrás el Juego de Pelota con motivos decorativos teotihuacanos, se dirigieron a la salida realmente satisfechos, pues además de los magníficos monumentos habían alcanzado a ver un montón de animales: monos araña, mapaches, loros, tucanes, guacamayas, monos aulladores y una cotuza.

Comieron tepezcuintle, un roedor que vive de forma salvaje en los bosques húmedos y cuya carne es exquisita, en uno de los comedores situados un poco retirados de la entrada. Después subieron al coche y regresaron hasta el cruce de Ixlú, donde tomaron la carretera principal hacia el este.

—¿Por qué vas tan despacio?

—¿Despacio? Espérate, que no sabes lo que son las carreteras aquí...

Unos minutos después, Eric tuvo que detener prácticamente el coche y salir de la calzada pavimentada para evitar un gigantesco bache lleno de agua.

—¡La leche! —exclamó Alba.

—Ya te lo había dicho. Y conforme nos vayamos alejando del área central y nos acerquemos a Belice se va a poner peor. Además, parece que ha estado lloviendo muchísimo.

Cuando estaban llegando a la aldea Las Viñas —un topónimo curioso para un lugar en el que probablemente jamás había crecido una cepa y mucho menos un viñedo—, el cielo se cerró de repente y Eric se orilló en la carretera frente a una tienda. Un edificio hecho de madera y cubierto con lámina metálica.

—¿Por qué paramos? —preguntó Alba.

Antes de que Eric pudiese contestar sonó un trueno y comenzó a caer agua a pozalazos.

—Vamos a esperar un rato aquí a que deje de llover.

—Ajá, buena idea.

Acercó más el vehículo a la tienda y sólo por bajar y correr los pocos metros que los separaban de la cubierta que antecedió el edificio acabaron casi empapados. La lluvia tardó en pasar un rato y mientras se tomaron unas cervezas Gallo.

Después avanzaron un poco más con el todoterreno por la carretera principal y al llegar a la aldea de La Máquina giraron a la izquierda por el camino de terracería que se adentraba en la selva. Estaba anocheciendo, pero

todavía se veía sobresalir, a lo lejos, entre la espesura, la crestería de la Estructura 216 de Yax-ha.

Cuando llegaron a la talanquera del campamento de Yax-ha, Eric paró el motor y se bajó del coche. Pronto se acercó uno de los guardianes del sitio para ver qué quería. Le preguntó por Teo y éste le empezó a explicar que el arqueólogo no estaba. Entonces escuchó una exclamación a sus espaldas.

—¡Púchica! ¿Cómo así, don Eric? No lo esperábamos por acá.

Eric se giró. Era Vitalino, uno de los trabajadores del proyecto de Teo en Sac-ha, al que había conocido durante su primera visita a Petén. De hecho, se podía decir que le debía la vida. Pues si no hubiese sido por él y su habilidad al volante, hubiese salido de Melchor de Mencos con los pies por delante. Después habían coincidido alguna vez más y se llevaban muy bien.

—¡Hombre, don Vitalino! ¡Qué alegre! —dijo estrechándole la mano—. Mire, le presento a Alba. Alba, éste es don Vitalino. Se dieron la mano.

—Ah, ¿es su *traida*?

—Algo así.

—¿Y qué onda?, ¿vienen a pasear o querían ver a Teo?

—Queríamos ver a Teo, aunque ya nos han dicho que no está aquí.

—Sí, pues, no se encuentra. Sigue en Sac-ha. La temporada se nos alargó más de lo esperado. Pero ya mero estamos de salida. Teo se quedó a ultimar una chambita y ya comenzamos a sacar las cosas. Pero el camino está bien enlodado y como salíamos con el picop cargado con los materiales nos quedamos trabados.

—¿Entonces no se puede llegar en carro?

—Está bien difícil. Pero pueden venir con nosotros mañana. De hecho, yo vine a buscar unas mulas para ir halando el material hasta acá y a ver si con ellas logramos sacar el picop. Mañana en la mañana iremos hasta el carro un par de veces para traer las cajas y luego entraremos hasta Sac-ha. Si gustan, pueden aprovechar para conocer por acá y ya vienen en el último viaje. Así tienen chance de subir a las ruinas —indicó señalando hacia el lugar en el que se encontraba la antigua ciudad maya de Yax-ha—. Aunque usted ya conoce. O tal vez, si platican con los compañeros los llevan en la barca hasta Topoxté.

—Claro, eso estaría muy bien. ¿Nos podemos quedar aquí a pasar la noche? Si es problema podemos alojarnos en El Sombrero —dijo, refiriéndose al ecohotel cercano.

—No hay clavo. Puedo pedir que les preparen un cuarto o se pueden

quedar en las hamacas.

—En las hamacas está bien, no queremos molestar —dijo Eric, pensando que no estaba de más que Alba se fuese acostumbrando en un sitio más amigable que en mitad de la jungla.

—Está bueno. ¿Necesitan cobijas? En la mañana hace *friíto* en la orilla del lago.

—No, gracias. No hace falta. Tenemos sacos de dormir.

Vitalino subió al coche con ellos y los acompañó hasta donde estaba el hamaquero. Por el camino les preguntó si traían comida y ellos le dijeron que sí. Les ayudó a descargar sus cosas y a llevarlas al hamaquero, y les dijo que no tuviesen pena en utilizar la cocina. Luego se despidió hasta el día siguiente, porque, según les explicó, todavía tenía muchas cosas que hacer. Picaron algo y enseguida se quedaron dormidos en las hamacas.

9 ix 2 yax

El Petén, Guatemala.

Los despertó un pájaro carpintero que picoteaba enloquecido un ramón cercano poco antes del amanecer. Alba se cambió a la hamaca de Eric y se acurrucó junto a él mientras empezaba a salir el sol.

—Para la próxima vamos a comprar una hamaca para dos.

—¿Eso existe?

—Claro que sí, patojita.

—¿Qué me has llamado?

—Uh, niña.

—Aquí hablan rarísimo. Habláis...

—Te acostumbrarás enseguida, ya lo verás.

La vida volvió a la selva y pronto se llenó de los sonidos de los pájaros y de los monos aulladores. La niebla se iba levantando cubriendo por completo el lago Yax-ha. Cuando se retiró, se veían varias de las estelas que iban dejando los cocodrilos tras dar su vuelta matinal y regresar a la orilla de enfrente del lago, más alejada de la presencia humana.

Muy temprano, Vitalino fue a verlos mientras estaban en la cocina preparando el desayuno, y les dijo que había hablado con el encargado de la barca y que podía llevarlos a visitar Topoxté. Les pidió que estuviesen listos sobre las dos de la tarde, que entonces iría a buscarlos para que saliesen hacia Sac-ha.

Un rato más tarde, el lancharo los estaba esperando en el embarcadero en el Quetzal Flotante, una barca amplia de madera con cubierta. Tras un corto viaje llegaron al otro lado del lago, justo enfrente, a la isla y sitio arqueológico de Topoxté. Mientras paseaban por las ruinas, pequeñas en extensión y magnitud de las construcciones, a diferencia de las de Tikal, Eric le explicaba a Alba que Topoxté había tenido su momento de ocupación más significativo en el Posclásico, mientras que la ciudad principal en el lago durante el Clásico era Yax-ha, a donde irían después. Le contó que, en general, los grandes núcleos urbanos de esa región de Petén, las grandes

ciudades mayas durante el Clásico, habían sido abandonados entre el 900 y el 1000 d.C.

Poco después, algunas se reocuparon, pero no de forma intensiva, y tomaron importancia otros centros que eran de menor envergadura y que habitualmente se encontraban cerca de fuentes naturales de agua. Algo a lo que al parecer anteriormente no le daban demasiada importancia, pues si bien había ciudades cerca de lagos o ríos, como la propia Yax-ha, otros muchos enclaves urbanos de enormes dimensiones, como Tikal, Naranjo, Mirador o Calakmul, se encontraban muy lejos de recursos acuíferos naturales. Con los problemas que eso implicaba, pues ya no sólo es que en ellas residiesen miles e incluso decenas de miles de personas que requerían el agua para su sustento, sino que para las magníficas construcciones que realizaban, que iban por completo estucadas, la necesitaban en tremendas cantidades.

Esto lo solventaban creando grandes depósitos denominados aguadas, en los que captaban el agua de la lluvia. En lo que suponía un notable ejercicio de ingeniería.

En Topoxté todo era de reducidas dimensiones, como si fuese una maqueta a escala de una gran ciudad. Además, el sitio era muy conocido por la magnífica ofrenda compuesta por objetos de jadeíta, cerámica y concha labrada, que se había hallado unos años antes.

Volvieron a la barca y el lancharo en lugar de llevarlos al lugar desde el que habían salido los dejó un poco más al oeste, a los pies de la Calzada del Lago. Tras subir la empinada cuesta que llevaba al sitio, recorrieron la Acrópolis Sur, el Grupo Maler y la Acrópolis Norte.

Luego se desviaron al este, y tras pasar por el Juego de Pelota y el Complejo de Pirámides Gemelas, terminaron la visita subiendo al templo superior de la Estructura 216 para apreciar las extraordinarias vistas del lago. Eric le prometió que la próxima vez subirían al atardecer para ver la puesta de sol.

Después regresaron al campamento, comieron y prepararon el equipaje, puesto que iba a tener que dejar el coche allí y llevarlo con las mulas. Vitalino llegó puntual a la hora acordada acompañado del arriero, un hombre de unos cuarenta años que se llamaba Orlando y que llevaba unas brillantes estrellas de metal ornando sus incisivos. Eric le explicó luego que allí mucha gente se decoraba los dientes y que los antiguos mayas lo hacían también, a veces se los limaban para darles forma y otras se los perforaban y se ponían pequeñas incrustaciones de jadeíta.

Alba y Eric empezaron a ayudar a cargar las mulas, pero les dijeron que no se preocupasen, y que mejor se tomaran un café mientras ellos lo hacían. Poco más tarde los llamaron para partir a Sac-ha.

Fueron caminando al lado de las mulas, que se encargaban de llevar todo el equipaje, a excepción de la mochila personal de cada uno. El camino, que en realidad era una brecha en la vegetación con el tamaño justo para que pasase un vehículo, zigzagueaba constantemente evitando los grandes árboles y estaba completamente embarrado. Tardaron unas tres horas en llegar. Teo no se encontraba allí, pero llegó mientras estaban acomodando sus cosas en la cabaña que Vitalino les había dicho que podían ocupar.

—El doctor Teoberto, supongo —bromeó Eric. Teo había defendido la tesis doctoral el año anterior.

El arqueólogo iba casi por completo lleno de barro.

—Pero ¿qué haces por aquí? ¡Vaya sorpresa! Y además acompañado.

Eric presentó a Alba y a Teo.

—¿Cómo no me has avisado de que veníais?

—Pues lo hice, te escribí hace un par de semanas, pero por lo que parece has estado aquí todo este tiempo. ¿Cómo vas?

—Completamente *enselvado*. Estoy a un par de tripis de que esto se parezca al rodaje de *Apocalypse Now*. Por cierto, no habrás traído nada, ¿no?

—Sólo ron.

—Bueno, menos da una piedra.

—Ey, son unas botellas de Zacapa.

—¡Hostia, Zacapa! ¿Es que te ha tocado la lotería? ¡Gracias! Pues id abriendo una mientras me aseo un poco y vamos a brindar porque estáis aquí.

—Dale las gracias a Alba. Yo te hubiese traído Indita.

—Cabron... —dijo mientras se alejaba—. Vengo enseguida.

Poco después estaban los tres en la cocina. Era el único edificio que tenía algo de iluminación, gracias a una placa solar y una pequeña batería.

—¿Y eso que habéis alargado la temporada? —preguntó Eric.

—Uf, hemos tenido un montón de líos durante toda la campaña. Hace unos meses estaba aquí mi novia...

—¿Tu novia? —lo cortó Eric.

—Eh, mi novia, mi amante... O lo que sea. Da igual. Una de las restauradoras. Sí, sí, ya sé que es un topicazo... El caso es que pilló un dengue hemorrágico que tuvimos que salir cagando hostias al hospital. Y de allí, en cuanto la estabilizaron, se fue volando para España. Tuve que retrasar

todo el trabajo de campo y encima llevamos una temporada de lluvias muy intensa.

—Sí, ya nos hemos dado cuenta. El Usumacinta va a rebosar. En Villahermosa están en alerta de inundaciones —apuntó Alba.

—Por acá también ha estado difícil la cosa. Varias comunidades se han quedado aisladas. Incluso estuvo cortada la carretera hacia Belice al sureste de acá, a la altura de La Pólvara. El Mopán se salió del cauce y todos los bajos por allá están inundados. Hay cocodrilos comiéndose vacas y caballos en los potreros...

—Joder... Oye, ¿qué es ese ruido que se escucha de fondo? —preguntó Eric.

—Uy, ni me hables, los trabajadores... ¡Se han traído una marimba! Todavía no tengo muy claro cómo se las han arreglado, porque es un trasto bien grande. Pero lo más cabrón es que lo único que saben tocar estos pisados es *Luna de Xelajú*. Así que todas las noches estamos en las mismas. Es una buena canción, pero vaya tela...

»En fin, que entre unas cosas y otras el trabajo se retrasó bastante. Ya lo dábamos por terminado hace unos días y ¡pum! En el último momento va y aparece un jodido muerto. Siempre igual... A punto estuve de dejarlo para la próxima temporada, pero como no sé todavía si va a haber próxima temporada, me dio pena el pobre cabrón. Así que me tocó atrasar el fin de la campaña y aquí seguimos.

»Pero bueno, ya está excavado, lo tengo dibujado y documentado y mañana lo levanto. Y con eso acabamos por ahora. Bueno, y a vosotros ¿qué os trae por aquí?

Eric le contó todo lo que había pasado hasta el momento y le pidió su ayuda para localizar el sitio.

—Joder, colega. Si es que te metes en unos berenjenales... A ver, ¿qué es lo que pretendéis hacer exactamente? Sois conscientes de que uno no puede llegar a un sitio y ponerse a excavar así como así, ¿verdad?

—Hombre, claro. Sólo queremos encontrarlo, si es que de verdad existe. Entonces ponerlo en conocimiento de las autoridades y que se encargue quien se tenga que encargar.

—Siendo así... Creo que os puedo ayudar.

Eric le enseñó el mapa y le explicó cómo habían calculado las distancias aproximadamente. Y que no tenía muy clara la ubicación de los puntos de partida, salvo la de Maní.

—Tengo las coordenadas, más o menos exactas, de esos tres sitios arqueológicos. A partir de las medidas que tenéis podemos hacer unos cálculos más ajustados con un programa de Sistemas de Información Geográfica. Tengo uno instalado en la *compu*, así que podemos verlo aquí mismo.

—Va, pues dale.

Teo llevó su ordenador y abrió el programa QGIS. Cargó un mapa base de Mesoamérica e introdujo las coordenadas de Maní, Tayasal y Oxtankah. Luego creó un *buffer* para cada sitio con la distancia que Alba había calculado. Los tres círculos que se generaron tampoco llegaban a cortarse en un único punto, pero casi lo hacían en el área aproximada que habían obtenido Eric y Alba. El radio de aproximación se veía así bastante reducido.

—¿Conoces la zona? ¿Sabes de algún sitio importante por allí? —preguntó Alba.

—Concretamente por allí no he estado nunca. Esto está más al norte de San Bartolo y al suroeste de Río Azul. Bastante lejos de aquí, a unos sesenta kilómetros hacia el norte. No hay ningún sitio muy importante registrado por allí. Al menos que yo sepa. Lo que no quiere decir que no lo haya. Esa zona está poco explorada.

—Pero ¿se puede llegar? —consultó Eric.

—Sí, claro. Caminando se puede. En temporada seca, apurándonos, podríamos estar allí en una jornada de caminata. Pero ahora, con las lluvias, como poco nos costará un par de días. Posiblemente más.

—Entonces, ¿vamos? —preguntó Alba.

—Sí, pero dejad que mañana termine con lo que me falta por hacer. Creo que podremos partir para allá pasado mañana.

—Bueno, pues un brindis porque la encontremos —dijo Alba—. Jo, este ron está buenísimo —sentenció, después de dar un pequeño sorbo. Luego dejó el vaso sobre la mesa mientras Eric y Teo daban cuenta de la botella.

11 kib 4 yax

El Petén, Guatemala.

Eric había estado varias veces en las ruinas de Sac-ha. La primera vez en 2004, durante el asunto del vaso para chocolate. Después había ido en un par de ocasiones más a visitar a Teo y a ver cómo iban los trabajos. De modo que el día anterior, tras el desayuno, fueron directamente a ver los avances de la última temporada y el enterramiento que estaba excavando el arqueólogo.

Teo les contó que habían estado trabajando en la Acrópolis Norte, liberando del derrumbe que colmataba un amplio palacio. Se lo mostró cuando llegaron, se trataba de un edificio de planta rectangular que había perdido casi por completo la bóveda que lo cubría, pero que aún se conservaba una parte importante de los muros de cierre. Se apreciaban claramente los tres vanos que desde el exterior permitían el acceso a dos cuartos laterales más pequeños y otro central mucho más grande. El interior de los muros conservaba buena parte del estuco que los cubría, y aquí y allá eran visibles algunos grafitos y manchas de color. En la zona central del cuarto grande había un pozo rectangular cuidadosamente trazado.

—Y aquí es donde está el muerto —había anunciado Teo—. La verdad es que salió por sorpresa, sólo quería hacer una pequeña cata para obtener algo de cerámica que nos permitiese datar la última fase constructiva del edificio. Pero fue romper el piso y enseguida nos apareció.

Alba y Eric se habían asomado al hoyo.

Cuatro bloques de piedra trabajados delimitaban el espacio en el que se encontraba el cuerpo, a modo de rudimentaria cista. El esqueleto se encontraba en posición flexionada sobre el lado izquierdo, con el cráneo orientado al sur y mirando al lateral.

Se habían arrodillado para verlo más de cerca.

Era evidente la deformación craneana y observaron que al menos uno de los dientes estaba decorado con una pequeña cuenta de jadeíta incrustada.

—No llevaba un ajuar importante —anunció Teo—. Sólo he encontrado unos fragmentos de cerámica del Clásico Terminal, una punta de pedernal y

algo bastante curioso: un montón de semillas de no sé qué chingados pueden ser. Parece que es un hombre joven, de entre unos veinte a treinta años. Pero ya nos dirá el antropólogo físico con mayor seguridad.

—Nunca había visto un esqueleto —había dicho Alba—. Impresiona un poco verlo así.

—Al final te acostumbras. Bueno, pareja. Yo me tengo que quedar a ver si acabo con esto. Eric ya se conoce el sitio y te lo puede enseñar —le dijo a Alba—. No os alejéis mucho y nos vemos a la hora de comer. Si todo va bien ya habré terminado entonces y podemos dejar las cosas organizadas para empezar con el viaje mañana a primera hora.

Así lo habían hecho y cuando terminaron fueron a preparar su equipaje. Luego se habían puesto a ayudar a embalar el resto de las cosas que debían transportar desde el campamento de Sac-ha hasta el de Yax-ha.

Teo llegó a la cocina pasado el mediodía y les dijo que ya había terminado con la excavación. También que había hablado con Vitalino y con Orlando, el arriero de las mulas, para que los acompañasen a buscar el sitio. Que llevarían comida y bebida para cuatro días, porque le era imposible acompañarlos durante más tiempo. Pero que si el lugar estaba donde debería estar, confiaba en que lo encontrarían. Les dijo también que mientras ellos estaban fuera los trabajadores que quedaban se encargarían de cubrir provisionalmente la excavación que iba a quedar expuesta y que luego saldrían todos juntos hacia Yax-ha. Y de allí a Flores.

Alba y Eric se mostraron de acuerdo y pasaron la tarde colaborando en lo que pudieron.

—¿Les ayudamos a cargar las mulas? —preguntó Eric a primera hora del día cinco de octubre.

—Uy, no. Qué va. Es todo un arte y lo único que haríamos es molestar. Los he visto transportar paquetes de huevos a través de kilómetros por la selva y llegar a su destino sin que se les rompiese ni uno. Dejad listas vuestras cosas y vamos a desayunar algo. Me temo que va a ser una caminata dura.

Y así fue, unos pocos kilómetros al norte de Sac-ha se toparon con una zona de bajos inundados que parecía extenderse bastante. De modo que los atravesaron, con el agua llegándoles por las rodillas y llenándose los pies de lodo. A partir de ahí, la caminata fue cada vez más ardua, pues con el calzado mojado con cada paso que daban arrastraban kilos de barro. La marcha la

abrían Teo y Vitalino, que con los machetes iban haciendo brecha cuando era necesario. Afortunadamente, no lo era demasiado a menudo. Tras ellos caminaba Orlando con las mulas y la carga. Y detrás iban Alba y Eric.

—Vaya, te apañas muy bien en el campo, ¿no? —apuntó Eric, ya que a pesar de lo duro del camino no mostraba signos de cansancio ni de agobio por las nubes de mosquitos que los acosaban de tanto en tanto.

—Es que fui Scout de pequeña. ¿Qué es esa peste? —preguntó al tiempo que se iba poniendo lívida.

—Sí, tienes razón, huele como... ¿A animal muerto? —preguntó Eric en voz alta para que lo escuchasen.

—A eso mismo —aclaró Teo y señaló hacia un lugar entre la espesura.

Se asomaron. Había un mono araña atado con una soga por el cuello y colgando de las ramas de una ceiba. Tenía el vientre abierto y varias heridas grandes que desgarraban la parte inferior del cuerpo.

—¡Joder! ¿Y eso? —preguntó Eric.

—Cazadores furtivos. Así atrapan a los jaguares —aclaró el arqueólogo.

Al acercarse Alba se agarró a un bejuco y vomitó.

—Oye, ¿te encuentras bien? —preguntó Eric poniéndole la mano en la frente para comprobar su temperatura—. Ya es la segunda vez que vomitas en pocos días. A ver si has pillado algo

—No, no. No es nada. Es este olor... Es asqueroso Ya estoy bien —aclaró ella—. Pensaba que a los jaguares les gustaba cazar —apuntó a continuación.

—Y les gusta, pero tampoco le hacen ascos a la carroña que puedan encontrar. Los cazadores atrapan a un mono, lo hieren y los gritos y el olor de la muerte atraen al gatito. Lo esperan escondidos y así es como los cazan.

—Pero es ilegal, ¿no?

—Claro, están en peligro de extinción, por eso digo que son furtivos. Pero sigue siendo algo demasiado habitual por aquí, creo que les pagan bien las pieles. También hay bastante contrabando de pájaros. Loros, sobre todo. Por cómo huele esto, parece que lleva ya unos días muerto. Supongo que los cazadores se habrán ido.

Habían parado luego un rato a comer un poco de fruta, unas barritas de cereales y a descansar. Continuaron después, pero por la tarde el camino se hacía mucho más pesado y todos daban muestras de agotamiento e iban arrastrando los pies.

Llegaron a un claro en el que alguien había montado un rudimentario

banco y una mesa con ramas de árbol, alambre y algunos clavos.

—Es un campamento chiclero —explicó Teo—. Vamos a pasar acá la noche, no tardará en ponerse a llover. Según el GPS hemos recorrido ya algo más de la mitad del camino. Bueno, a ver si el aparato agarra mejor señal en el claro y nos da la posición exacta, que dentro de la selva estos trastos casi no tienen recepción satelital y fallan más que una escopeta de feria.

Vitalino y Orlando descargaron las bestias. Luego Orlando las ató a un grueso ramón cercano junto al que había un charco. De inmediato se pusieron a abrevar. Mientras, Orlando rebuscó entre sus cosas y sacó unos espolones metálicos. Se los ató fuertemente a las piernas y comenzó a trepar por el árbol en el que estaban atadas las mulas llevando el machete entre los dientes. Al llegar arriba cortó unas cuantas ramas tiernas que cayeron al suelo y los animales empezaron a comérselas.

—¿Eso es lo que comen las mulas aquí? —preguntó Eric.

—Así es. Uno pensaría que en la selva podrían encontrar un montón de cosas para comer a su altura. Pero no. Hay que subir y cortar brotes, a ser posible. Los de ramón les gustan. Y lo bueno es que estamos en temporada de lluvia y no falta el agua. En realidad, si te pierdes en la selva en temporada seca y no te sabes mover bien, lo más normal es que te mueras de sed.

—Parece increíble, con lo verde que está todo... —señaló Alba.

—Lo sé, pero es así.

Cerca de donde estaban la rudimentaria mesa y el banco había varios horcones hincados firmemente en el suelo. Sobre ellos descansaban unas robustas ramas a modo de vigas. Del equipaje sacaron una amplia lona de plástico negro y con cuerdas la afianzaron a la estructura. Creando así un espacio cubierto con una ligera pendiente para que el agua de la lluvia escurriese. Después ataron al resguardo las cinco hamacas que transportaban, poniéndoles los mosquiteros individuales.

Alba y Eric colaboraron buscando madera relativamente seca con la que hacer un fuego que les permitiese calentar la cena. Que consistió en unos botecitos de sopa preparada Maruchan, frijoles y unas cuantas tortillas. Se pusieron ropa seca y dejaron la que habían llevado secándose tendida cerca de las brasas, al igual que el calzado.

Teo les advirtió que antes de ponérselo al día siguiente revisasen bien que no se hubiese colado dentro ningún animalito, porque a los escorpiones les encanta meterse dentro de las botas y no es a los únicos. Después se tomaron unos tragos de ron que Alba rechazó, mientras Vitalino y Orlando

les contaban historias sobre sus experiencias en la selva. Pronto cayeron rendidos.

12 kaban 5 yax

El Petén, Guatemala.

El camino había sido más llevadero tras pasar la noche. Apenas se encontraron bajos inundados y el terreno era relativamente cómodo para caminar. Habían avanzado considerablemente y hacia mediodía calculaban que apenas les faltarían unos diez kilómetros hasta el área que estaban buscando.

—Oye, ¿qué es esto? —preguntó Alba mientras señalaba un gran ramón. Tenía unos fragmentos de ramas gruesas clavadas con clavos en el tronco, como si fuese una escalera rudimentaria.

—¿El qué? —Teo echó un vistazo y luego alzó la mirada, arriba había una pequeña plataforma hecha con troncos cruzados—. Ah, creo que es que se han construido una «torre de comunicaciones». Allá cerca del campamento los trabajadores hicieron lo mismo. Hasta esta zona prácticamente no llega la señal de teléfono, pero sí la hay en algunos puntos, si estás a suficiente altura. Pero es raro, por aquí no hay nadie excavando ni... Vitalino, ¿vos sabés si hay por acá algún campamento chiclero?

—No que yo sepa —respondió.

Eric se fijó en los clavos que sujetaban los maderos de la escalera.

—No parece que estén muy oxidados. No debe tener mucho tiempo.

Teo le dio la razón y apuntó:

—No tengo ni idea de quién puede haberlo hecho. Pero ¿sabéis qué? Voy a subir a la copa con el GPS y voy a tomar un punto con buena recepción y de paso a ver si funciona el teléfono. Si pasase algo así sabemos que desde aquí podemos ponernos en contacto con la civilización.

Lo hizo y desde arriba anunció que sí había cobertura en el teléfono. Cuando estaba bajando se escuchó un traqueteo metálico a cierta distancia.

—¿Eso sonó como un cuerno de chivo? —preguntó Teo, que se había dejado caer los últimos metros.

—Sí, pues —respondió Vitalino

—¿Zetas? —consultó el arqueólogo.

—De plano —confirmó Vitalino.

—Espera, espera. ¿Cuerno de chivo? ¿Zetas? ¿De qué narices estáis hablando? —preguntó Eric intrigado.

—Cuerno de chivo es como se llama coloquialmente a los AK-47. Ya sabes, los rifles de asalto Kalashnikov. Los llaman así por la forma que tienen los cargadores. Y los Zetas... Bueno, para no hacértela tan larga, son narcos mexicanos. Se dedican al tráfico de drogas, fundamentalmente. Desde hace un tiempo se han empezado a asentar en Guatemala, en concreto acá en Petén. Aunque se sospecha que tienen la intención de expandirse por todo el país. De vez en cuando he visto pasar algunas avionetas Cessna volando bajo, de las que lanzan paquetitos en mitad de la selva.

—¿Son peligrosos? —preguntó Alba.

—Bastante. No son un cártel en sí, al menos por el momento. Aunque parece ser que tienen ambiciones de serlo. Es una organización paramilitar formada por antiguos soldados del ejército mexicano y constituyen el brazo armado del Cártel del Golfo. Es uno de los grupos más violentos en un mundillo en el que la violencia está a la orden del día. Mejor que los evitemos a toda costa. Alejémonos de aquí.

Apenas había dicho esto cuando se escuchó otra ráfaga, esta vez mucho más cerca. Las aves que poblaban las altas copas de los árboles salieron volando con gran estruendo.

—¡Híjole, la gran puta! —bramó Orlando.

Todos se volvieron hacia él. Estaba de rodillas en el suelo sujetándose el muslo con ambas manos. La sangre brotaba entre ellas. Le había alcanzado una bala perdida.

—Joder, a ver —Teo se arrodilló a su lado y le apartó las manos de la herida. Salió un chorro de sangre al reducir la presión—. Pásame mi mochila, Eric.

La había dejado en el suelo al acercarse a Orlando. Se la dio. De ella extrajo una botella de alcohol y unas gasas y le limpió la herida.

—No le ha dado en la arteria de milagro. Hay que sacarlo a un hospital cuanto antes, aquí no tenemos los medios para curarle esto. Bueno, y es que además no tengo ni puta idea de qué es lo que hay que hacer.

Se escuchó un ruido entre la vegetación y tres hombres salieron al claro en el que se encontraban. Iban vestidos con ropas militares, dos de ellos eran muy jóvenes y portaban rifles de asalto rusos mientras que el otro, mayor y más bajo, llevaba una pistola automática en la mano.

—¿Quiénes chingados son ustedes y qué putas andan haciendo por acá?

—Somos arqueólogos. Estamos haciendo unos trabajos para el IDAEH —replicó Teo.

Esperaba que si sospechaban que la institución sabía que estaban por allí los dejaran marchar. Aunque sólo fuese para no atraer más atención sobre la zona.

—Arqueólogos, ¿eh?

—¡Vamos a acabarlos! —exclamó uno de los jóvenes que lo acompañaban. Y echando una mirada lasciva a Alba apuntó—. Aunque quizás primero podamos divertirnos tantito. No hemos tenido acción por acá desde que nos encontramos con «nalgas dulces». Y ya hace ratos de eso.

—¡Calla, pendejo! —ordenó el hombre más mayor, llevaba un poblado bigote negro y parecía estar al mando—. ¿Cómo está la herida de su compañero?

—No sabría decirle —respondió Teo.

—Deje que vea —se arrodilló junto a Orlando y tras inspeccionar la herida con ojo crítico durante unos instantes continuó—. Tapónenle bien la herida, llévenlo a un hospital y vivirá. Tú, acércame tu mochila —ordenó a uno de los chicos que lo acompañaban.

Rebuscó dentro y extrajo un botiquín. De él sacó una jeringuilla y un vial, la rellenó con el contenido y se lo inyectó a Orlando.

—Esto te aliviará por un rato —dijo—. Dadme vuestra documentación. Todos.

Le obedecieron y él, sacando una libreta de uno de los bolsillos laterales de sus pantalones de camuflaje, empezó a anotar nombres. Luego dijo:

—Sabemos quiénes son. Sabemos dónde encontrarlos. Si cuentan algo, si por acá llega el ejército, están muertos. Ustedes y sus familias. Y ahorita márchense y olviden este lugar.

Desaparecieron entre la jungla.

Teo sacó una camiseta limpia de su mochila. La rasgó con uno de los machetes y vendó con ella la herida de Orlando.

—¿Qué hacemos? —preguntó Eric.

—De momento vamos a alejarnos de aquí —respondió Teo—. Retrocedamos.

Ayudaron a Orlando a subirse a una de las mulas y volvieron sobre sus pasos en silencio, excepto Teo y Vitalino que iban hablando en voz baja. Al cabo de un rato, el arqueólogo hizo una señal y se detuvieron.

—Bien. Hemos estado comentando la situación —dijo Teo señalando a Vitalino—. Y pensamos que lo mejor es que Orlando y él se marchen al campamento de Yax-ha y de allí que lleven en carro a Orlando al hospital, a Melchor de Mencos. Si es que la carretera está ya abierta. O a Santa Elena, si no lo está. Van a llegar mucho más rápido si no los acompañamos, Orlando en una mula y Vitalino guiándola.

—¿Y qué hacemos con la otra mula? —preguntó Alba.

—Que se la lleven también.

—¿No nos quedamos una? —consultó Eric.

—¿Vosotros os veis para subir ahí arriba para cortarle alimento? —preguntó señalando con el dedo a la copa de los árboles—. Porque yo no.

—Ni de coña —dijo Eric.

Alba también negó.

—Pues eso. Que se las lleven, dejaremos agua y alimento suficiente. Si los cálculos están bien, ya casi hemos llegado al sitio que buscábamos, tal vez lo encontremos. Y podemos volver más rápido de lo que vinimos ahora que tenemos el camino más o menos claro. Además, si salen ya y con las mulas, Vitalino puede estar en el campamento en un día y en otro más de regreso con nosotros. Caminaremos un poco con ellos y montaremos el campamento con las lonas un poco más alejado de los Zetas. Así él sabrá a dónde volver y nosotros no tendremos que ir cargando con todo el peso. Mañana buscaremos el lugar, pero por la noche regresaremos al campamento tanto si lo encontramos como si no.

Todos se mostraron de acuerdo, caminaron juntos y un rato después se despidieron.

Alba, Teo y Eric tendieron los plásticos, colgaron las hamacas y prepararon leña para encender un fuego. Un rato después comenzó a llover intensamente.

Pronto oscurecería y ya no iban a ir a ninguna parte.

13 etz'nab' 6 yax

El Petén, Guatemala.

—Creo que estamos ya cerca de un sitio arqueológico, empieza a haber bastantes tiestos —anunció Teo. Llevaban poco más de dos horas caminando desde que habían dejado el campamento a primera hora de la mañana.

Eric lo miró extrañado.

—Eh, ¿tepalcates? Joder, fragmentos de cerámica —especificó el arqueólogo—. Hay veces que me hago unos líos con el castellano de España, el de México y el de Guatemala...

—Ya me he dado cuenta, ya... A mí también me está empezando a pasar —dijo Eric.

—¿Empezando? —preguntó Alba—. Si hay veces que ni te entiendo. ¡Vaya par!

—¡Mirad, ahí hay un montículo! —dijo Teo señalando hacia una pequeña elevación del terreno sobre la que crecían varios árboles—. Pues según el GPS estamos dentro de la zona en la que debería encontrarse el sitio que buscamos. Así que tal vez es esto.

El tamaño de los montículos iba aumentando conforme iban avanzando. Alcanzaron a ver un par de estelas labradas, con las figuras de gobernantes y con glifos escritos, todavía erguidas frente a una de las mayores estructuras, que por la forma se intuía que se trataba de una pirámide. Se debían estar acercando al centro del núcleo urbano.

—Un momento —dijo el arqueólogo.

—¿Qué pasa? —preguntaron Alba y Eric casi a la vez.

—¿No oís eso?

—Es como un zumbido, ¿no? —apuntó Eric—. Debe ser algún insecto.

—No. Es un motor.

—¿Un motor?

—Sí, estoy seguro. ¿Creéis que la gente del Templo de Akan ha podido llegar hasta aquí?

—¿Quién más podría ser? Tú mismo dijiste que por aquí apenas se había

trabajado. Seguro que si se hubiese iniciado un proyecto te habrías enterado.

—Pues sí. Seguro. Entonces, tenemos que esperarnos lo peor, ¿no?

Eric se encogió de hombros.

—Aguardad aquí, voy a acercarme yo a echar un vistazo —dijo Teo—. Así haremos menos ruido.

Regresó unos treinta minutos más tarde.

—¿Dónde coño se ha metido Eric? —preguntó el arqueólogo.

—No lo sé. Me ha dicho que iba a echar un vistazo, pero yo creo que ha ido al baño —aclaró Alba.

Se escuchó un sonido metálico a sus espaldas. Alba y Teo se giraron esperando encontrar a Eric. No era él. Era un tipo alto y musculoso de unos cincuenta años. Llevaba la cabeza rapada y un rubio bigote unido a las patillas. Vestía unos pantalones verdes metidos por dentro de unas botas militares y una camiseta de tirantes negra. En la mano derecha portaba una pistola automática.

—*What the fuck!* ¿Quién putas son ustedes? —preguntó el hombre con un marcado acento gringo.

Teo iba a probar otra vez a jugar la carta de que eran arqueólogos. Pero no tuvo tiempo de hacerlo.

Se oyó un golpe seco seguido de un crujido, como de madera rompiéndose, y el hombre se desplomó. Detrás estaba Eric. Sostenía una piedra blanca y puntiaguda en la mano. El extremo estaba un poco tintado de granate.

—Joder, carnal, ya te mueves por la selva como un lacandón. No te he oído llegar. Y por lo que parece este cabrón tampoco. ¿Lo conocéis? —preguntó el arqueólogo en un susurro.

—No. A éste, no. Pero sí he visto al hijo de puta que me torturó en Mérida.

—Sí, por la descripción que me diste, yo también lo he visto. Y a una güera buenorra que sorprendentemente está tomando el sol en bikini.

—Ésa debe ser Magda. ¿Alguien más?

—No que yo haya visto, pero claro, tampoco había visto a este tío. Así que yo qué sé. ¿Qué hacemos?

—Vamos a asegurarnos de que no hay nadie más. Y si es así vamos a pillar a esos cabrones desprevenidos y los vamos a joder —dijo Eric con convicción.

—¿Y éste? —preguntó señalando al gringo que yacía inconsciente.

—Lo atamos y luego ya veremos. Vamos a quitarle los cordones de las botas.

Mientras lo estaban haciendo el tipo se quejó levemente y comenzó a moverse. Eric volvió a darle con la piedra, esta vez en la frente y de nuevo se quedó inmóvil.

Le dieron la vuelta, le pusieron las manos detrás de la espalda y Eric comenzó a atárselas con cierta dificultad.

—Deja, yo lo haré —dijo Alba.

—¿Sí? —preguntó Eric.

—Ya te he dicho que fui Scout, hago unos nudos estupendos.

—Va, pues todo tuyo.

Una vez tuvo las manos inmovilizadas, le vaciaron lo que llevaba en los bolsillos y lo arrastraron hasta un árbol no muy grueso. Lo pusieron sentado con la espalda apoyada contra el tronco y Alba usó el otro cordón para atarle el cuello al árbol mientras Teo y Eric lo sujetaban.

—Listo. Este tío ya no va a ir a ningún lado —anunció Alba cuando terminó.

Se acercaron sigilosamente al claro donde habían montado el campamento, que estaba compuesto por varias tiendas de campaña y algunas precarias estructuras provisionales realizadas con troncos de madera y hojas de manaco. Estaba ante una enorme pirámide que se encontraba prácticamente cubierta por tierra y vegetación, a excepción del templo superior, que tenía un único vano central y conservaba completa la bóveda y la crestería. En un lateral se veía que habían estado echando tierra y piedra de la excavación que habían estado llevando a cabo, por lo que se intuía, en el interior del templo. No había rastro de Blas Tejero en la zona, pero Magdalena Sienkiewicz estaba tumbada en una hamaca tomando el sol, el cuerpo le brillaba por el bronceador y, aunque llevaba puestas unas gafas oscuras, parecía estar dormida.

—En buen sitio ha ido a colgar la hamaca —susurró Teo señalando hacia las ramas superiores, de las que colgaba de forma un tanto precaria un enorme avispero marrón—. ¿Cómo vas de puntería? Si le pegamos una buena pedrada al avispero nos la quitamos de encima, seguro.

Aún no había terminado la frase cuando Eric ya llevaba una piedra en cada mano.

—Pillad piedras vosotros también por si fallo y vamos a acercarnos un poco más.

No falló. La primera piedra dio en la parte baja del avispero y rebotó. El sonido hizo que Magdalena se incorporase un poco para echar un vistazo. Y en ese instante una nube de avispas se abalanzó sobre ella. Magda se enredó en la hamaca al tratar de bajarse de ella y se dio de bruces contra el suelo. Cuando consiguió zafarse, salió corriendo, perseguida por el zumbido de un centenar de avispas que la atacaban. Pasó casi al lado de ellos sin verlos.

—Ve a por las cuerdas de la hamaca, Teo —indicó Eric. Nosotros iremos detrás de ella. Búscanos cuando las tengas y las usaremos para atarla.

Poco después la encontraron tirada en el suelo, todavía había unas cuantas avispas que revoloteaban sobre ella, así que esperaron un poco para acercarse. Cuando lo hicieron, llegó Teo.

—Tío, ya le has arreado a ésta también en la cabeza. Le estás pillando el gusto, ¿no?

—¡Qué va! No le he hecho nada. Debe haberle dado un shock anafiláctico por las picaduras, o algo así. Mira cómo la han puesto...

Magdalena Sienkiewicz se encontraba tendida boca arriba en el suelo, inconsciente. Tenía todo el cuerpo abultado y enrojecido por las picaduras y el rostro desfigurado. Respiraba con dificultad.

—Vamos a atarla y a buscar al otro —dijo Eric.

Teo clavó en el suelo el machete que llevaba en las manos para que no molestase y sujetó a Magdalena por los pies. Eric hizo lo propio por los brazos y comenzaron a acercarla en volandas a un árbol cercano.

—Vamos a darnos prisa. Sus gritos pueden haber alertado a alguien —dijo Eric.

—Así es. Ahora soltadla.

Aunque sonaba casi gangosa a consecuencia de su nariz rota, Eric reconoció la voz a sus espaldas. Era Blas Tejero. Rodeaba con el brazo izquierdo a Alba, reteniéndola. En la otra mano llevaba una pistola automática con la que les apuntaba. Teo y Eric dejaron caer a Magdalena y se giraron hacia Blas.

—*Nano, nano, nano...* Tenía que haberte matado en Mérida. Pronto solucionaré ese error.

—Vale, tío. Lo que quieras. Pero suéltala a ella y yo me voy contigo sin rechistar.

Con un rápido movimiento movió el cañón del arma hacia delante y disparó. Teo cayó al suelo entre alaridos de dolor. Le había dado en la pierna derecha. Cerca del pie.

Era un tirador de mierda, le estaba apuntando al estómago. Y eso que había estado practicando hacía un rato con la pistola. Resopló.

Volvió a poner el arma en la sien de Alba.

—Bueno, vamos a dejarnos ya de tonterías —anunció—. Primero ella y luego tú.

Apretó el gatillo. El percutor golpeó, pero no estuvo acompañado del estallido de la pólvora. Blas miró la pistola con incredulidad. Pensaba que todavía le quedaban varias balas después de haber estado disparando contra unas botellas. Tal vez se había encasquillado.

Empujó a Alba con violencia hacia Eric y se levantó la camisa dispuesto a sacar rápidamente uno de los cargadores que llevaba metidos en la cinturilla del pantalón. Eric esquivó a Alba, que se abalanzaba contra él, tomó el machete que estaba clavado en el suelo y descargó un tajo horizontal.

Estaba a punto de lanzar otro cuando se detuvo.

Blas reía a carcajadas pensando que había fallado. Al parecer, no se había dado cuenta de que una mancha oscura empezaba a impregnar sus pantalones. Entonces lo vio, soltó el arma y el cargador, y se llevó las manos al bajo vientre para alzarse el faldón de la camisa.

El corte le cruzaba el abdomen de parte a parte.

Se dejó caer de rodillas y cuando lo hizo los intestinos empezaron a escurrírsele hasta llegar al suelo, llenándose de tierra y pedacitos de hojas muertas. Él trataba de volver a introducirlos, palmeando enloquecido entre sollozos, pero por cada tramo que conseguía meter, caía otro.

Olía como el mono muerto que habían encontrado el día anterior. Soportando la náusea, Eric se acercó y recogió la pistola del suelo.

—Vámonos de aquí —dijo Eric ayudando a Alba a incorporarse.

Alba se giró y cuando vio el panorama, preguntó:

—¿Y qué hacemos con éste?

Eric dudó un momento si debía rematarlo. Pero, recordando lo que le había hecho pasar, negó con la cabeza.

—Que se joda —anunció—. ¿Cómo estás, Teo?

—Pues no creo que me vaya a morir de ésta. Pero me duele como la hostia.

—Alba, mira a ver si puedes ayudarle mientras yo ato a esta tipeja.

Sacó el cargador de la pistola y lo lanzó hacia la espesura, luego la metió en su bolsillo trasero

—Pero ¿qué haces? —preguntó Teo—. ¿Te crees que eres Batman y que

no está bien llevar armas? Anda, no hagas el tonto y vuelve a poner el cargador, que igual nos hace falta. No sabemos si hay más.

—Pues no debería haber más, pero supongo que tienes razón.

Fue a buscar el cargador y lo metió en la pistola.

Cuando Eric hubo atado a Magdalena, volvió con sus compañeros.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Alba—. La hemorragia ha parado —indicó señalando la pierna del arqueólogo—. Pero la bala le ha roto el hueso.

—De momento vamos a buscar un sitio donde Teo pueda estar más cómodo y lo decidimos juntos. ¿Crees que podrás caminar apoyándote en mí?

—Creo que sí —confirmó el arqueólogo.

Con Teo a la pata coja llegaron a la plaza frente a la gran pirámide. Lo ayudaron a acomodarse en una hamaca.

—¿Cómo lo ves? ¿Serás capaz de llegar así hasta nuestro campamento? —le preguntó Eric.

—Uf, lo dudo. Además, nos costaría muchísimo.

—¿Cuánto crees que tardará Vitalino en estar de regreso? —preguntó Eric.

—Como muy pronto podría llegar esta noche. Pero creo que más probablemente mañana.

—Pues uno de nosotros debería ir y luego volver aquí con Vitalino y las mulas para poder llevarte.

—¿Vas o voy? —preguntó Alba, resuelta.

—Creo que voy. Os quedáis los dos aquí con la pistola. No parece que haya nadie más. Pero por si acaso.

—¿Sabrás llegar? —preguntó el arqueólogo.

—Creo que sí. Pero explícame bien cómo funciona el GPS y me lo llevo. De todos modos, saldré más tarde. Teniendo en cuenta que aún es temprano y que Vitalino va a tardar en llegar creo que será mejor que me quede un rato más. Voy a dar otra vuelta, no sea que se nos haya despistado alguien. Y deberíamos revisar las tiendas, a ver si hay algo que nos sea útil y también alguna cosa de comer en condiciones. Tal vez luego podemos echar un vistazo a lo que han hecho estos tipos en la pirámide.

No encontró a nadie más. Se notaba que había sido un campamento más grande, posiblemente porque habían tenido un grupo de trabajadores para realizar la excavación. Pero era evidente que ya no estaban. Encontraron huevos, pollo y arroz. Encendieron una hoguera y prepararon la comida sobre

el fuego. Después Alba y Eric subieron por el empinado montículo hasta el templo que coronaba la pirámide. Teo se quedó en la hamaca con la pistola.

Había un amplio agujero en el piso de estuco, al asomarse vieron unas escaleras de piedra que descendían.

—¿No dijiste que las pirámides mayas no suelen tener cámaras escondidas? —consultó Alba.

—Y no suelen. Lo que no quiere decir que no las haya en algunos casos. Como en el Templo de las Inscripciones de Palenque. ¿Llevas la linterna?

—Sí. En la mochila.

—¿Y pilas? —preguntó Eric—. No las hemos cambiado desde que estuvimos en Yax-ha, no creo que tarden en acabarse.

—Sí, también llevo pilas en la mochila —confirmó Alba.

—Entonces, ¿bajamos?

Las escaleras descendían por un estrecho pasillo cubierto con falsa bóveda. En algunos sitios se habían derrumbado partes de las paredes y la cubierta, y esas zonas había sido apuntaladas con vigas y puntales de madera toscamente labrada. Tras recorrer unos metros apenas llegaba luz del exterior, así que encendieron la linterna y siguieron bajando.

Llegaron a una cámara más amplia, de unos cuatro metros de largo por dos de ancho. En el centro se veían unos garrafones cerrados de color naranja. Alba iluminó las paredes.

—Pero esto... Esto son... ¡Códices! ¡Joder, cientos de códices! ¡Tal vez miles! —se maravilló Eric.

Se acercó al muro de la derecha y sacó uno de los ejemplares. Alba lo iluminaba con la linterna mientras Eric separaba las cubiertas realizadas en fina piel de venado. El interior a modo de biombo contenía páginas y páginas finamente pintadas y cubiertas de elegante caligrafía jeroglífica.

—Pero ¡esto es un descubrimiento espectacular!

—Ya te digo —confirmó Eric mientras volvía a depositar con cuidado el manuscrito en su lugar—. Creo que será mejor que no toquemos demasiado. Parecen bien conservados, pero aun así supongo que deben ser muy frágiles.

—¿Qué es eso del fondo?

Había como un pequeño altar sobre el que descansaba un volumen que parecía ser más grande que el resto.

—Vamos a ver.

Eric lo abrió.

—¡Es un diccionario! ¡Mira! Tiene escritos los glifos y a su lado la

transcripción en maya con caracteres latinos y también en español. Es increíble. Con esto se podrá entender por completo la escritura jeroglífica maya.

—Espera, esto ya no alumbra nada. Voy a cambiarle las pilas.

Se quedaron a oscuras cuando abrió la tapa de la linterna.

Clic.

Clic.

Se escuchó a sus espaldas. Y la estancia se iluminó tenuemente con la llama de un encendedor.

—Vaya. Así que habéis conseguido llegar hasta aquí —dijo una voz femenina con acento andaluz.

Ambos se volvieron.

—¿Sandra? —preguntó Eric.

Era la alemana que había conocido en el club Stattbad, en Berlín. Llevaba un pañuelo en el cuello con el que se tapaba parte del rostro, posiblemente para protegerse del polvo que flotaba en el ambiente. Y entonces Eric cayó en la cuenta de que era ella la chica que había visto salir de casa de Dieter König.

—Sí, la misma. Aunque en realidad no me llamo Sandra, pero supongo que eso da igual.

—¿Tú estabas detrás de esto todo el tiempo?

—Desde luego. ¿Tanto te cuesta creerlo?

—Pensaba que el tal Tejero...

—¿Blas? Blas no es más que un pobre imbécil. Él únicamente hacía lo que yo le ordenaba. ¿Por qué te crees que sigues vivo?

—Entonces fuiste tú la que llamó cuando me estaban torturando, por eso me dejaron con vida. ¿Por qué? Y ¿por qué todo esto?

—Quería ver si eras capaz de llegar hasta aquí. Y tengo que reconocer que lo has hecho bastante bien. Pero oye, ¿es que te crees que soy una villana de cómic que te va a explicar su perverso plan para darte tiempo a que encuentres una forma de salir de ésta?

—Claro que no. Ni siquiera creo que seas una villana, seguro que tendrás tus motivos para hacer esto. Pero me gustaría comprenderlos, ya que parece que nos van a costar la vida. Es que la gente del Templo de Akan...

—¡El Templo de Akan no tiene nada que ver! —lo atajó ella—. Está acabado desde que falleció Lindström. Digamos que es un asunto familiar.

—¿Familiar?

—Ya está bien. No me tomes por idiota.

—Vale, vale. ¿Qué contienen estos bidones que tienes aquí?

—Queroseno.

—¿Para qué?

—¿Tú qué crees? Para que todas estas mentiras desaparezcan para siempre, como debieron haberlo hecho hace más de cuatro siglos.

Entonces la luz titiló un instante y la llama del encendedor se apagó.

Eric lanzó con todas sus fuerzas el pesado códice que sostenía en las manos hacia donde suponía que debía permanecer Sandra. Por el sonido que se produjo supo que había acertado. Tronó un disparo y luego se oyó un golpe sordo de metal contra el suelo de estuco.

Se le había caído la pistola.

Eric dudó un instante y luego se abalanzó contra ella. Antes de que pudiese alcanzarla se escuchó un clic y la estancia volvió a iluminarse. Sandra se sobresaltó al ver que Eric estaba casi encima de ella y el Zippo se le resbaló de la mano y cayó encendido al suelo. La llama no se extinguió con el impacto y tras rebotar una vez prendió fuego al charco de queroseno que se había formado a los pies de Sandra al haber impactado el disparo en uno de los bidones de combustible. Ardió con un estallido repentino e intenso y en un instante la chica, a la que se le habían salpicado los pantalones con el combustible, se vio envuelta en llamas.

—¡Corre! ¡Vámonos! ¡Antes de que esto explote! —gritó Eric.

Alba pasó por delante de él y comenzó a subir las escaleras. Eric la siguió. Ya habían pasado el rellano cuando se sintió una tremenda explosión. Todo el núcleo de la pirámide se movió y de la cubierta abovedada empezaron a caer pequeñas piedras y polvo. Los puntales que sujetaban uno de los tramos cedieron y se desmoronaron los muros. Alba y Eric quedaron separados por el derrumbe que colmataba el estrecho pasillo.

Eric había quedado atrapado en el interior, que poco a poco se iba llenando de humo.

Comenzó a quitar el derrumbe con sus propias manos mientras Alba hacía lo propio desde el otro lado. El humo le irritaba las vías respiratorias y los ojos mientras trabajaba. Un rato después las manos despellejadas tintaban de rojo la piedra caliza que retiraba. Pero por cada una que quitaba parecían caer dos más para ocupar su lugar. Así que paró y se sentó sobre el derrumbe.

No iba a conseguir salir de allí sin herramientas. El humo del incendio le hizo toser. Supo que el oxígeno se estaba consumiendo a marchas forzadas.

Que no lo iba a conseguir. Empezaba a quedarse adormecido cuando escuchó la voz de Alba amortiguada por las piedras labradas hacía más de un milenio.

—¡Sal! ¡Tienes que salir! No me puedes dejar sola, ¿me oyes? ¡No puedes! Estoy embarazada.

Las palabras de Alba lo sacudieron como una descarga. Se puso de rodillas y siguió excavando. Continuó hasta dejarse las manos en carne viva.

«¿Padre? Sería un padre de mierda —pensó».

Pero entonces se imaginó jugando con una versión en miniatura de Alba. Porque estaba seguro de que iba a ser una niña. De que iba a tener sus ojos turquesa y la misma sonrisa que hacía que se le descompasase el corazón.

Entonces sus ojos se llenaron de lágrimas.

Después los cerró.

3 imix 9 yax

Ciudad de Guatemala, Guatemala.

Teo alcanzó a ver, desde la hamaca en la que se encontraba tendido, una sombra que penetraba en el templo superior de la pirámide. Estaba seguro de que no podían ser ni Alba ni Eric, así que se dejó caer de la mejor manera que pudo y moviéndose a ratos a la pata coja y otras veces arrastrándose por el suelo, llegó a la cima del elevado montículo.

Se asomó al agujero del que arrancaban las escaleras y empuñó la pistola. En ese momento toda la pirámide vibró por unos instantes y una nube de polvo salió por el agujero. Teo los llamó a voces y Alba respondió pidiéndole ayuda. Así que reptando bajó por las escaleras. La encontró junto a un montón de escombros que taponaba el pasillo y entre sollozos le explicó que Eric había quedado atrapado al otro lado y que se había producido un gran incendio. Entre los dos fueron retirando el derrumbe, al principio se escuchaban sonidos al otro lado. Estaba claro que Eric también excavaba, pero al cabo de un rato los ruidos cesaron. Ellos se afanaron todavía más hasta que por fin consiguieron abrir un pequeño paso. Alba lo cruzó y arrastró a Eric al otro lado.

Estaba inconsciente. Trataron de reanimarlo, pero Eric no respondía a ninguno de sus intentos. Debía estar en coma por la inhalación de humo o por la falta de oxígeno. Apenas respiraba, pero seguía con vida. No sabían por cuánto tiempo. Con gran dificultad consiguieron subirlo por lo que quedaba de las escaleras hasta el templo, donde había luz suficiente. Pero era evidente que no podían hacer nada con los medios de los que disponían y sus pocos conocimientos de medicina.

Tenían claro que no podían esperar a la llegada de Vitalino y a sacarlo de allí con las mulas. El tiempo era crucial, y la única opción era contactar con el exterior y que mandaran un helicóptero preparado para emergencias médicas, para sacarlo de allí y que lo atendiesen en cuanto llegasen.

El arqueólogo era incapaz de realizar el trayecto con la herida que tenía, así que no quedaba más remedio que fuese Alba la que se adentrara en la

selva y su mejor opción era llegar hasta la rudimentaria torre de comunicaciones que habían construido los Zetas. Era lo más cercano. Si se daba prisa y no tenía contratiempos podía estar allí en un par de horas y de regreso en el sitio arqueológico casi en el mismo momento en el que llegaría el helicóptero. Pero corría el riesgo de toparse con los narcos. Teo le explicó el funcionamiento del GPS, por fortuna había guardado un *waypoint* en el lugar en cuestión.

Alba se marchó moviéndose tan rápido como la vegetación se lo permitía. No tardó demasiado en encontrar el lugar, aunque se le hizo eterno. Extremó las precauciones al acercarse y cuando estuvo segura de que no había nadie en las inmediaciones del árbol que servía como torre de comunicaciones trepó por él. Consiguió contactar con los servicios de emergencia, les dio las coordenadas del sitio arqueológico y emprendió el regreso a toda prisa.

Estaba llegando cuando el helicóptero de rescate pasó por encima de ella, de modo que corrió en dirección al claro que había a los pies de la pirámide para indicarle al piloto que allí podría posarse. El equipo médico subió a Eric al aparato, le pusieron oxígeno y un médico comenzó a examinarlo. Mientras, el resto del grupo ayudaba a Teo a descender de la pirámide y a embarcar. Pusieron rumbo de inmediato a Ciudad de Guatemala.

Tres días después, el 10 de octubre, Eric se despertó. Echó un vistazo en derredor. Alba estaba adormilada en un butacón junto a él.

—Uy, qué *déjà vu*...

—¡Eric! ¡Eric! ¡Estás despierto! —Alba se abalanzó sobre él y lo abrazó—. ¿Cómo te encuentras?

—Tengo muchísima hambre, pero por lo demás creo que bien. ¿Dónde estamos?

—En el hospital, en Ciudad de Guatemala.

—¿Sí? ¿Y cómo hemos llegado hasta aquí?

—Espera, ahora mismo te lo cuento. Voy a decirle a Teo que te has despertado. Está en la habitación de al lado.

Teo había escuchado el escándalo y en esos momentos estaba golpeando la puerta con los nudillos.

—¡Pasa! —exclamó Alba.

El arqueólogo entró. Llevaba la pierna entablillada y caminaba apoyándose en unas muletas. Pero parecía estar bien.

—Bueno, ¡por fin despierto! ¡Qué alegría, carnal! Menudo susto nos has dado. ¡Ah, y enhorabuena!

—Shh —chistó Alba.

—¡Ay!, ¿todavía no se lo has dicho?

—¿Decirme qué? Espera, espera... Creía que lo había soñado. Entonces estás...

—Compré un predictor en Flores.

—Ah, los vómitos... Y por eso querías ir sola a la farmacia.

—Sí, por eso. Dio positivo. No quería decirte nada hasta que pudiese ir al médico y asegurarme. Pero mientras estabas allí encerrado se me escapó. Estaba muy nerviosa.

—¿Y...?

—Me ha visto el médico estos días... Y sí, estoy embarazada. ¿Te alegras?

—Claro que sí. Ven aquí —la besó.

—Ey, ey, buscaos un hotel. O al menos esperad a que me vaya. Oye, espero que si es niño lo llaméis Teoberto.

—¡Ni de coña! ¿Por qué quieres amargarle la vida desde pequeño? Además, seguro que va a ser niña.

—Pues si lo es olvídate de ponerle Nicté o algún nombre maya —apuntó Alba—, que te veo venir.

—Me tiene calado. Bueno, ya veremos.

Después, entre Alba y Teo, le contaron cómo habían conseguido salir de la selva.

—¿Qué ha sido de esos cabrones? —preguntó Eric.

—Pues, como supondrás, esa tal Sandra, que en realidad se llamaba Stephanie Landa, murió en el incendio de la biblioteca. Estamos al tanto de todo, o de casi todo, al menos.

»Después de traernos a nosotros el helicóptero volvió a la zona a buscar a los que habíamos dejado atados. Fueron también un par de arqueólogos del IDAEH para ver el estado del interior de la pirámide. Trajeron al gringo que atrapamos, Christopher Cunningham, a este mismo hospital. El tipo es uno de los militares norteamericanos que habían participado en la Guerra Civil del Salvador. Poco después dejó el ejército y estuvo trabajando como mercenario a las órdenes del mejor postor en varios conflictos por toda Iberoamérica —explicó Alba.

—Lo ha contado todo, absolutamente. Con la condición de que lo

extraditen a los Estados Unidos, donde también tiene antecedentes. Parece ser que cuando se ha visto encerrado en una cárcel chapina de por vida se ha acojonado —añadió Teo entre risas.

—Sandra... Stephanie, o como quiera que sea que se llame. Dijo que todo era por un asunto familiar. ¿Sabéis a qué se refería?

—Sí, lo sabemos. Y es Stephanie, Stephanie Landa. ¿No te dice nada el apellido?

—Joder, no. No fastidies. ¿Landa? ¿Como fray Diego de Landa?

—Exactamente. Resulta que era descendiente directa del fraile y en su familia se había conservado un documento que escribió éste en el siglo XVI. Concretamente mientras estaba en España siendo juzgado por sus abusos hacia los mayas, cuando también escribió su *Relación de las cosas de Yucatán*, antes de regresar a la Península ya como obispo. En el documento indicaba que sospechaba que el *x'men* de Maní, en connivencia con otros, había escondido una gran cantidad de códices y que habían dejado por escrito las instrucciones para llegar hasta ellos.

»Se enteró de la aparición de la hoja de Maní, ató cabos y se unió al Templo de Akan, aunque no compartía sus ideas. Su intención desde el principio era localizar la biblioteca y continuar con la labor destructora de su antepasado. Por eso tenía las garrafas con combustible allí dentro.

—¡Jodida fanática!

—Así es. Cuando te tenían encerrado obtuvieron las imágenes que estaban escondidas por la capa de estuco en las páginas. Las tradujeron y localizaron el lugar. Organizó una excavación ilegal con unas treinta personas. Encontraron la biblioteca poco antes de que llegásemos nosotros y mandaron a los trabajadores para fuera.

—¿Y qué ha pasado con la tal Magda? —se interesó Eric.

—Consiguió soltarse de las ataduras y se escapó —explicó el arqueólogo.

—Tenía que haberla atado yo —dijo Alba—. La han estado buscando por las comunidades cercanas. Y en Flores y Melchor de Mencos. Y vamos, con lo llamativa que es, si hubiese aparecido por algún lado alguien se acordaría. Y más si seguía yendo en bikini. No hay rastro de ella. Así que es probable que no haya conseguido salir de la selva.

—Lo mismo se tropezó con los Zetas —señaló Teo.

—Pues como la haya pillado el que decía que no habían tenido acción desde que estuvo por allí «nalgas dulces»... —dijo Eric.

—Ah, sí, eso es chistoso. Resulta que «nalgas dulces» era Blas Tejero. Por lo visto se cabreó con Sandra, porque el tipo estaba enamorado de ella, pero ella pasaba totalmente. Simplemente lo utilizaba y de hecho ella se estaba cogiendo a Magda. Así que cuando se enteró se fue enfurruñado por la selva, se perdió y se encontró con los Zetas. Uno de ellos, al que lo mismo le daba una cosa que otra y que iba pasadísimo, le puso el culo como un abrevadero de patos.

»Consiguió escapar, no se sabe muy bien cómo, y Christopher Cunningham lo halló unos días después vagando por la selva sin rumbo, delirando y musitando que no le dolía tanto el trasero desde que los padres salesianos lo llevaban de excursión. Así que Sandra lo mandó a Campeche, a ver si se reponía un poco y de paso os controlaba a vosotros.

—Espera, espera. ¿Cómo consiguió llegar al sitio arqueológico antes que nosotros?

—Disponían de un helicóptero. Había salido a por provisiones y a sacar a los últimos trabajadores. Debía regresar al día siguiente. Ya han detenido también al piloto.

—Aun así, si allí no había señal de teléfono ¿cómo se comunicó con la gente de la excavación tan rápido?

—Tenían teléfonos satelitales. Después de que le rompíes la cara llamó y dijo que quería volver. Al día siguiente estaba allí. En realidad, parece que el tipo no era más que un pobre imbécil. Trabajaba en una empresa en Madrid, donde tenía un cargo de CEO, *Team Manager* o uno de éstos a los que les ponen siglas o denominaciones en inglés, para que no sientan que son lo que en realidad son, una pandilla de tristes chupatintas. Se vio metido en todo esto por la chica.

—No sé a quién me recuerda.

—Bueno, tú estás vivo. Y con la chica. Cuídala, carnal. Que no sólo vale un montón, sino que además no te había visto nunca tan feliz como estando con ella.

Eric se ruborizó.

—Bueno, bueno... Me parece que es ella la que me tendría que cuidar, que desde que la conozco ya van dos veces que estoy ingresado en el hospital. Y no había tenido que estarlo nunca hasta ahora. Oye, ¿cuándo me dan el alta? ¿Podemos salir de aquí para que me fume un cigarrillo?

—¡La madre que lo parió, si es que ya está bien! —exclamó Alba—. Será que no tragaste suficiente humo dentro de la pirámide.

—Ya, pero no es lo mismo. Y hablando de humo... ¿Se ha conservado algo después del incendio?

—Todavía hay un equipo allí trabajando. Pero parece ser que todo lo que había en la cámara ardió por completo. El mayor hallazgo de la arqueología maya de la historia hecho cenizas en un momento... —dijo chasqueando los dedos.

—Oh, mierda, eso es realmente terrible. Joder, sí, necesito ese cigarrillo. Vamos a salir de aquí.

EPÍLOGO

10 etz'nab' 16 kumk'u

Maní, Yucatán.

El *x'men* de Maní había sido bautizado años atrás con el cristiano nombre de Jesús, pero sus padres lo habían llamado Xupan Xiu al nacer, más de tres *k'atun* antes de ese aciago día de 12 de julio de 1562, cuando los extranjeros todavía no habían puesto un pie en su territorio, el *kuchkabal* o jurisdicción de Tutul Xiu, cuya capital era Maní. Le dieron un nombre importante, el de su antepasado —el que lideró el conflicto contra los cocomes de Mayapán—, a un niño que, estaban seguros, estaba destinado a hacer grandes cosas.

Poco después de su nacimiento, llegaron los primeros españoles. Al principio pensaron que se trataba del dios Kukulcán, la serpiente emplumada, que regresaba. Kukulcán había partido hacia occidente en su forma de hombre barbado y con tez blanca. Pero pronto descubrieron que no era ninguna deidad. Lo que había llegado eran hombres, hombres que traían un nuevo dios que iba a terminar con los demás.

La destrucción fue progresiva, lenta al principio, aunque se había enconado tras la llegada a Izamal del fraile Diego de Landa. Pero Xupan Xiu estaba preparado. Ya hacía tiempo que había tomado contacto con los hierbateros de otros pueblos, al principio viajaba él mismo, pero con los años cada vez se veía menos capaz de realizar las largas travesías por tierra, así que empezó a enviar a su sobrino nieto, Suytok. Les propuso reunir todos los libros manuscritos que fue posible y ponerlos en un lugar seguro, lejos de las manos destructoras de los recién llegados. Ésa había sido su tarea.

El *x'men* de Chactemal y Oxtankah, ciudad esta última que hacía mucho que se encontraba deshabitada, pero que todavía era frecuentada por los mayas de la región, estaba muy al tanto de lo que eran capaces de hacer los españoles. No en vano esa zona de la costa del Caribe había sido de las primeras en tener contacto con ellos. Así que se avino a la propuesta de Xupan Xiu.

El *x'men* de Tayasal, Canek, no dudaba de que antes o después afrontarían el mismo problema, aunque por el momento estaban relativamente tranquilos en las profundas selvas del Petén. Así que aceptó la propuesta de Xiu sin dudarle demasiado.

Además, tenía una idea muy clara de cuál sería el lugar idóneo para

esconder todos los libros. Su pueblo, mucho tiempo atrás, había realizado una migración al norte, en el camino habían fundado una gran ciudad. Hacía más de un *b'ak'tun* que había sido abandonada y su nombre olvidado, pero su familia todavía tenía constancia de su localización y conservaba los planos de la construcción del gran templo piramidal que la presidía. Era el lugar perfecto, pues albergaba una cámara que podía ser fácilmente sellada. Preservando así los manuscritos de las inclemencias del tiempo y de las manos de los extranjeros.

Habían sido casi veinte años de trabajo, pero había conseguido reunir más de un millar de manuscritos procedentes de todo el territorio maya.

Todo se estaba perdiendo, incluso la capacidad de leer la antigua escritura. Es por eso que decidieron crear un diccionario que permitiese traducir los textos al castellano y poner las instrucciones para llegar a la biblioteca en la escritura de los extranjeros. Pues intuían que pronto nadie sería capaz de leer los glifos. El texto se ocultó en tres páginas diferentes y cada uno de los *x'men* guardó una copia, que pasaría a su sucesor y de éste al siguiente. Hasta que fuese seguro recuperar el conocimiento olvidado.

En esos momentos había llegado Suytok, su sobrino nieto, tras realizar un largo viaje, el último. Le anunció que su tarea había sido concluida. La cámara estaba sellada. Había enterrado la página con las instrucciones antes de llegar a Maní, en un lugar que había dejado señalado. Cuando acabase el proceso inquisitorial la recuperarían y la esconderían en la casa familiar.

Jesús Xiu, antes conocido como Xupan Xiu, miró hacia la enorme pira, luego al franciscano fray Diego de Landa y sonrió con amargura. Mucho se había perdido y sin duda mucho más estaba por desaparecer en los tiempos venideros.

Se volvió hacia el joven Suytok y le susurró:

—Tal vez, en el futuro, los saberes de nuestro antiguo pueblo vuelvan a estar iluminados por la luz del sol, no por la de las llamas.

Apostillas y agradecimientos

Aunque no se puede considerar como una segunda parte o una continuación, esta novela está directamente relacionada con *El vaso para chocolate*, publicada por Tandaia en 2017. Así, se puede leer de forma totalmente independiente, aunque no deja de ser recomendable conocer los acontecimientos de la anterior.

Quisiera dejar también algunos apuntes históricos y documentales. Fray Diego de Landa existió, y el Auto de Fe de Maní fue un terrible y destructivo acto que tuvo lugar en dicha población el 12 de julio de 1562. Por supuesto, me he tomado ciertas licencias a la hora de relatarlo. Sobre este tema y otras cuestiones he procurado dejar algunas referencias básicas en el propio texto.

Los sucesos que se desarrollan en esta novela tienen lugar a lo largo del año 2007. De hecho, las fechas exactas en las que transcurren las escenas son el título de cada subcapítulo, aunque están en el calendario maya de la Cuenta Corta, el tzolkin. En esos momentos, la mayor parte de los especialistas únicamente daba por auténticos tres códices mayas: el Dresde, el Madrid y el París.

Desde su descubrimiento a mediados del siglo XX, ha habido grandes dudas sobre la autenticidad del Códice Grolier. Sin embargo trabajos recientes¹ parecen demostrar de forma indiscutible (o casi) que es auténtico. Actualmente ha pasado a denominarse Códice maya de México y parece ser más antiguo que los otros tres.

En el momento en que escribo esto hace ya quince años que empecé mis estudios sobre la cultura maya. Un trabajo que no sólo me ha aportado grandes satisfacciones académicas, sino que me ha permitido conocer a gente extraordinaria de todo el mundo. Sería imposible nombrarlos a todos, pero seguro que saben quiénes son. Quiero darle las gracias a Iken Paap y a Anne Claire Martin por hacer que mi estancia en Berlín fuese inolvidable. Por supuesto, mi agradecimiento también a todos los compañeros del Centro de Estudios Mayas de la UNAM, especialmente a Carlos Álvarez, Mauricio Ruiz, Lynne Lowe, Tomás Pérez, Carmen Valverde, Romero Romero y Ana Luisa Izquierdo. También quisiera recordar a Alfonso Lacadena, fue un mayista brillante, pero brillaba todavía más como persona y como amigo.

Esta obra no sería como es sin Nacho Yagüe, Francisco Fababuj, Isabel Linares, Raquel Navarro, Jordi Miquel, Esther Parpal, Ignacio de Astorza y

Paula Beatriz González, mi agradecimiento también para todos ellos

Y por último, gracias a mis padres, mi hermana y el resto de mi familia, a mis amigos, a los que disfrutaron con la anterior novela y a los que espero que hayáis disfrutado con ésta.

Autor

Ricardo Torres Marzo (Utiel, 1980) es Doctor Internacional en Historia del Arte por la Universidad de Valencia, con especialidad en la cultura maya. Ha enfocado su carrera en la arqueología, habiendo participado en cerca de un centenar de intervenciones arqueológicas en España, Guatemala y México. Actualmente reside entre México y España, donde trabaja como arqueólogo y es tutor en el Posgrado de Estudios Mesoamericanos de la UNAM. Es autor de diversos artículos científicos sobre arqueología, arte y patrimonio cultural maya, además de la novela *El vaso para chocolate* (2017). Asimismo, ha impartido numerosas ponencias relativas a estos temas en España, Guatemala, México, Francia y Alemania.

© Ricardo Torres Marzo

Diseño de cubierta: © Ricardo Torres Marzo

Ilustración de la cubierta: © Ricardo Torres Marzo

Diseño y maquetación: Ricardo Torres Marzo

Notas

[1.](#) Coe, Michael; Houston, Stephen; Miller, Mary y Karl taube
2015 The Fourth Maya Codex, en *Maya Archaeology 3*, C. Golden, S.
Houston y J. Skidmore (ed.), pp. 116-167, San Francisco: Precolumbia
Mesoweb Press.

Table of Contents

Dedicatoria

Papel de amate

PREFACIO

Prefacio - 10 etz'nab' 16 kumk'u. Maní, Yucatán.

CAPÍTULO I. Tepidarium

1 - 5 imix 9 pop. Berlín, Alemania.

2 - 5 imix 9 pop. Berlín, Alemania.

3 - 8 k'an 12 pop. Berlín, Alemania.

4 - 9 chikchan 13 pop. Berlín, Alemania.

5 - 10 kimi 14 pop. Berlín, Alemania.

6 - 12 lamat 16 pop. Berlín, Alemania.

CAPÍTULO II. Tianguis

1 - 2 ok 18 sip. Madrid, España.

2 - 3 ok 19 sip. Madrid, España.

3 - 6 ix 2 sozt'. Madrid, España.

4 - 11 kawak 7 sozt'. Poznan, Polonia.

5 - 4 chikchan 13 sozt'. Atlántico Norte.

6 - 4 chikchan 13 sozt'. Ciudad de México, México.

7 - 6 manik' 15 sozt'. Ciudad de México, México.

8 - 12 ben 1 sek. Ciudad de México, México.

CAPÍTULO III. Los pasos de Landa

1 - 2 muluk 17 sek. Mérida, México.

2 - 3 ok 18 sek. Maní-Izamal, México.

3 - 5 eb 0 xul. Mérida, México.

4 - 6 ben 1 xul. Mérida, México.

5 - 9 kib 4 xul. Mérida, México.

6 - 11 etz'nab' 6 xul. Mérida, México.

7 - 12 kawak 7 xul. Mérida, México.

8 - 13 ajaw 8 xul. Mérida, México.

CAPÍTULO IV. Tras el estuco

1 - 1 imix 9 xul. Mérida, México.

2 - 12 chuwen 19 mol. San Francisco de Campeche, México.

3 - 13 eb 0 ch'en. 20 de Noviembre, México.

4 - 9 imix 9 ch'en. San Francisco de Campeche, México.

[5 - 6 chuwen 19 ch'en. San Francisco de Campeche, México.](#)

[6 - 7 eb 0 yax. Champotón, México-Flores, Guatemala](#)

[CAPÍTULO V. Codex](#)

[1 - 8 ben 1 yax. El Petén, Guatemala.](#)

[2 - 9 ix 2 yax. El Petén, Guatemala.](#)

[3 - 11 kib 4 yax. El Petén, Guatemala.](#)

[4 - 12 kaban 5 yax. El Petén, Guatemala.](#)

[5 - 13 etz'nab' 6 yax. El Petén, Guatemala.](#)

[6 - 3 imix 9 yax. El Petén, Guatemala.](#)

[EPÍLOGO](#)

[Epílogo - 10 etz'nab' 16 kumk'u. Maní, Yucatán.](#)

[Apostillas y agradecimientos](#)

[Autor](#)

[Copyright](#)

[Notas](#)